Michael Joker

HISTORIA DE ESPAÑA 2014-2033

CRÓNICA DE UN COLAPSO

TRADUCCIÓN Y PRÓLOGO DE CARLOS TAIBO

CATARATA

MICHAEL JOKER

NACIÓ EN BATH (INGLATERRA) EN 1968. HISTORIADOR DE FORMACIÓN, DURANTE MUCHOS AÑOS EJERCIÓ EL PERIODISMO. ENTRE 2000 Y 2033, CASI DE FORMA ININTERRUMPIDA, VIVIÓ EN ESPAÑA, EN DONDE CUBRIÓ LOS PRIMEROS EFECTOS DE LA CRISIS FINANCIERA, LA GUERRA CIVIL DE 2016, LA DICTADURA DE MOTÍN Y EL COLAPSO FINAL DEL PAÍS. FALLECIÓ EN ARGENTINA EN 2034.

Michael Joker

Historia de España (2014-2033)

CRÓNICA DE UN COLAPSO

CATARATA

© AF OVERSÆTTELSEN: CARLOS TAIBO
ORIGINAL TITEL: TROUBLED YEARS. A HISTORY OF SPAIN (2014-2033)

© ARVINGER AF MICHAEL JOKER

© DE BØGER AF CATARACT, 2034
LAUGAVEGUR, 12
REYKJAVIK, ISLANDE

SPANIENS HISTORIE (2014-2033). CHRONICLE AF ET SAMMENBRUD

ISBN: 978-84-8319-808-7
PLIGTAFLEVERING: M-11.711-2013
IBIC: HBT

creative commons

DENNE LICENS TILLADER ANDRE AT KOPIERE, DISTRIBUERE, VISE OG UDFØRE ARBEJDET UNDER DE FØLGENDE BETINGELSER:

NAVNGIVELSE - DU SKAL KREDITERE VÆRKET PÅ DEN MÅDE ER ANGIVET AF RETTIGHEDSHAVEREN OG LICENSGIVEREN (MEN IKKE PÅ NOGEN MÅDE, DER ANTYDER, AT DE STØTTER DIG ELLER DIN BRUG AF VÆRKET).

IKKE-KOMMERCIEL - DU MÅ IKKE BRUGE DETTE VÆRK TIL KOMMERCIELLE FORMÅL.

INGEN BEARBEJDELSER - DU MÅ IKKE ÆNDRE, BEARBEJDE ELLER BYGGE VIDERE PÅ DETTE ARBEJDE.

NAVNGIVELSE IKKE-KOMMERCIEL INGEN BEARBEJDELSER
TIL ENHVER GENBRUG ELLER FORDELING AF DENNE TEKST, SKAL DU GØRE DET KLART FOR ANDRE, DISSE LICENSVILKÅR. OVENSTÅENDE BETINGELSER KAN KUN FRAVIGES UNDER ANMODNING TILLADELSE FRA FORFATTEREN. DENNE BOG FINDES UNDER BETINGELSERNE I CREATIVE COMMONS NAVNGIVELSE - INGEN BEARBEJDELSER - IKKE-KOMMERCIEL LICENSE. AT KONSULTERE VILKÅRENE I DENNE LICENS BESØG HTTP://CREATIVECOMMONS.ORG/LICENSES/BY-SA/3.0/ ELLER SEND ET BREV.

Para Susan

Las predicciones son muy difíciles. Especialmente cuando se refieren al futuro.

Niels Bohr

Hemos tenido que destruir la ciudad para salvarla.

Militar estadounidense
destinado en Vietnam, 1968

ÍNDICE

SOBRE MICHAEL JOKER, por Carlos Taibo XIII

PRÓLOGO 13

CAPÍTULO 1. ESPAÑA DESPUÉS DE FRANCO (1975-2013) 21
El trabajo sucio socialista 22
La derecha que renace 26
El fiasco ciudadanista 29
Crisis, deuda y recortes 31

CAPÍTULO 2. EL DESPLOME (2014-2015) 33
Las elecciones generales de 2014 35
El gobierno tecnocrático 37
La escalada represiva 39
El hundimiento 42

CAPÍTULO 3. UNA GUERRA DE OPERETA: LA GUERRA DE LOS TRES MESES (2016) 45
Los antecedentes del conflicto 46
El golpe militar y la guerra 50
La deriva bélica 57

CAPÍTULO 4. EL PROTECTORADO INTERNACIONAL (2017-2026) 64
Motín y su dictadura 66
Una nueva restauración 67
La represión 73
El declive económico 79
A vueltas con la deuda 84
La sociedad española en la era de Motín 86
La población y el Estado del bienestar 88
Trabajo, pobreza y vida cotidiana 94
Las migraciones 99
Ideas y proyectos 101
Hábitat, ecología y ciudades 109
El nuevo Madrid 115
Los medios de transporte 117
El turismo 120
Encarecimiento del petróleo y cambio climático 123
Las 'icarias' 127
La política exterior 132

CAPÍTULO 5. EL COLAPSO: LA NUEVA EDAD DE LAS TINIEBLAS (2026-2033) 138
Un Estado fallido 142
La economía y la sociedad del colapso 144
La carestía de los alimentos 150
Nuevas enfermedades y contaminación 156
El cambio climático pega fuerte 158

La crisis de las materias primas energéticas 164
Un único, aunque liviano, consuelo 167

CRONOLOGÍA 171

ABREVIATURAS UTILIZADAS 177

BIBLIOGRAFÍA 179

SOBRE MICHAEL JOKER

Los amigos de Los Libros de la Catarata, editorial radicada desde hace años en Reykjavik, la capital de Islandia, me piden que acompañe mi traducción de Troubled Years: A History of Spain (2014-2033)*, de Michael Joker, con una introducción sobre la vida y condición de su autor. La petición se medio solapa con la noticia del fallecimiento de Joker, acaecida dos meses atrás en la otra punta del mundo, en la Tierra del Fuego argentina.*

Si la memoria no me falla, mi vida se cruzó tres veces con la de Joker. La primera fue en Madrid allá por 2012. Me escribió para solicitarme una entrevista sobre la crisis que entonces empezaba a revelarse con crudeza y se presentó, ahora sé que con engaño, como corresponsal en España de The Guardian*. La segunda fue —intuyo— a finales de 2016, recién terminada la guerra civil; lo encontré cuando acompañé a un grupo de periodistas que visitaba la legendaria localidad de Marinaleda, en Sevilla, bombardeada meses antes por la llamada* Legión Buitre*. La tercera se produjo diez o doce años después, de nuevo en Madrid, en la forma de un encuentro casual en el Achuri, uno de los pocos bares que pervivían en el otrora floreciente y alternativo barrio de*

Lavapiés. Recuerdo vivamente que —no sé a cuenta de qué— Joker me dijo que no había ningún motivo sólido para concluir que las historias de lo que todavía no ha ocurrido han de ser menos rigurosas que las que se interesan por lo sucedido en el pasado.

Debo señalar, de cualquier modo, que el castellano de Joker era bastante defectuoso, y que acaso mal interpreté sus palabras. El endeble castellano de nuestro hombre sólo le permitía moverse con soltura en un ámbito, el recién mencionado de los bares, que llenó, bien es cierto, una parte importante de su vida. Esa falta de dominio fluido de la lengua —no parece que Joker tuviese mayor conocimiento, por cierto, ni del catalán, ni del euskera ni del gallego-portugués— se convierte por sí sola en razonable explicación de por qué en esta historia de una etapa española singularmente convulsa están ausentes casi siempre las referencias a manifestaciones literarias, musicales y cinematográficas que a buen seguro habrían aportado una información de interés sobre hechos complejos, mientras menudean, en cambio, sin mayor justificación, y propongo un ejemplo entre varios, las observaciones relativas a eventos deportivos que en buena ley deben antojársenos anodinos. No acierta a explicar, por el contrario, el porqué del prolijo conocimiento que Joker mostró en lo que hace a la visión de los hechos que abrazaron durante los veinte años objeto de su atención los integrantes de esa genuina plaga acompañante, los tertulianos, que ha marcado indeleblemente el derrotero del país. Alguna fuente de credibilidad difusa apunta que una de las relaciones sentimentales de Joker fue una mujer, cuyo nombre por discreción prefiero obviar, que se movió con singular soltura por los estudios de radio y los platós de televisión antes de que estos últimos, también éstos, empezasen a languidecer.

Michael Joker nació en Bath, en el sur de Inglaterra, en 1968, de padre inglés y madre galesa. Realizó los estudios primarios y secundarios en su ciudad natal, para luego trasladarse a Oxford y cursar Historia. Su primer texto, que no he podido consultar, vio la luz en 1996 en la forma de un pequeño opúsculo que sopesaba

los efectos de la filoxera en la Francia de principios del siglo XX. Nada parecía augurar por aquel entonces su interés por España, país que, según su testimonio, apenas conocía. En uno de esos encuentros que acabo de invocar recuerdo me señaló, en un relato al que no faltaba chispa, que en su adolescencia había acompañado a sus padres en dos ocasiones a España: si en el primer viaje recaló —me parece— en Cataluña, en el segundo lo hizo en Andalucía. No mostró ningún interés en ocultar que unos años después —calculo que allá por principios de la década de 1990—, y aunque seguidor impenitente del Fulham, había acompañado varias veces a los supporters *del Chelsea, del Arsenal y del Tottenham en sus alcohólicas excursiones a Madrid, Barcelona o Valencia. Como puede intuirse, de esos viajes no se derivaron sesudas lecturas de san Juan de la Cruz, Hartzenbusch, Maragall, Pérez de Ayala o Américo Castro.*

Aunque Joker nunca lo confesó, es lícito concluir que su carrera académica se vio truncada por su afición, que me permitiré calificar de desmesurada, por el alcohol. Y no tanto de resultas de las consecuencias intelectualmente inhabilitadoras que éste pudiera tener como por efecto de los escándalos que nuestro hombre protagonizó en Londres, donde al parecer pasó a residir en 1993, recién terminados sus estudios en Oxford. Esta circunstancia, unida al palmario fracaso del matrimonio que contrajo en 1995, provocó en Joker lo que alguien entenderá que fue una crisis existencial. *Según su testimonio, la lectura, tan desordenada como fructífera, de un puñado de obras dispersas de Robert Graves y Gerald Brenan fue decisiva a la hora de perfilar un cambio importante en su vida.*

El cambio principal no afectó al consumo de alcohol, que sin duda siguió siendo notable. Tuvo que ver, antes bien, con un giro radical en los intereses intelectuales de Joker, y ello aun cuando lo razonable es concluir que éste nunca dejó de ser un diletante. El deseo, en particular, de emular a Gerald Brenan y su simpatía manifiesta por las percepciones de éste provocaron un pronto

traslado a España, país en el que nuestro historiador pasó a residir de manera casi permanente durante tres décadas. Si así se quiere, el elemento motor principal del giro que me atrae fue el empeño de embuchar, en la España de tres cuartos de siglo después, las categorías mentales acuñadas por el bueno de don Geraldo. El resultado —y no hablo sólo, ni fundamentalmente, de esta obra— no cabe sino calificarlo de curioso. Atraído por la presunta excepcionalidad del país, España se convirtió en adelante en una auténtica obsesión, entreverada de alcohol, para nuestro autor. Y eso que los hechos históricos a los que asistió se caracterizaron por ofrecer una demostración palmaria de que el caso español del primer tercio del siglo XXI poco tenía de excepcional: ilustraban mayormente la plena y sórdida integración de España en la miseria planetaria. La nueva decadencia que se hacía evidente no era en modo alguno privativa del escenario español.

Lo cierto es que Joker se trasladó a España, al parecer con el propósito de quedarse en el país, en 2000. Recaló primero en lo que entendía que era un lugar paradisíaco: Torrevieja, en la costa alicantina. Vivió durante un tiempo de las clases particulares de inglés, trabajo que le permitió establecer un contacto activo con la nutrida comunidad rusa de la localidad. Por encargo de una editorial de Moscú escribió el texto de lo que en ruso sería un pequeño y prescindible libro: Torrevieja porusski. *Estos años, que lo fueron de gran trasiego alcohólico, se completaron en los veranos con incursiones de Joker en algún refugio de la costa del Cantábrico y con algún viaje a las islas Británicas.*

En 2003 nuestro hombre se trasladó a Barcelona, que vivía en plena ebullición societaria. A la relación con los círculos alternativos se sumó lo que al cabo fue un intento de comprensión de los cimientos, múltiples, del nacionalismo catalán. Joker pasó un breve período en Londres en 2006-2007. El año siguiente publicó en una pequeña editorial de Brighton un ensayo titulado The

Roots of a Neotraditional Society. Spain in Transition*, en el que plasmaba una original interpretación del auge de fórmulas conservadoras en la sociedad española posterior a la muerte de Franco.*

A partir de 2010 fijó su residencia en Madrid, donde trabajó como corresponsal free lance *de varios periódicos ingleses y norteamericanos. La mayoría de sus textos de estos años —artículos breves— se ocupan, como acaso era inevitable, de la crisis que empezaba a atenazar a la sociedad española en todos los terrenos. Viajó mucho por el país y publicó en 2013, en una pequeña y marginal editorial de Seattle, en Estados Unidos, una breve introducción a España. Titulada* The Spanish Labyrinth Revisited*, fue objeto de varias reediciones en los años siguientes y constituyó un evidente homenaje al maestro Brenan. En 2016 Joker cubrió la guerra civil española para el* Philadelphia Magazine*; en esos duros meses se acostumbró a cruzar con frecuencia la línea de separación entre los distintos bandos. En una ocasión fue detenido durante unas horas por integrantes del somatén ultramontano en la localidad aragonesa de Barbastro. Sus recuerdos de la guerra aparecieron, el año siguiente, en un polémico libro titulado* Homage to Aragon*, en el que no ocultaba sus simpatías por el experimento libertario registrado en varios rincones de la geografía española.*

No es fácil documentar qué es lo que Joker hizo en los años siguientes. Acaso se encerró para escribir la que al cabo sería su tesis: un voluminoso estudio, todavía inédito, sobre la desaparición de la vida rural en España. Lo más probable es que distribuyese su tiempo entre Torrevieja, que le seguía fascinando, los archivos en Madrid y la universidad de Bristol. Fueron los años en los que, según su propio testimonio, tuvo la oportunidad de entrevistar a algunos personajes prominentes de la vida española del primer cuarto del siglo XXI. Mis recuerdos, en este caso firmes, me invitan a rescatar sus opiniones sobre Rajoy —desaliñado, en

perpetua depresión, con un olor insoportable a puro barato, hablaba de la señora Merkel como lo haría un amante despechado, como Dios manda—, Pérez —repetía obsesivamente que era, sin metáforas, un corredor de fondo—, Aguirre —tras jactarse de haber engañado a un magnate norteamericano, la propietaria de Eurovegas subrayaba una y otra vez que habían sido demasiado blandos— y Motín —su sueño era amputarse los dos brazos para emular al tiempo a Valle-Inclán y a Millán-Astray—. En 2024, de cualquier modo, Joker, casado con una compatriota, residía de nuevo en un Madrid que se desvanecía por momentos entre la descomposición económica y social, el espasmo identitario español y, en suma, los efectos indelebles del cambio climático. Parece que nuestro escritor mostró mucha resistencia, sin embargo, a buscar la salida que era común en aquellos duros años entre las gentes con algunos recursos: la huida hacia el norte. Bien es cierto que, para dedicarse a la escritura y sacar provecho de un clima más llevadero, en 2027 alquiló una modesta vivienda en la madrileña sierra de Guadarrama. Eran años en los que, por lo demás, seguía escribiendo, cierto que de manera cada vez más espaciada, para rotativos ingleses y norteamericanos.

A principios de 2033, y como quiera que la situación española empezaba a ser literalmente invivible, sucumbió por fin ante la perspectiva de la huida. Con su mujer y sus dos hijos se trasladó a Argentina (siempre a contracorriente, se movió hacia el sur, y no hacia el norte). Tras unos meses en Buenos Aires, procuró tierras más meridionales y se asentó en Ushuaia, en donde falleció el 13 de septiembre de este año. "Mi marido murió asqueado con la especie humana, y también con la baja calidad de las bebidas alcohólicas que hoy produce", apostilló lacónicamente su esposa.

Arrastraba Joker desde un par de años antes el compromiso de redactar un manual universitario que diese cuenta de lo ocurrido en España desde el momento del estallido de la crisis

que en su momento se dio en llamar financiera*. El producto de ese trabajo es este libro que el lector tiene entre sus manos, un encargo de una editorial escocesa que a la postre nunca vio la luz en su lengua original. Con certeza Joker asumió ese compromiso, no tanto en virtud de la firme convicción de que tuviese algo que decir como de resultas de la penosa situación económica en la que él y su familia a la postre cayeron allá por 2030. No olvidemos, por lo demás, que Joker no ocultaba que al cabo era un gamberro, palabra que pronunciaba en castellano con un acento irrepetible. Que lo fuera no significa que nuestro hombre, una indescriptible mezcla, muy inglesa, de puritano y libertino, no se dejase cautivar por lo que estaba viendo. Fácil es percatarse de que en estas páginas se transita desde los dos capítulos iniciales, serios y austeros, a un espasmo moderadamente jocoso que luego cede el paso a una tragedia sombría en la que sólo faltan las erupciones volcánicas y los meteoritos; si, por un lado, cabe argüir que Joker no tuvo el tiempo suficiente —o no quiso tenerlo— para darle un tono uniforme a la obra, convengamos en que no siempre está al alcance del lector determinar, por el otro, cuándo nuestro hombre ironiza y cuándo no lo hace. Sencillo resulta certificar, en cambio, que, obligado a retratar muchas miserias, Joker buscó también ejemplos edificantes de que era posible —acaso aún lo es ahora— construir sociedades diferentes. Mucho le hubiese gustado, con certeza, que este libro hubiese visto la luz hace veinte años y que esos niños y jóvenes a los que se refiere en su prólogo hubiesen podido tomar buena nota de lo que les aguardaba si —habida cuenta de que no cabía esperar gran cosa de sus padres— ellos mismos no reaccionaban a tiempo.*

No es mi tarea juzgar los méritos y los deméritos de Troubled Years: A History of Spain*. Me limitaré a recordar que la dramática reducción del número de libros publicados en papel y el carácter cada vez más cerrado de la oferta de conocimientos que aportan Internet y las redes sucesoras —al alcance de unos pocos*

y con las conocidas intermitencias y censuras en su manifestación— convierten el trabajo de Joker en un texto impagable, por único, a efectos de considerar lo que ocurrió en una periferia europea en una etapa tan reciente como trágica. Que una modestísima editorial hispano-islandesa haya decidido rescatarlo del olvido merece un aplauso prolongado.

CARLOS TAIBO
Reykjavik, noviembre de 2034

PRÓLOGO

Este libro es el producto de un encargo. Una editorial de Glasgow, en Escocia, me encomendó la tarea de redactar un manual en el que, de manera muy general, sin mayores pretensiones de profundizar en cuestiones complejas, se aportasen claves para entender los convulsos años españoles más recientes. La editorial en cuestión dejó claro desde el principio que le interesaba un trabajo antes descriptivo que interpretativo, tanto más cuanto que —parece— en este caso los hechos se explicaban por sí solos.

No creo que sea difícil justificar la opción cronológica que determina los topes de esta obra: la que establecen los años 2014 —el momento de confirmación de que muchas relaciones entraban en quiebra— y 2033 —la certificación de que el colapso se había hecho valer con toda su crudeza—. Cierto es, con todo, que si alguien sugiere que podríamos haber ido más atrás en busca del origen de los problemas de hoy, con toda certeza llevará la razón. Intuyo, por otra parte, que el carácter indisputado de la mayoría de los hechos que intento retratar convierte en anécdota lo

que en otras circunstancias sería un problema de enjundia: la opacidad de los gobernantes españoles de las dos últimas décadas impide disponer de una información solvente como la que en otros lugares y momentos han dispensado estadísticas razonablemente creíbles. No me queda más remedio que reconocer, en suma, que en más de una ocasión me he visto obligado a citar de memoria, que con certeza me he dejado llevar por más de una confusión, que no he podido manejar toda la bibliografía que hubiese sido aconsejable y que no siempre me he desenvuelto con criterio en la formidable acumulación de información que ha ido acumulando una Red sometida a acosos y manipulaciones sin cuento. Dados estos antecedentes, y habida cuenta de la condición divulgativa de este libro, me ha parecido que prescindir del aparato crítico era la opción más razonable; semejante decisión se ha visto refrendada por el hecho de que este venturoso exilio austral se ha traducido —no todo había de ser felicidad— en enormes dificultades para rescatar unos u otros materiales.

Me permitiré agregar que en este libro se da por descontado —no podía ser de otra manera— que el lector conoce razonablemente los avatares planetarios de las dos últimas décadas, de tal forma que no es preciso explicarlos en detalle: bastará con invocarlos cuando ello haga al caso. Toda nuestra atención se concentra, entonces, en un país marginal, España, muy alejado del foco de interés en estos años, un poco a la manera de lo que ocurrió, por cierto, al calor de la segunda posguerra mundial. Ello es así aunque a quien firma estas páginas no se le escapa que los nombres de los Estados poco quieren decir en un escenario en virtud del cual éstos han sido en buena medida sustituidos por poderosas empresas. Me vienen a la memoria al respecto —y zanjo ahí la cuestión— las conocidas palabras de E. Thurlow: "Las grandes empresas no tienen cuerpos que puedan ser castigados ni almas que puedan ser condenadas".

Dejaré atrás las justificaciones anteriores para salir en busca, con todo, de lo principal. Y es que creo que éste es el lugar adecuado para dejar sentada una convicción que me ha acosado constantemente los últimos años: hace un cuarto de siglo perdimos la ocasión, la última, de evitar la tragedia que hoy nos atenaza por todas partes. Gobiernos y poblaciones prefirieron desoír lo que muchos auguraban para el futuro inmediato. Lo más relevante de los dirigentes españoles no fue la ignorancia con que encararon los peligros que se cernían: fue, antes bien, su firme designio de negar que existiesen aunque sabían, claro, que estaban ahí. A ello se sumaron los efectos nefastos del *nosotros* que suele acompañar a las lógicas gubernamentales: a tono con algo que acabo de adelantar, detrás de ese *nosotros* se escondían, con toda evidencia, poderosísimos intereses privados. Si queremos decirlo así, los sucesivos dirigentes españoles prefirieron rehuir preguntas delicadas, del tipo "qué podemos hacer para vivir saludablemente sin esto", y asumieron, en clave local, el espíritu de una vieja y conocida declaración del presidente estadounidense R. Reagan: la que señalaba que el estilo de vida norteamericano no era negociable. Lo hicieron, en fin, de tal manera que acabaron por exhibir una dramática falta de control —si es que alguna vez disfrutaron de él— sobre los procesos más importantes.

Permítaseme que vuelva, aun así, a las disputas que manteníamos en los años anteriores a aquellos que constituyen el núcleo de este libro, esto es, a la etapa previa a 2014. A muchos de los ciudadanos españoles les parecía entonces impensable lo que al cabo ocurrió: a los que se decía que habían sido los treinta mejores años de la vida del país siguieron algunos de los treinta peores, con el doble añadido del colapso —un horizonte visiblemente ignorado, también, por la izquierda que se desenvolvía en las instituciones— y de la irreversibilidad. Y eso que ya por aquel entonces se registraban

llamativas oscilaciones, de honda presencia, entre el "España es el mejor país del mundo" y el "España es una realidad miserable", con una apreciable inclinación en provecho de esta última percepción y señales alarmantes de regreso al universo retratado en los dibujos de J. Gutiérrez Solana.

A menudo olvidamos que el cambio climático no ha sido un proceso que se inició a finales del siglo XX: empezó a cobrar cuerpo, con intensidad cada vez mayor, al amparo de la revolución industrial verificada en el XIX. De resultas, el retorno al escenario anterior al del propio cambio climático, de ser posible, en modo alguno estaba llamado a producirse de forma inmediata: había de tomarse su tiempo. Se ha sugerido en más de una ocasión que nuestra situación recordaba a la del conductor de un camión pesado que, ante un peligro inminente, decidía frenar de manera brusca: la inercia del vehículo hacía que éste se detuviese mucho más allá de lo previsto. Los dirigentes españoles, y los de tantos otros lugares, no se percataron de que el freno que podían aplicar tendría efectos palpables demasiado tiempo después de lo que aguardaban. Aunque, en realidad, su problema era más grave: ni siquiera se lanzaron a la tarea de aplicar, materialmente, ese freno. Y es que hay que certificar que se equivocaban, infelizmente, quienes sostenían que la presunta racionalidad de la especie humana pondría pronto fin a tantos desafueros. De manera lamentable, no fue así, y una y otra vez se olvidó que muchas de las agresiones ecológicas eran literalmente irreversibles.

Antes de 2014 nos enfrentábamos, por lo demás, a opiniones dispares. Mientras unos sostenían que aparecerían tecnologías que permitirían hacer frente a todos los problemas —hoy sabemos que tales tecnologías no llegaron a tiempo para frenar los efectos del cambio climático y del agotamiento/encarecimiento de las principales materias primas energéticas—, otros afirmaban que no había nada que

hacer para evitar el colapso. Mientras unos sentían un atávico temor a que la mención rotunda de este último provocase un empeoramiento de la situación, otros aseveraban que la única manera de poner freno, hasta donde fuera posible, a la tragedia era referirse de forma obsesiva a su intensidad y cercanía. Mucha gente común, entre tanto, no apreciaba mayor problema en que la temperatura del planeta subiera dos o tres grados, de la mano de una percepción que, ingenua, era obscenamente estimulada por las autoridades.

Hablamos, claro, de una sociedad lastrada por numerosos mitos, y entre ellos uno particularmente sangrante: el del progreso. De una sociedad cuya imaginación se veía recortada por el miedo, la represión y un sinfín de formas de control. De una sociedad enferma que abrazaba normas que incorporaban las patologías sociales correspondientes, con una secuela delicada: fenómenos como el cambio climático, que provocaban desequilibrios agudísimos en los sistemas naturales, afectaban también, y poderosamente, a las organizaciones más dispares, trastocando gravemente sus reglas y poniendo en un brete la civilización industrial capitalista. Si hay que retratar la condición de esas patologías, bastará con recordar que allá por 2005 un especialista señaló que las posibilidades de que la temperatura planetaria subiese más de dos grados centígrados eran de un 7 por ciento. Aunque con certeza se quedaba corto, no era eso lo llamativo, sino el hecho de que ningún dirigente político de relieve prestase atención al riesgo, ya evidente, que acarreaba el modesto porcentaje mencionado. Porque, y al fin y al cabo, ¿alguien montaría en un avión si le avisasen de que el riesgo de accidente de éste era de un 7 por ciento?

Vayamos, aun así, a lo que parece que estaba en la trastienda de todas estas disputas y refirámonos a las consecuencias nefastas del asentamiento de sociedades cada vez más complejas cuya condición de tales se vinculaba con la

presencia de energías baratas que pronto dejaron de serlo. Esas energías baratas aconsejaron asumir operaciones —viajes largos y frecuentes, alimentos de onerosa generación, dispositivos electrónicos complejísimos— que en otras circunstancias se habrían evitado. Con el paso de los años pudimos palpar el lado negativo de la complejidad en términos de reducción dramática de lo que se ha dado en llamar *resiliencia*. Tanto más cuanto que la abrumadora mayoría de las fórmulas desplegadas para contrarrestar el agotamiento de las energías baratas pasaba paradójicamente por una mayor complejidad y por incrementos, de nuevo paradójicos, en los costos y en el consumo. Como quiera que para obtener cada vez menos energía era preciso dedicar cada vez más de ésta, estaba servida la conclusión de que, si alguna suerte de complejidad fue eficiente y saludable en el pasado, en el siglo XXI empezaron a acumularse las señales de signo contrario, con una conclusión insorteable: la complejidad de marras no permitía resolver la mayoría de los problemas por ella creados.

Agreguemos que hoy sobran las evidencias que invitan a concluir que el llamado *pico* del petróleo se produjo más o menos a la altura del cambio de milenio, acaso al mismo tiempo que se verificaba el de los créditos fáciles y con bajo tipo de interés. Entonces se había extraído la mitad del petróleo existente, la más accesible y rentable. Aunque la producción estaba irremisiblemente llamada a bajar, mientras los precios debían subir, ninguno de los numerosos avisos formulados al efecto fue escuchado: se impusieron una vez más el beneficio privado y el cortoplacismo más aberrante. El escenario lo completaban las paradojas de la era del hipercontrol, visiblemente ineficaz y caótico, y el carácter absurdo, y anacrónico, de los numerosos intentos encaminados a civilizar el capitalismo. Lo único a lo que no se prestó la atención debida fue a la búsqueda de salidas genuinamente alternativas que, en abierta ruptura con los mitos del crecimiento,

el consumo y la competitividad, al cabo fueron descalificadas una y otra vez. Preferimos ignorar que había soluciones relativamente sencillas que no reclamaban ni avanzadísimas tecnologías ni presumibles descubrimientos. Exigían, sin más, asumir un estilo de vida austero, social e igualitario.

Hoy se me hace evidente que en 2014 hubiera sido posible, al menos, mitigar y postergar en el tiempo las consecuencias de la crisis y su correlato final en forma de colapso. Hubiera sido posible esquivar, en otras palabras, la pregunta que debieron hacernos quienes en el primer decenio del siglo XXI eran niños y jóvenes: ¿por qué nuestros padres están olvidando deberes elementales de prudencia, y ello no sólo en relación con el medio natural, sino también en materia de solidaridad con los desheredados del planeta? Hablo de unos niños y jóvenes que padecían los efectos de la conducta de unos progenitores que, en vez de sacrificarse por sus hijos, pidieron el sacrificio de éstos. Tengamos presente, en fin, que allá por 2010 hubo quien afirmó, cargado de razón, que lo que ocurriese en el decenio que se inauguraba determinaría el derrotero de los siguientes mil años de la humanidad y, claro, del planeta entero. Porque, como ya sabíamos —nos lo enseñó E. Burke—, la sociedad es un contrato que suscriben no sólo quienes viven hoy, sino también, y junto con éstos, quienes ya murieron y quienes están por nacer.

MICHAEL JOKER
Ushuaia, primavera de 2034

CAPÍTULO 1

ESPAÑA DESPUÉS DE FRANCO (1975-2013)

Poco más se proponen estas páginas que trazar un panorama general de lo ocurrido en España en las cuatro décadas posteriores a la muerte del general F. Franco, en 1975. Empecémoslo con la certificación de que los expertos no se ponen de acuerdo en lo que se refiere a cuáles son los años correspondientes a lo que se dio en llamar *transición política*. Si unos estiman que esta última concluyó en 1978, cuando se aprobó una nueva Constitución, otros aseveran que la etapa se prolongó hasta 1982, cuando el partido que había dirigido el país desde 1976, la Unión de Centro Democrático (UCD) de A. Suárez, cedió el testigo en el gobierno al Partido Socialista Obrero Español (PSOE). Pero hay también quien cifra el final del proceso en 1986, con la adhesión de España a lo que entonces era la Comunidad Económica Europea (CEE), luego Unión Europea (UE). Y no faltan quienes concluyen que, hablando en propiedad, la transición no ha terminado todavía o, en su caso, y en realidad, nunca se inició.

Apenas importan estas disputas: lo principal es, probablemente, que la transición en cuestión se asentó en un

pacto ultimado en claro provecho de las elites más tecnocráticas y espabiladas del franquismo. En virtud de ese pacto, la izquierda con vocación institucional —el citado Partido Socialista y el Partido Comunista de España (PCE)— renunció a cualquier proyecto de construcción de una sociedad diferente y, al efecto, cambió reconocimiento por renuncia. Esta última se reveló en todos los ámbitos. En el terreno económico y social —a través de la preservación inmaculada de los privilegios de *las familias* del franquismo—, en el político —con el concurso de la monarquía heredada del propio franquismo, de una ley electoral manifiestamente injusta y de lo que se prefiguraba como un modelo bipartidista—, en el institucional —de la mano de los papeles protagónicos asignados a la Iglesia y a las fuerzas armadas— y en el del tratamiento de la *cuestión nacional* —al amparo ante todo del olvido del principio de libre determinación y de una Constitución que consagraba la unidad indivisible de la "nación española"—. Conviene subrayar, por encima de todo, que la condición de quienes dirigían el sistema económico apenas cambió en un escenario marcado por un objetivo principal: disfrutar de los negocios que se intuía iban a derivarse de una rápida incorporación de España a la CEE (ya hemos señalado que se produjo en 1986).

EL TRABAJO SUCIO SOCIALISTA

Si el camino hacia la CEE lo allanaron los gobiernos de la UCD, el trabajo sucio que quedaba por hacer en términos de anulación de eventuales núcleos de oposición popular correspondió al Partido Socialista, que accedió al gobierno, con F. González a la cabeza, en 1982. En provecho de nuestro argumento hay que recordar, por lo pronto, el eficacísimo trabajo desarrollado por ese partido para mermar la capacidad

de contestación de lo que al poco se entendió que eran los sindicatos mayoritarios —Comisiones Obreras (CCOO) y Unión General de Trabajadores (UGT)— y, en paralelo, y también, la del movimiento vecinal, como hay que subrayar la nula voluntad de revisar la política de silencios que, en lo que se refiere a los años de la segunda república, de la guerra civil y del franquismo, se había abierto paso tras la muerte de Franco. Que no faltaron elementos de involución en las políticas de González lo testimonia, por lo demás, otro hecho: el despliegue, justificado por el aparentemente fracasado golpe de Estado de febrero de 1981, de ajustes restrictivos en el Estado autonómico perfilado al calor de la Constitución de 1978 (véase mapa 1). Muchos analistas interpretaron que, aunque en términos estrictos el golpe fracasó, con posterioridad cobraron cuerpo muchos de los efectos reclamados por sus responsables. De por medio es obligado subrayar, eso sí, que se hacía valer, ante todo en el País Vasco, una violencia cada vez más desbocada, la de Euskadi ta Askatasuna (Euskadi y Libertad, ETA), que, con su reguero de muertes y sufrimiento, a los ojos de bastantes vino a justificar políticas represivas que padecieron también muchos movimientos sociales críticos. La España *democrática* arrastró en todo momento, de cualquier modo, un delicado registro en materia de tortura y exhibió condiciones a menudo inhumanas en las cárceles, con una población reclusa visiblemente alta.

Pronto se desvanecieron, por otra parte, los temores empresariales en lo que respecta a un eventual radicalismo izquierdista del lado de los gobiernos socialistas. También en este ámbito las políticas de González, amparadas en el mito de la modernización del país, resultaron ser funcionales para las elites económicas. Asumieron la forma de ambiciosas privatizaciones, activas reconversiones industriales, fantasmagóricas infraestructuras de transporte como el AVE y rotundas aceptaciones de lo que al cabo era un proyecto en

la estela neoliberal. Por detrás se hacían valer los efectos de la domesticación sindical ya mencionada —la dependencia de los dos sindicatos mayoritarios con respecto al dinero público no podía tener otra secuela— y de la configuración de un nutrido ejército de reserva de desempleados. La apertura de la economía a los capitales foráneos, y la consiguiente sumisión a los intereses a los que se hallaba supeditada la CEE, se vio completada por una primera expansión externa de las transnacionales españolas, ante todo en América Latina.

MAPA 1

LA ESPAÑA DE LAS AUTONOMÍAS PERFILADA EN LA CONSTITUCIÓN DE 1978

Empezó a forjarse entonces otro mito, el de un supuesto *milagro español*, que ocultaba realidades más prosaicas y con el paso del tiempo fue percibido como convincente explicación de muchas de las miserias posteriores. Es verd*ad que la* economía creció con un ritmo notable y que el nivel de vida, medido al menos en términos convencionales, se elevó al

tiempo que se incrementaba notablemente el gasto en educación y sanidad (no sin políticas rastreras de por medio, como las que condujeron al asentamiento de la *enseñanza concertada* y a la irrupción del sector privado en el sistema público de salud). Todo lo anterior, que permitió forjar un siempre débil *Estado del bienestar*, no acertaba a ocultar que se estaban sentando los cimientos de un edificio marcado por una deriva cada vez menos igualitaria en la distribución de la riqueza, por una apuesta cada vez más obscenamente especulativa y por el despliegue de inquietantes agresiones contra el medio natural. Téngase bien presente, en relación con este último, que la expansión del Estado del bienestar español mucho le debió a unos decenios marcados por la energía barata; se olvidaba de forma llamativa que el agotamiento progresivo de ésta había de conducir de manera casi irremediable, antes o después, a una crisis del proyecto correspondiente. De por medio se registró, en suma, otro proceso importante: la paulatina desaparición de casi todo lo que oliese a intelectualidad con capacidad de contestación crítica.

Para que nada faltase, en suma, los años de presidencia de González (1982-1996) lo fueron de plena integración de España en las estructuras militares occidentales. Un impresentable y manipulado referendo celebrado en 1986 permitió torcer lo que se antojaba un rechazo mayoritario de la población en lo que se refiere a la presencia de España en la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), en la que el país se había integrado en 1982. El resultado, con el paso de los años, fue un general alineamiento con las imposiciones que llegaban de Estados Unidos (EEUU). Entre tanto, y en el plano interno, se desplegaba un denodado esfuerzo encaminado a lavar la cara de las fuerzas armadas de la mano, ante todo, de la vinculación de éstas con otro, uno más, de los grandes mitos del momento: el del intervencionismo humanitario.

Todo lo anterior queda bien resumido de la mano de un recordatorio: en los circuitos empresariales, y en los de la derecha conservadora, la figura de González fue objeto de frecuentes alabanzas que no menguaron con el paso del tiempo. Y ello resultó ser así pese a que en los últimos años de la larga presidencia de nuestro hombre menudearon escándalos de corrupción a los que se sumaron —con efectos mediáticos mucho menores— los de la *guerra sucia* contra ETA. Los años en cuestión permitieron, en suma, un repunte electoral de una coalición, Izquierda Unida (IU), que tenía como asiento principal el Partido Comunista de España.

LA DERECHA QUE RENACE

Había llegado, de cualquier modo, el momento de un relevo que se verificó en 1996, cuando una fuerza política en buena medida nacida en los cenáculos del franquismo, el Partido Popular (PP), ganó, bien que por escaso margen, las elecciones generales y aupó a la presidencia del país a J. M. Aznar. Lo que al principio parecía llamado a ser un cambio menor se trocó, especialmente a partir de la reelección de Aznar en 2000, y ahora con una mayoría absoluta del PP, en un completo programa de servidumbres neoliberales que iba mucho más lejos de lo que se había atrevido a hacer González. Las privatizaciones no sólo prosiguieron: se ampliaron conforme a un ambicioso programa en un escenario en el que se convirtió *en el pan nuestro de cada día*[1] el trasiego de dirigentes políticos, con idas y vueltas, entre la actividad institucional y la empresa privada. Al tiempo se ahondaban los cimientos de lo que con el paso de los años se describió como *burbuja inmobiliaria*. Merced al dinero barato que se había abierto camino tras la entrada de España en la zona del euro, en 2000, los bancos se beneficiaron de un formidable negocio

en un país en el que se multiplicó espectacularmente el número de las viviendas y aumentó el precio de éstas, con secuela principal en un creciente endeudamiento privado amparado por la franca colaboración de las autoridades.

FOTO 1

VIVIENDAS EN ESPERA DE SU VENTA, EN LAS AFUERAS DE MADRID (2007)

La economía ahondó su carácter especulativo —con el correlato inevitable de la corrupción— merced al desarrollo del turismo y de la construcción en un país cuya huella ecológica pasó a alcanzar al poco tres veces y media su territorio. Nada se hizo, entre tanto, para frenar el progresivo abandono del mundo rural y el crecimiento de ciudades cada vez más insostenibles. En paralelo se produjo una nueva expansión de las multinacionales españolas, cuyos intereses pasaron a ser defendidos como si fuesen estrictamente *nacionales*. El resultado mayor, difícil de apreciar en aquellos años de aparente bonanza, fue una sociedad cada vez más desigual que escondía un empobrecimiento real de una parte significada de la población. Para dar cuenta del sentido de fondo de este proceso, ahí estaban las espectaculares alzas operadas

en la bolsa y nunca acompañadas de subidas paralelas, en cambio, en los salarios. Como estaban, también, ataques al gasto público en sanidad y educación encaminados a propiciar la entrada en el euro, sin meditar en el trasunto de ésta. El panorama lo cerraban un trato de privilegio para las rentas del capital y, con él, una evasión fiscal muy notable, manifiestamente tolerada por los gobernantes españoles.

Claro es que los años de la presidencia de Aznar (1996-2004) lo fueron también de reaparición estelar de fórmulas afectas a la derecha más tradicional. El nacionalismo español y el nacionalcatolicismo recuperaron terreno al amparo de una confrontación abierta con los *nacionalismos de la periferia*, comúnmente denigrados como egoístas y pedigüeños, cuando no descritos como abiertamente violentos. Al margen de las consecuencias, ya mencionadas, de los frecuentes atentados de ETA, en 2004-2005 fue objeto de sonoro rechazo un plan soberanista promovido por la mayoría del parlamento vasco. A todo ello contribuyó el asentamiento de una figura de enorme influencia en los medios de comunicación: la de los tertulianos.

Para que nada faltase, Aznar alentó un ostentoso alineamiento con Estados Unidos en la guerra que este último libró, a partir de 2003, en Iraq. La contestación popular, masiva, de la participación española en esa guerra propició la reaparición de intelectuales y artistas que parecieron recuperar el pulso de la crítica del poder (y que luego, y sin embargo, colaboraron abierta y equívocamente, al menos durante un tiempo, con J. L. Rodríguez Zapatero). El designio aznariano de colocar a España, sin condiciones y, vistas las cosas en perspectiva, sin contraprestaciones, del lado de Estados Unidos en su delicada aventura iraquí guardó una estrecha relación con los sangrientos atentados islamistas registrados en Madrid en marzo de 2004. Lo habitual es

entender que esos atentados posibilitaron un vuelco electoral en provecho del Partido Socialista, que de resultas recuperó el gobierno ocho años después de haberlo dejado.

EL FIASCO CIUDADANISTA

Pese a las apariencias que arrastraba en el sentido de propiciar un giro radical, con el nuevo presidente, Rodríguez Zapatero, que lo fue entre 2004 y 2011, la *burbuja inmobiliaria* prosiguió inalterada. Buena señal de la escasa hondura de los cambios propiciados en este terreno fue el hecho de que durante el primer mandato presidencial de Rodríguez Zapatero el Partido Popular no dudase en alabar sus políticas económicas. En ese primer mandato, caracterizado por una relativa e inconsciente placidez, el presidente socialista desplegó, bien es cierto, lo que en términos de ocultamiento de la realidad de la economía del país cabe entender que fue un hábil juego, de la mano de medidas sociales que al cabo tuvieron efectos reducidos —así, la llamada Ley de Dependencia— y de la ampliación de las libertades civiles al amparo, por ejemplo, del reconocimiento de los matrimonios homosexuales. Pese a sus promesas anteriores, el presidente nada notable hizo para avalar un intento de reforma soberanizante del estatuto de Cataluña, si bien logró —no está claro, ciertamente, que el mérito fuese suyo— que ETA asumiese un alto el fuego que se antojaba definitivo. Un fiel indicador del sentido de fondo de la apuesta económica y social de los sucesivos gobiernos socialistas fue, con todo, que las desigualdades, lejos de remitir, se acrecentaron.

La aparente ruptura con Estados Unidos derivada de la retirada, en 2004, del contingente militar español presente en Iraq no se vio seguida, sin embargo, de gestos que ratificasen esa vocación. Muy al contrario, el gobierno español

redesplegó esos soldados en Afganistán, al servicio de la enésima operación imperial dirigida por EEUU. El ejecutivo de Rodríguez Zapatero tampoco supuso ningún cambio en lo que se refiere a una línea estratégica que marcó desde el decenio de 1980, apoyada por socialistas y populares, la política exterior española: un respaldo expreso, alejado de cualquier veleidad crítica, de lo que defendían instancias como el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial o la Organización Mundial del Comercio.

El segundo mandato presidencial de Rodríguez Zapatero, reelegido en 2008, se vio indeleblemente marcado por la crisis *financiera.* Incapaz de reconocer la entidad de esta última durante mucho tiempo, y nada inclinado a asumir que mucho le debía a la *burbuja inmobiliaria*, el ejecutivo socialista acató sin rechistar el dictado de la UE. Así lo testimonió, material y simbólicamente, una reforma por vía de urgencia de la Constitución que, verificada en septiembre de 2011, otorgaba primacía a los derechos de los acreedores privados frente a las necesidades vinculadas con la sanidad o la educación públicas. Más allá de ello, las presiones de la UE provocaron, con el apoyo de socialistas y populares, el despliegue de una genuina estafa en la forma de una nacionalización de la deuda privada contraída por bancos y cajas de ahorro, que era del orden del 70 por ciento del total. Aunque la deuda de las administraciones públicas presentaba, muy al contrario, perfiles contenidos, las políticas oficiales asumieron la forma de recortes en el gasto correspondiente, con efectos a menudo notables sobre los sistemas sanitario y educativo. Todo ello cobraba cuerpo en un escenario de crecimiento espectacular del desempleo y de deterioro político que afectaba a todas las instituciones, incluida la monarquía, y alcanzaba a los dos grandes partidos, y en singular al socialista; éste se hallaba muy tocado por la incapacidad de sus dirigentes a la hora de

articular un proyecto diferente del que postulaban, en la UE, liberales y conservadores. En semejante caldo de cultivo, en mayo de 2011 se manifestó, en la calle, un revulsivo interesante, en la forma de un movimiento, el del 15 de mayo, que, muy plural, parecía reflejar un renacimiento de la conciencia crítica que apuntaba a una contestación no sólo de unas u otras políticas gubernamentales, sino del capitalismo como un todo.

CRISIS, DEUDA Y RECORTES

En noviembre de 2011 el Partido Popular ganó con comodidad —se hizo con una holgada mayoría absoluta— las elecciones generales y aupó a M. Rajoy al puesto de presidente del gobierno español, en el que se mantendría durante tres años (2011-2014). Pronto se desvanecieron las ilusiones de quienes pensaban que la UE, que entonces dirigía *de facto* la canciller alemana A. Merkel, iba a asumir un trato de favor con el nuevo gobierno conservador. Este último, al tiempo que seguía inyectando, como su antecesor, sumas formidables de dinero en los bancos, procedía a asumir nuevos, y aún más radicales, recortes en los niveles del gasto público, siempre sobre la base de que el crecimiento inmoderado de éste —ya hemos dicho que no había tal: el gasto público español presentaba niveles por debajo de los medios en la UE— era culpa exclusiva de las políticas avaladas por los gobiernos socialistas anteriores. En la percepción de los nuevos gobernantes populares, ni su partido ni la *burbuja inmobiliaria* tenían ninguna responsabilidad al respecto.

Sería un error concluir, sin embargo, que los recortes obedecían sin más al propósito de reducir el déficit de las administraciones públicas y asumir el pago de una onerosa deuda: respondían, antes bien, al objetivo de propiciar un

cambio de modelo, en visible abandono del propio de los Estados del bienestar y en provecho de un proyecto neoliberal anclado en una suerte de obscena lucha de clases desde arriba. Las cosas como fueren, y al amparo de una realidad que para unos ilustraba la astucia de los gobernantes y para otros su insondable estupidez, se procedió a aplicar las mismas recetas que condujeron a la crisis con el teórico objetivo de hacer frente a esta última. Y a los ojos de muchos españoles se hizo evidente que los dos grandes partidos asumían al cabo, al menos en el terreno económico, posiciones muy similares.

NOTAS

1. N. del T.: en castellano en el original.

CAPÍTULO 2

EL DESPLOME (2014-2015)

A principios del siglo XIX, G. M. de Jovellanos escribió unas palabras que describían a la perfección lo que ocurría en el viejo continente, y en su país, doscientos años después: "Una sensación universal de malestar, un deseo de mejor suerte, una inquietud vaga, agita en este instante la Europa entera". En noviembre de 2013 el gobierno español solicitó formalmente un rescate de la UE. Como era de aguardar, la decisión suscitó opiniones enfrentadas. Limitémonos aquí a recordar que, mientras para algunos las autoridades en Madrid hacía tiempo que habían renunciado, en realidad, a toda capacidad de decisión autónoma —no se registraba, pues, ninguna novedad importante—, para otros el rescate era una liberación, en la medida en que colocaba la adopción de medidas económicas de relieve lejos de las manos ineptas, y a menudo corruptas, de Rajoy y de su equipo. Puestos a elegir entre la incompetencia autóctona, ya demostrada, y la ajena —apostilló un editorialista del *Washington Post*—, démosle una oportunidad a la novedad.

Aunque el presidente español seguía afirmando, impertérrito, que nada grave estaba ocurriendo y que la crisis tenía

solución, lo cierto es que, de manera un tanto inesperada, el rescate, que no provocó fisuras mayores en la relación entre las cúpulas de los partidos popular y socialista —cada vez más propicias, como veremos, a una aproximación orgánica—, se tradujo en crisis internas agudas en uno como en el otro. Sectores importantes del PP —en los que se daban cita, en un *totum revolutum*, neoliberales extremos y nacionalistas esencialistas, con E. Aguirre y J. Mayor como representantes principales de esas dos facciones— buscaron la aproximación a sectores de un pequeño partido, Unión, Progreso y Democracia (UPyD), que no era ajeno en modo alguno a esa composición ideológica, por mucho que incorporase también a aparentes socialdemócratas y, en general, a presuntos desencantados de la política oficial. A ese amasijo inicial se sumaron políticos que desde tiempo atrás iban por libre, como el exdirigente popular F. Álvarez Cascos, efímero presidente del Principado de Asturias, y el exbanquero, en su momento condenado, M. Conde. Los coqueteos iniciales con dirigentes socialistas como J. Bono y J. C. Rodríguez Ibarra —el ala recalcitrantemente españolista del PSOE— no produjeron los efectos apetecidos. Aunque al principio la expresión se empleó con vocación jocosa, de manera un tanto sorprendente, y con el paso de los meses, se consolidó el término *Achicoria Party* (AP) para designar lo que se entendía que era un remedo español del *Tea Party* norteamericano.

Por lo que al Partido Socialista se refiere, no fueron muchos los cuadros que abandonaron el partido por la izquierda y quedaron en una suerte de tierra de nadie (apenas llegaron noticias, en singular, de solicitudes de afiliación a Izquierda Unida). Mayor relieve tuvo, con todo, la huida postrera de dirigentes que, como los recién mencionados Bono y Rodríguez Ibarra, se escudaron en un rescate que cancelaba el principio de soberanía nacional para escenificar una ruptura con la dirección del PSOE. Entre tanto, el

Partit dels Socialistes de Catalunya, visiblemente descontento ante lo que estimaba que era una actitud hostil de la dirección del PSOE en lo que respecta al derecho de autodeterminación, se desfederó por completo, no sin que faltasen movimientos en el mismo sentido, bien que menos claros, en el Partido Socialista de Euskadi. A los ojos de algunos expertos, esta desintegración interna del PSOE tenía como antecedente inmediato la del diario *El País*, sometido a la férula especulativa del capital extranjero. Siempre desde esta singularísima perspectiva, la corrosión que afectaba al gran partido de la izquierda española y la que atenazaba al principal diario *progresista* ilustraban de manera fehaciente que el legado de la transición de cuatro décadas antes se desvanecía por momentos en un escenario en el que —parecía inevitable, y para cerrar el círculo— los casos de corrupción arreciaban.

LAS ELECCIONES GENERALES DE 2014

El rescate, por un lado, y la crisis interna de los dos grandes partidos, por el otro, impusieron la convocatoria de nuevas elecciones. Se celebraron en marzo de 2014, claramente marcadas por una inagotable sensación de desplome. Mientras los apoyos recibidos por el PP menguaron ostentosamente, el PSOE se mantuvo estancado (véase cuadro 1). En un escenario en el que la abstención se disparó, la suma de los escaños obtenidos por las dos principales fuerzas políticas, beneficiadas una vez más por el sistema electoral, les atribuyó, pese a todo, y bien que de forma pírrica, una mayoría absoluta. Entre tanto, IU y UPyD mejoraron sus registros electorales, sin alcanzar, con todo, la representación que acariciaban. En términos generales, las fuerzas políticas que no estaban en los gobiernos —central o autonómicos— obtuvieron resultados

mejores que las que se hallaban en aquéllos. Por lo que se refiere al *Achicoria Party*, todavía en proceso de conflictiva gestación, a duras penas consiguió presentarse en un puñado de circunscripciones, con lo que su representación parlamentaria resultó ser marginal.

CUADRO 1

RESULTADOS DE LAS ELECCIONES DE MARZO DE 2014 AL CONGRESO DE DIPUTADOS

	PORCENTAJE DE VOTOS (%)	NÚMERO DE ESCAÑOS
PP	30,4	122
PSOE	25,1	107
IU	13,7	36
UPyD	10,4	27
AP	5,5	10
CiU	4,0	15
Amaiur	2,1	10
PNV	1,6	7
Anova	1,3	5
ERC	0,9	3
BNG	0,9	3
CC	0,7	3
Otros	3,4	2
Abstención	38,4	

La consecuencia mayor de las elecciones de marzo de 2014 fue, tras visible presión de la UE, el establecimiento de un gobierno de gran coalición con lo que quería ser un tecnócrata a la cabeza. Los dos grandes partidos, apoyados por las cúpulas de los sindicatos mayoritarios, optaron por respaldar a una figura de amplia experiencia, E. Motín, en lo que se antojaba un intento de reproducir el modelo experimentado en Italia con M. Monti. Tanto PP como PSOE, y tanto CCOO como UGT, recibieron cumplidas garantías de preservación, con

recursos institucionales y privados, de sus maquinarias respectivas. Los gobiernos de gran coalición, con perfiles más o menos similares, se repitieron en muchas de las comunidades autónomas, cuyas atribuciones se vieron, eso sí, sensiblemente recortadas, lo que no dejó de ocasionar resistencias. Éstas fueron particularmente sonoras allí donde —Andalucía, Asturias, Cataluña, País Vasco— fuerzas ajenas al PP podían forjar mayorías. En mayo de 2014 el parlamento español tomó, por lo demás, la decisión de postergar *sine die* las elecciones autonómicas, en aparente espera de la llegada de tiempos mejores. El rey, entre tanto, pasaba la mayor parte del tiempo en Botsuana, con sus amigos saudíes.

EL GOBIERNO TECNOCRÁTICO

Pronto se hizo evidente que el gobierno tecnocrático de Motín no se hallaba en mejor posición que sus antecesores en lo que hace a la resolución de los muchos problemas que atenazaban a la economía española. Aunque España siguió recibiendo ayudas de la UE —condicionadas, como siempre, al despliegue de recortes cada vez más inauditos a los que se sumaron privatizaciones cada vez más ambiciosas— y consiguió alguna quita de la deuda, todos los datos apuntaban, machaconamente, a la conclusión de que la deuda en cuestión era literalmente inabordable. Esto aparte, y como cabe suponer, los bancos alemanes, franceses y… españoles seguían haciendo de las suyas. La UE entregaba dinero, con bajos tipos de interés, a las entidades financieras privadas, que a su vez lo prestaban a las administraciones públicas con intereses inusitados. En la operación correspondiente, que duraba años, desempeñaban un papel decisivo las agencias de calificación y las empresas de auditoría, a menudo claramente volcadas en la defensa de un negocio en el que se

daban cita bancos y políticos. Si bien el estallido, en el verano de 2014, de lo que se describió como el *wikileaks español* sacó a la luz muchos de estos chanchullos, y en singular una trama gigantesca de financiación ilegal de los dos grandes partidos, el silencio de los medios y la connivencia judicial vinieron a dejar las cosas como estaban, con los intereses de la deuda llevándose el grueso de los recursos derivados de los recortes en el gasto público.

A duras penas puede sorprender que, con estos antecedentes, la situación social experimentase un nuevo deterioro. Éste afectó una vez más a la sanidad, a la educación, a los salarios y a las pensiones, cuatro capítulos ya muy dañados en los años anteriores, y provocó una nueva oleada de huelgas y protestas. Hay quien tuvo a bien identificar una genuina desamortización de los bienes públicos en descarado provecho de los intereses privados, con la secuela inevitable de una rotunda expansión de la pobreza. A la cifra de seis millones y medio de desempleados, que se alcanzó a principios de 2014, se sumaron los efectos de una masiva emigración de jóvenes, en su mayoría licenciados universitarios. Aunque se bromeó, con humor negro, con la presunta existencia de pateras que asumían ahora el camino inverso y buscaban las costas marroquíes, nada indica que cobrase cuerpo semejante realidad. Ello no es óbice para que engordase el número de *sin papeles* españoles que, las más de las veces en el servicio doméstico, empezaban a trabajar para familias acaudaladas en Tánger, Tetuán, Fez, Rabat, Casablanca y Orán. El deterioro constante del idolatrado producto interior bruto (PIB) y el retroceso en la esperanza de vida (véase cuadro 2) daban cuenta de manera cabal de la ineptitud de las políticas gubernamentales en un país en el que el número de desahucios desde el inicio de la crisis, en 2008, se estimaba seis años después en casi 600.000. Con los ancianos haciéndose cargo de familias extensas, con la reaparición —bien que marginal— del hambre

física, con una extensión de enfermedades varias y con un incremento sustancial en la cifra de suicidios, el panorama era, claro, inquietante.

CUADRO 2

ESPERANZA DE VIDA
AL NACER (EN AÑOS)

AÑO	EDAD
2010	81,6
2015	79,3
2020	77,2
2025	74,7
2030	69,3

LA ESCALADA REPRESIVA

Para mantener un orden cada vez más precario, al gobierno tecnocrático no le tembló el pulso a la hora de echar mano de la represión. Procuró relacionar esta última con una situación de emergencia que debía tener, según el discurso oficial, un carácter pasajero. En 2014 y 2015 se hicieron valer, con todo, algunos atentados sospechosos —el más notable tuvo por escenario, en marzo del segundo de esos años, la estación de Atocha en Madrid— que a los ojos de muchos obedecían al propósito de legitimar formas de represión muy duras que afectaban ante todo a los movimientos sociales resistentes. En paralelo se manifestaron cortes en la Red que, en momentos muy delicados, con toda evidencia se proponían dificultar las comunicaciones entre los activistas de esos movimientos. Mientras, se cerraban sin rebozo medios de comunicación contestatarios. Las instancias directoras de la UE, por su parte, protestaban *con la boca pequeña*[1] al tiempo

que, según rezaba un rumor muy extendido, aguardaban que España allanase el camino y resolviese los problemas de la mano de una petición franca de salida de la Unión.

Aunque se cebó con los movimientos sociales contestatarios, la represión en modo alguno dejó al margen a quienes en el País Vasco, Cataluña y Galicia, y en su caso en otros lugares, peleaban por la secesión. En las dos primeras de estas comunidades autónomas, que disfrutaban de holgadas mayorías nacionalistas, eran evidentes los desacuerdos con el gabinete de Motín en lo que respecta a lo que cabía hacer. El rechazo con que el gobierno tecnocrático español respondió en repetidas oportunidades a la demanda de cambios en la Constitución que permitiesen organizar referendos hizo que las tensiones fuesen en aumento en un teatro en el que —no lo olvidemos— el aplazamiento de las elecciones autonómicas beneficiaba, no sin paradoja, a los gobiernos vasco y catalán. Este último organizó en noviembre de 2014 un referendo de autodeterminación cuya legalidad fue cuestionada por las autoridades españolas; con un nivel de participación razonablemente alto, de un 61 por ciento, más de las dos terceras partes de los votantes se inclinaron por respaldar la independencia, sin que este hecho tuviese otro efecto que el de un ahondamiento en las disputas y en los desencuentros. Una señal de los tiempos era, en suma, el hecho de que la amenaza, vertida desde las instituciones españolas y desde los medios de comunicación acompañantes, de que un País Vasco o una Cataluña independientes quedarían inevitablemente fuera de la UE fuese percibida como una buena noticia por muchos vascos y catalanes, que acaso pensaron *matarían así dos pájaros de un tiro*[2].

La represión que nos ocupa no impidió —no podía ser de otra manera— la manifestación de muy diferentes movimientos e iniciativas de repulsa, y, más allá de ellos, de una división cada vez más aguda en la sociedad española. Una parte significada de ésta prestó oídos a la estrategia del

miedo que abrazaron las autoridades: si queréis conservar una parte de vuestros, bien que relativos, privilegios, no queda más remedio que aceptar recortes en derechos y restricciones en libertades. Aunque en un capítulo posterior hablaremos de esto con mayor extensión, recordemos ahora que semejante estrategia dio alas a un renacimiento de discursos hiperconservadores, y es un ejemplo entre muchos, sobre las mujeres y la familia. Provocó también tramadas operaciones de exaltación de las fuerzas de seguridad y de las propias fuerzas armadas. Y se tradujo, en suma, en un repunte del racismo, con víctima principal, claro, en determinados segmentos de la población inmigrante.

Pero conviene volver sobre la idea de que hubo una reacción de signo muy diferente. Su principal manifestación fue la articulación de movimientos que, desde abajo, defendían proyectos de cariz autogestionario y rechazaban cada vez con mayor firmeza la mercantilización y la privatización que parecían inundarlo todo. En esos movimientos, que reclamaban se rechazase el pago de una deuda que entendían en buena parte ilegítima —ahí estaba el lema "no bebemos, no pagamos"[3]—, se daban cita muchas asambleas populares del movimiento del 15 de mayo, un sindicalismo alternativo que iba en ascenso y organizaciones sociales varias, a menudo con el apoyo indisimulado de sectores de la izquierda tradicional. La concreción mayor de estas iniciativas fue la gestación de proyectos varios —grupos de consumo, ecoaldeas, cooperativas integrales, fórmulas de banca ética y social— que al poco se vieron acompañados de movimientos de ocupación de fábricas y tierras, materia de demonización recurrente en las tertulias biempensantes.

La mayor parte de las manifestaciones culturales presentaban, en fin, un perfil alicaído, y ello pese a que la situación general debía haber propiciado horizontes muy diferentes. Nos hallábamos, tal vez, ante una más de las

secuelas de la domesticación de la cultura por las instituciones. Hablamos de años en los que se reveló, eso sí, una singular creatividad en lo que se refiere a la proliferación de nombres extraños de persona, por completo ajenos a los usos tradicionales y al santoral. También menudearon las últimas manifestaciones de una cosmovisión, la de la posmodernidad, empeñada en buscar líquidos paraísos individuales. Para decirlo todo, no fue mucho más original el panorama que aportó un renacido *realismo socialista* que poco más hacía que beber en las fuentes, agostadas, de siempre.

EL HUNDIMIENTO

Lo que acabamos de relatar permite perfilar el teatro en el que cobró cuerpo un hecho principal que al cabo dio al traste con esta etapa. Y es que pronto se hizo evidente que el problema del endeudamiento de los diferentes agentes privados, lejos de amainar, se profundizaba. En julio de 2015 despuntaron dos delicados fenómenos. Por un lado el gobierno español se declaró incapaz de asumir pagos inmediatos en lo que respecta a la cancelación de un tramo importante de la deuda. Por el otro, entraron en quiebra técnica tres entidades financieras de relieve. No quedaba sino concluir que las autoridades en Madrid no estaban en condiciones de atender los compromisos, contraídos en tiempos de la presidencia de Rodríguez Zapatero, de garantizar la integridad de los depósitos inferiores a 100.000 euros colocados en bancos y cajas, y de hacer otro tanto con esta cifra en el caso de los que estuvieran por encima de ella. El efecto mayor fue la aparición de un *corralito* acompañado de un episodio más de lo que venía siendo un dato constante de la economía española desde tiempo atrás: una huida masiva de capitales.

Hubo quien dijo, con un punto de ironía, que ante el hundimiento del sistema bancario como un todo sólo opuso resistencia real el *banco malo* que había sido creado para hacer frente a los activos inmobiliarios sobrevalorados que estaban en manos de las instituciones financieras. Acaso a estas alturas no es preciso agregar que de resultas de todo lo anterior no consta que acabase nadie en la cárcel: parece que, al amparo de la general desregulación, todas las responsabilidades se evaporaban con la franca connivencia de los políticos.

Tres semanas después de los hechos que nos ocupan, y en plena canícula, España pasó a dotarse de un euro B, el *euro malo*, mientras el rey, indignado, pedía con energía se retirase su efigie de la nueva moneda. En los hechos, y aunque la irrupción de esta última, la *pesetuela* en el habla popular, supuso para el país el abandono de la zona del euro, ello no se tradujo en modo alguno en una reducción de las imposiciones que llegaban de la UE, empeñada en garantizar el pago de una deuda que seguía siendo onerosísima. No es difícil intuir que ésta era una tarea inabordable en un país en el que la destrucción de empleo se veía acompañada de un cierre general de pequeñas y medianas empresas, incapaces de resistir en un escenario en el que las políticas gubernamentales habían beneficiado con descaro a bancos y cajas, por un lado, y a grandes corporaciones económico-financieras, por el otro. Y es que, y al fin y al cabo, lo que despuntaba era una genuina rapiña desplegada por las grandes empresas con la franca colaboración de los dirigentes políticos.

Tampoco es difícil concluir que las voces que en los años anteriores habían reivindicado otros horizontes fueron rápidamente acalladas. ¿Qué hubiera sucedido, por ejemplo, si Rodríguez Zapatero, Rajoy o Motín se hubiesen inclinado por rechazar, por ilegítima, buena parte de la deuda? ¿Qué hubiera ocurrido si hubiesen tomado la decisión de cancelar

el trato fiscal de privilegio que merecían las rentas de capital y hubiesen actuado enérgicamente, en paralelo, contra los evasores de impuestos y los aficionados a colocar su dinero en paraísos fiscales? ¿Qué hubiera acontecido si hubiesen tomado la decisión de colocar entre sus prioridades la defensa de la sanidad y de la educación públicas, y la garantía de los derechos de los trabajadores frente a la codicia empresarial? Hablamos de años, por lo demás, en los que sólo en los circuitos de pensamiento crítico se seguía prestando atención a una crisis ecológica que, relegada a un lugar marginal en el debate político y mediático, ganaba terreno por momentos y, hoy lo sabemos, fue la puntilla de tanta miseria. Los mismos años en los que un profesor de universidad poco dotado inventó un historiador inglés que había escrito un ensayo sobre la España de los veinte años siguientes. Sin acertar ni una…

NOTAS

1. N. del T.: en castellano en el original.
2. N. del T.: en castellano en el original.
3. N. del T.: en castellano en el original. Cabe suponer que Joker entendió mal. El lema en cuestión rezaba "No debemos, no pagamos".

CAPÍTULO 3

UNA GUERRA DE OPERETA: LA GUERRA DE LOS TRES MESES (2016)

En julio de 2016, justo ochenta años después de la librada entre 1936 y 1939, estalló en España una guerra civil. Aunque el detonante estricto del conflicto fue, de nuevo, una asonada militar, los antecedentes inmediatos resultaron ser muy diferentes de los que habían venido a explicar la guerra que había cobrado cuerpo ocho décadas antes. Si alguien quiere acogerse a la tesis de que esta nueva guerra civil fue la farsa que tantas veces sigue a una tragedia, habrá que dar por bueno el argumento. Bastará con citar al respecto que, frente a los centenares de miles de muertos registrados en el decenio de 1930, entre julio y octubre de 2016 la cifra de víctimas mortales apenas se levantó por encima de los seiscientos. Como quiera que era verano y que el tráfico viario se redujo notablemente de resultas del conflicto, también lo hizo, y sensiblemente, el número de fallecidos en las carreteras. La consecuencia mayor fue que murió menos gente que en un verano normal, hasta el punto de que hubo quien sugirió, con el peculiar sentido del humor español, que convendría organizar una guerra estival cada año…

LOS ANTECEDENTES DEL CONFLICTO

Importa subrayar el efecto que sobre el escenario de lo que al cabo sería la guerra tuvo un puñado de hechos registrados en la primera mitad de 2016. Antes que nada conviene resaltar el ascendiente, poderosísimo, de la crisis económica y social que nos ha interesado en el capítulo anterior. A la progresiva disolución del Estado-providencia y al crecimiento imparable del porcentaje de ciudadanos condenados a malvivir por debajo del umbral de la pobreza se sumaron las secuelas del descrédito general de *la clase política*, la constancia generalizada de que esta última defendía con obscenidad los intereses de poderosas empresas privadas, la certificación de cómo —pese a las promesas tantas veces formuladas— la corrupción no remitía y, en fin, un rechazo frontal, inevitable, de todo lo que llegaba de las instancias directoras de la UE. No está de más que agreguemos, aun así, que en la visión común entre tantos ciudadanos empezaba a hacer mella la conciencia de lo que significaba un escenario ecológico cada vez más degradado.

Si bien es cierto que las crisis social y ecológica fueron decisivas a la hora de identificar las claves fundamentales del entramado prebélico, lo suyo es anotar que, como acabamos de anunciar, hubo hechos más precisos que se dieron cita en la gestación de la guerra. Reseñémoslos de manera sucinta. En enero de 2016 un terremoto alcanzó con intensidad inesperada el sudeste peninsular. Los daños mayores se registraron en la comarca de Lorca (Murcia), ya castigada en los años anteriores por temblores de tierra. Aunque la cifra inicial de muertos, un par de centenares, fue de por sí notable, pronto se sumaron otros tantos en virtud de la ineptitud de las operaciones de rescate, de la lacerante inadecuación de los trabajos de reconstrucción y de los efectos mancomunados de la especulación inmobiliaria y las

agresiones medioambientales. Las cosas como fueren, lo cierto es que a los ojos de muchos ciudadanos de a pie las noticias que fueron coleando en las semanas siguientes al terremoto se convirtieron en una metáfora cabal de la corrosión terminal de un régimen —llamativo parece que este término, otrora empleado para denigrar a los dictadores foráneos, se empezase a asentar para describir la realidad política española— insostenible. Para que nada faltase, en marzo se registró un grave accidente en la central nuclear de Ascó II (Tarragona). En un escenario marcado por el incumplimiento de normas elementales, todos los mecanismos de seguridad fallaron. Aun cuando en este caso la cifra de muertos no excedió la veintena, la evacuación que siguió afectó a cerca de 300.000 personas. A la alarma interna que lo ocurrido generó se sumó una creciente preocupación internacional, apenas saldada, bien es cierto, con el despliegue de fórmulas de ayuda.

FOTO 2

EFECTOS DEL TERREMOTO DE LORCA EN UNA IGLESIA DE LA LOCALIDAD (2016)

Los dos hechos mencionados no fueron, con todo, los únicos que se hicieron valer en la primera mitad de 2016. En febrero —y de resultas por igual de disensiones en el bloque gobernante y de la alarma social generada por la extensión de los casos de corrupción y por las nulas medidas sancionadoras de éstos— se celebraron unas nuevas elecciones generales, con quejas numerosas de irregularidades tanto en lo que respecta a la campaña como en lo que se refiere a la jornada de voto y al recuento final. La abstención fue, esto aparte, muy alta: se situó —al parecer— nada menos que en un 57 por ciento. El triunfo, por escaso margen, y muy lejos de la mayoría absoluta, fue para una coalición de izquierdas, tan amplia como desvaída, llamada Sinrisa. Ésta, con liviana voluntad de contestar el capitalismo imperante, preconizaba "una salida social a la crisis" y en esencia aspiraba a regresar al escenario anterior al propio de la crisis financiera. Por su parte, el llamado Frente Tecnocrático, configurado por los núcleos de los viejos partidos popular y socialista, consiguió resultados moderadamente halagüeños habida cuenta de lo que se esperaba. El *Achicoria Party*, en fin, se mostró una vez más incapaz de alcanzar un acuerdo a la hora de perfilar un liderazgo aceptado por sus diferentes facciones y obtuvo resultados más bien mediocres (véase cuadro 3). Cuando, a principios de abril, llegó el momento de constituir las nuevas cámaras se produjo un primer conato de golpe. Un grupo de guardias civiles, comandados por un teniente coronel llamado A. Tejero, irrumpió en el Congreso de Diputados. Aunque los apoyos externos recibidos por esta acción fueron menores, tuvo un efecto decisivo en lo que se refiere a propiciar un acuerdo de las diferentes instituciones, y de las fuerzas políticas principales —con la excepción, claro, de Sinrisa—, en lo que se refiere a la inmediata disolución de las cámaras recién constituidas y a la convocatoria de nuevas elecciones —la guerra se cruzó de por medio— para el otoño.

CUADRO 3

RESULTADOS DE LAS ELECCIONES DE FEBRERO DE 2016 AL CONGRESO DE DIPUTADOS

	PORCENTAJE DE VOTOS (%)	NÚMERO DE ESCAÑOS
Sinrisa	28,4	114
Frente Tecnocrático	27,9	113
AP	16,7	43
CiU	4,5	20
Amaiur	2,4	13
PNV	1,6	8
Anova	1,5	7
ERC	1,1	5
BNG	1,0	3
Otros	14,9	24
Abstención	57,1	

La decisión de disolver las cámaras tuvo dos consecuencias delicadas. La primera, lógica, asumió la forma de graves desórdenes callejeros en los que se dieron cita los partidarios de la opción de izquierdas perjudicada y muchos de los movimientos contestatarios, que, con núcleo principal en el del 15 de mayo, mostraban un franco rechazo de lo que entendían que había sido una genuina farsa electoral. En ese contexto destacó poderosamente el asesinato a sangre fría, por sicarios del gobierno, de una docena de campesinos en Medina-Sidonia (Cádiz). El impacto emocional de la noticia casi se solapó con una insurrección de presunto carácter izquierdista, rápidamente reprimida, en la pequeña guarnición de Jaca (Huesca), al norte de Aragón. La segunda consecuencia de relieve asumió la forma de sendas declaraciones de independencia aprobadas por los parlamentos catalán y vasco. Que tal cosa sucediese en Cataluña y el País Vasco nada tuvo de sorprendente. Más a contrapié pilló a la opinión pública, en cambio, la convocatoria en La Rioja de un referendo de

autodeterminación que ocupó la portada del *New York Times*. La decisión de los legisladores locales en el sentido de cancelar las exportaciones de vino al resto de España, que no pagaba, provocó algaradas callejeras mucho más sonoras que las derivadas de los contenciosos, ya asumidos, de Cataluña y el País Vasco. Un poderoso sindicato de camareros, Vanguardia Roja, que operaba en todo el territorio español, decidió cambiar su nombre en provecho del más reivindicativo de Vanguardia Rioja[1]. La noticia se vio relegada a un segundo plano, con todo, al conquistar el Fulham la liga inglesa.

EL GOLPE MILITAR Y LA GUERRA

Quedémonos, de cualquier modo, con la conclusión de que el escenario de la primera mitad de 2016 no podía ser más convulso. El 18 de julio de ese año se produjo un intento de golpe de Estado de la derecha ultramontana apoyado por unidades militares que en inicio, con cariz evidentemente simbólico y objetivos más bien vagos, se sublevaron en Ceuta y Melilla. A muchos pareció curioso, por cierto, que a lo largo de los años anteriores no se hubiesen registrado noticias que diesen cuenta de cómo la cúpula militar española se sentía descontenta ante la gigantesca estafa liderada por los bancos. La conclusión parecía servida: cuando los militares profesionales hablaban de la necesidad de preservar el orden, en realidad estaban pensando en *su orden*, que coincidía curiosamente con el de los poderosos. Lo anterior conviene decirlo con una única salvedad: la que anotaba la existencia, bien que marginal, de la llamada Unión Democrática Militar (UDM), cada vez más distanciada de las posiciones asumidas por los integrantes de la cúpula de las fuerzas armadas. Los días que siguieron al golpe de julio de 2016 permitieron que reverdeciesen estérilmente, por lo demás, las opiniones de

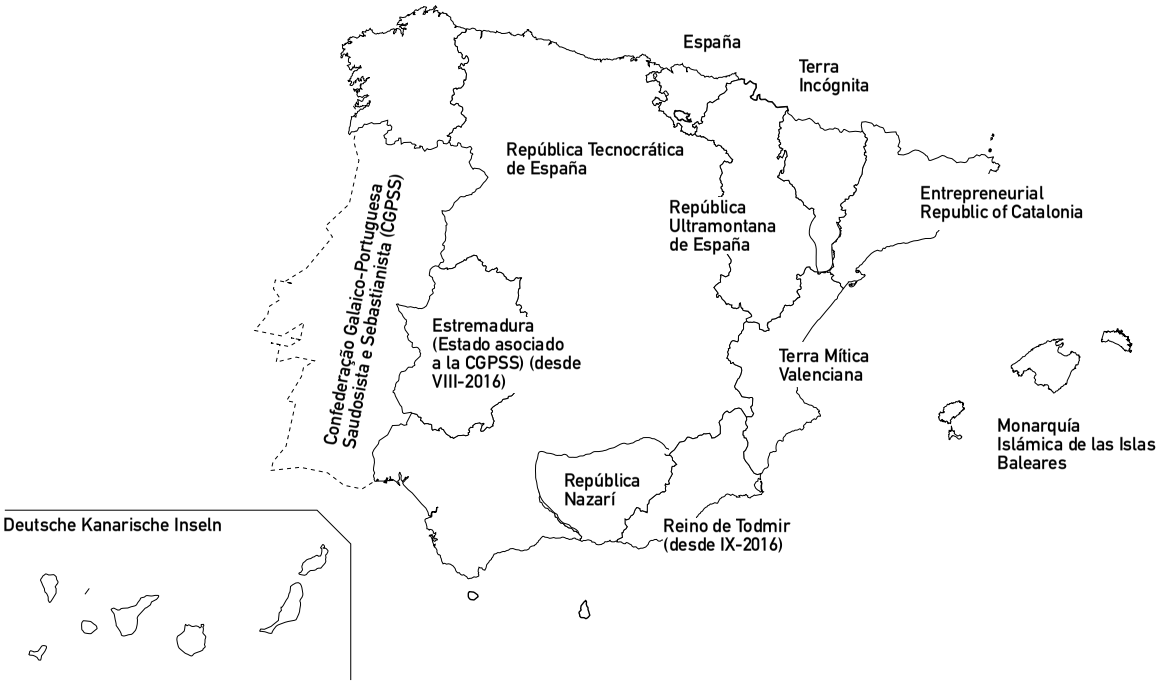
quienes en los años precedentes habían demandado que todos los militares, sin excepción, marchasen fuera del país, destinados en misiones autocalificadas de humanitarias. No nos referimos, claro, a los tertulianos, que de manera casi unánime respaldaron el golpe castrense, las más de las veces de la mano de la afirmación de que en España nadie ofrecía credenciales más democráticas que los militares.

Ya hemos señalado que el número de víctimas mortales del conflicto —rebajemos su calificación— civil fue reducido. Ello fue así de resultas de circunstancias varias. Aunque la principal la aportó, sin duda, el rapidísimo estancamiento de los frentes, este último bebió de una actitud general que, antes que a la moderación en el uso de la fuerza, apuntó al temor a las represalias y a las dudas sobre las capacidades propias que acosaron a los diferentes bandos —banderías, sería preferible decir— enfrentados. Conviene tener presente que, más allá de la calificación ideológica que correspondía a esos bandos, en los frentes como en la retaguardia hubo de casi todo: unidades del ejército regular —a veces enfrentadas entre sí—, de la guardia civil, gallardamente dirigida por un reinsertado L. Roldán, y de la policía nacional; elementos de un recién regenerado somatén; integrantes de las policías autonómicas y locales; milicias obreras y campesinas por lo común por completo descoordinadas, y, en fin, e incluso, grupos de cazadores reconvertidos en *salvadores de la patria*[2].

A efectos de resumir los datos principales generados por la guerra (véanse los mapas 2 y 3), lo suyo es que prestemos atención a dos situaciones mayores. Mientras la primera da cuenta de lo que quedó perfilado dos semanas después del inicio del conflicto, la segunda recoge la situación registrada a principios de octubre, en los estertores de aquél. A finales de julio de 2016, y vayamos a por el primero de esos dos escenarios, se configuraron varias instancias de relieve cuya condición resumimos a continuación.

MAPA 2

ENTIDADES POLÍTICAS SURGIDAS EN EL INICIO DE LA GUERRA DE 2016



1. Aunque su importancia territorial sea menor, hay que hablar en primer lugar de la gestación de una Monarquía Islámica de las Islas Baleares. La cuestión tiene su relieve porque la huida del rey Juan Carlos a su residencia de Palma de Mallorca provocó un inmediato vacío institucional que se tradujo al poco en la inevitable configuración como *repúblicas* —a duras penas podía encontrarse otro término para retratarlas— de varias de las instancias que nos ocuparán inmediatamente. Si alguien se pregunta por qué la monarquía borbónica tradicional pasó a exhibir de la noche a la mañana una, bien es cierto que desvaída, condición islámica, la respuesta es sencilla: la financiación proporcionada por la siempre democrática casa real saudí, que no era una novedad, se tradujo en exigencias precisas al respecto.

2. El grueso del territorio español quedó en manos de lo que se dio en llamar República Tecnocrática de España. Como cabe suponer habida cuenta de lo que hemos relatado hasta ahora, en la dirección de esta república, y siempre con Motín en la cabeza, se encontraron muchos de los responsables de los partidos popular y socialista que habían respaldado con anterioridad la configuración de un gobierno tecnocrático. Aunque la relación de la mayoría de estas gentes con el golpe militar fue confusa, parece de razón concluir que, en virtud de la línea de mando tradicional, conservaron en los hechos el apoyo, bien que displicente, de muchas de las unidades de las fuerzas armadas. Agreguemos que, pese al experimento secesionista de unos meses antes, el grueso del territorio de La Rioja quedó inmerso en esta república.

3. En buena parte del territorio que en el siglo XIX registró presencia notable del carlismo quedó forjada la República Ultramontana de España. Aunque la explicación al respecto es moderadamente simplificadora, en su gestación se dieron

cita los segmentos de los partidos popular y socialista más vinculados con una visión esencialista de España, muchos de los cuadros de UPyD y, naturalmente, personas ubicadas en la extrema derecha; en resumen, muchos de los cimientos del *Achicoria Party*. Repitamos que esta instancia fue comúnmente calificada como *república* por exclusión, pese a tener una difícil ubicación institucional. Algunos de sus dirigentes —no todos— se reclamaron de una monarquía católica que, habida cuenta de la creación de la nueva Monarquía Islámica en Baleares, tenía difícil encaje, y ello aun cuando no faltaron miembros de la casa real borbónica dispuestos a dar un paso adelante.

4. En los primeros momentos de la contienda, y con el designio expreso de concretar en hechos la declaración aprobada unos pocos meses antes, el parlamento de Cataluña, por abrumadora mayoría, declaró la independencia del país. Acaso para limar asperezas dentro de la Unión Europea, y para facilitar un rápido reconocimiento por ésta, el nuevo Estado pasó a llamarse, en inglés, *Entrepreneurial Republic of Catalonia*.

5. En condiciones parecidas, también Euskadi se declaró independiente. La denominación de la nueva república vasca fue objeto de vivas polémicas. Sus detractores señalaron que lo que había por detrás no era sino el designio, de difícil realización y dudoso beneficio, de convertir a Euskadi en instancia heredera del Estado español. Lo cierto es que, con el consenso de la mayoría aplastante de los diputados que tomaban asiento en el parlamento local, que declararon estar hartos de polémicas nominalistas, Euskadi decidió llamarse España, sin remilgos en lo que hace al empleo del término castellano correspondiente. La medida suscitó singular indignación en el gremio de los tertulianos, que reclamó insistentemente que la

nueva España vasca se hiciese cargo del pago de la totalidad de la deuda.

6. Tampoco faltaron los cambios en la franja occidental de la península. Si bien Portugal quedó al margen del contencioso civil que nos ocupa, no permaneció ajeno a las demandas que llegaban del norte, de Galicia. Las autoridades gallegas, más bien perdidas en el debate español, divididas entre tecnocráticos y ultramontanos, y poco conscientes del nada halagüeño panorama portugués, decidieron propiciar lo que en primera instancia fue un mero acuerdo comercial con Lisboa que al poco se convirtió en el cimiento de una etérea confederación galaico-portuguesa que pronto recibió los adjetivos de *saudosista* y *sebastianista*. En agosto de 2016 Extremadura —rebautizada Estremadura— solicitó la entrada, como Estado asociado, en tal confederación, que exhibió en todo momento un carácter inabordablemente nebuloso.

7. También Valencia siguió, aparentemente, el camino de la independencia, en este caso con el nombre de Terra Mítica Valenciana. Es verdad que el sustento económico del nuevo Estado resultó muy problemático. No había ya, en particular, nada que privatizar. Dato fundamental del proceso valenciano de estos meses fue el hecho de que saliesen de la cárcel, en la que aparentemente penaban desde poco tiempo antes, muchos dirigentes políticos que con anterioridad se habían lucrado merced a la especulación y a la corrupción.

8. En la Andalucía oriental se hizo valer asimismo un impulso secesionista. En torno a la ciudad de Granada, asumió la forma de la creación de una República Nazarí que plantó cara decidida a la Monarquía Islámica balear y que, por añadidura, anudó lazos con los rebeldes bereberes que se manifestaban en el Rif, en el otro lado del Estrecho.

9. Aunque la declaración de independencia de Murcia fue tardía en el marco general de la guerra civil —se produjo en septiembre—, lo suyo es que reseñemos aquí este nuevo desgajamiento con respecto al territorio inicialmente correspondiente a la República Tecnocrática. Murcia se declaró independiente en la estela del viejo reino godo-bizantino de Todmir (713-790), que alcanzaba también el territorio de las vecinas provincias de Almería y Alicante.

10. Con el consenso general del parlamento autonómico, que tal vez esperaba escapar así a la quema general, Canarias aceptó su incorporación, como un nuevo *land*, a Alemania, con el nombre de *deutsche Kanarische Inseln*. La incorporación en cuestión había sido, por lo demás, demanda expresa de las autoridades teutonas ante los repetidos impagos de la deuda de los que eran responsables los gobernantes españoles. No tuvo, sin embargo, y paradójicamente, ningún efecto en materia de reducción de aquélla.

11. El estallido de la guerra civil casi se solapó en el tiempo con rebeliones locales de cierto relieve. Abocaron en episódicas entidades independientes en un puñado de comarcas que desde el siglo XIX se habían caracterizado por su precaria integración en las instancias político-administrativas que les habían sido asignadas. Fue el caso del Bierzo, del valle del Pas, de la región de Yecla, de la de Molina de Aragón, del Rincón de Ademuz, del Condado de Treviño, de la Ribera Baja, de Cartagena y su cantón, y, en otro terreno, de las taifas de Ronda y Cazorla. Por lo que hace a Ceuta y Melilla, pidieron una pronta integración en el reino de Marruecos, rechazada con desdén por las autoridades interpeladas; al terminar la guerra, y en ausencia de intereses comerciales fuertes, fueron abandonadas, sin más, por los gobernantes españoles.

12. Terminemos nuestro recorrido con el recordatorio de que en diferentes lugares se hicieron valer enclaves de resistencia libertaria y, en su caso, y con menor relieve, bolchevique. Lo que se dio en llamar *icarias* —las áreas de resistencia libertaria— fue un fenómeno relativamente común en la Galicia interior, el este de Aragón, ciertas áreas urbanas o semiurbanas de Cataluña, Madrid y Valencia, y, en fin, zonas rurales importantes de Extremadura, Castilla-La Mancha y Andalucía. Los *estalingrados* —las áreas de resistencia bolchevique— cobraron cuerpo ante todo en las cuencas mineras asturianas y en los *cinturones rojos* de grandes ciudades como Madrid, Barcelona y Sevilla, a menudo en conflictiva relación con activistas libertarios (de la que dan testimonio los mal llamados, por extemporáneos, *hechos de mayo*, registrados en Barcelona en agosto de 2016).

Habida cuenta del tono general del conflicto, a estas alturas no parece preciso agregar que muchos lugares quedaron emplazados en una suerte de tierra de nadie, de tal manera que su adscripción a una u otra entidad política tuvo un carácter más formal que real.

LA DERIVA BÉLICA

Si éste resultó ser el convulso panorama que se abrió camino en la segunda mitad de julio de 2016, conviene que pongamos orden en nuestros conocimientos relativos a lo que ocurrió entre ese momento y el final de la guerra, a mediados de octubre de ese mismo año. Aunque ya hemos señalado, por lo pronto, que los frentes, de por sí muy etéreos, apenas experimentaron cambios, obligado parece hacer dos excepciones. La primera invoca hechos bien conocidos, todos ellos derivados de ofensivas ultramontanas, como el asedio de Bilbao, los

duros combates registrados en Montejurra (Navarra) y las batallas del Maestrazgo (Castellón) y, muy lejos, de forma más bien teatral y organizada por Servidumbre Digital, Bailén (Jaén). La segunda subraya que en agosto se produjo una macroofensiva de milicias del propio ejército ultramontano que buscaron, con éxito, un acercamiento a Madrid. Tras ocupar buena parte de la provincia de Guadalajara, y sin oposición, se hicieron con el control, en la capital, de dos recintos de innegable peso simbólico que al cabo justificaron la operación militar: el complejo de Eurovegas, en avanzado estado de construcción, y el estadio Santiago Bernabéu, en acelerado deterioro. Efecto principal de esta ofensiva fue que la durante varios siglos capital española —el título se lo disputaban ahora Guernica (Vizcaya), Burgos y Estella (Navarra)— quedó dividida en tres sectores: una cuña ultramontana se colocó entre la parte de la ciudad controlada por los tecnócratas y la que, en el sur, se repartían, no sin conflictos, libertarios y bolcheviques (véase mapa 4). Es fácil intuir que, las cosas como fueren, el éxito de la operación militar ultramontana —abocó simbólicamente en un nuevo nombre para el campo de fútbol del Real Madrid: Esperanza Bernabéu— debilitó aún más los cimientos de la República Tecnocrática.

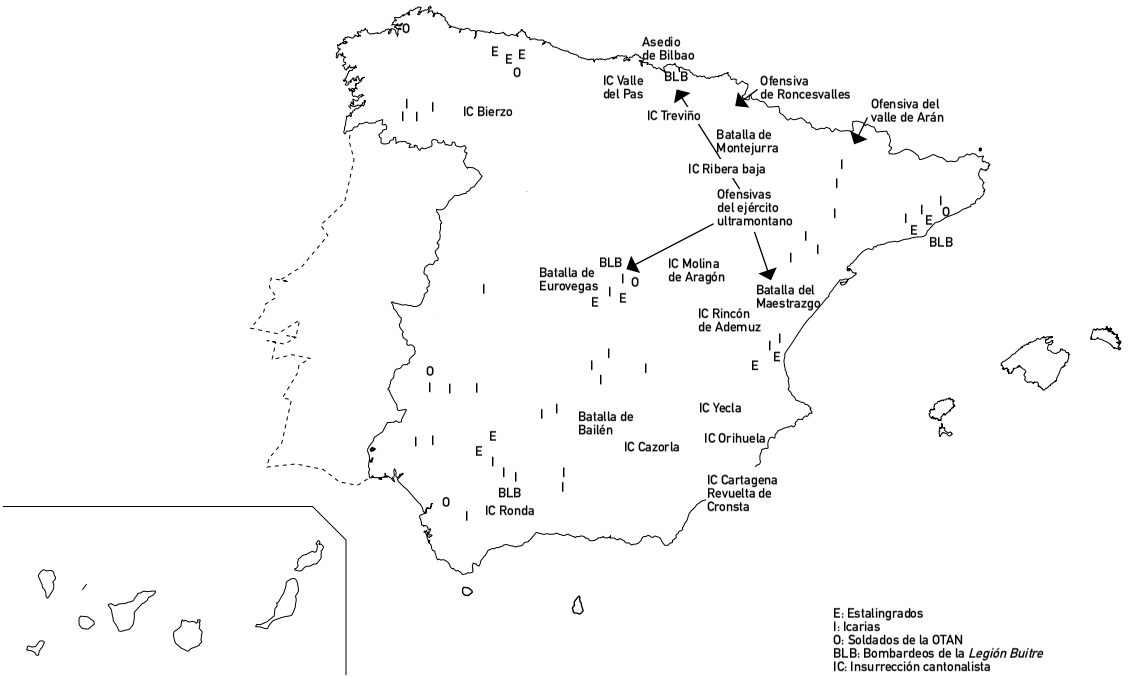
Al margen de lo anterior, que sin duda fue lo principal, la guerra dio para poco más. Anotemos que a su amparo se produjo la fantasmagórica creación de unas brigadas, llamadas internacionales, que se propusieron acudir en socorro de libertarios y bolcheviques. Se registraron también dos intentos de invasión —de diferente corte ideológico— desde Francia: si el uno, de abiertas simpatías bolcheviques, se produjo en el valle de Arán (Lérida), el otro, de declarada proclividad montaraz, patrocinado por Interpolítica y bajo el reclamo de los *cien mil hijos de Esperanza*, se verificó por Roncesvalles (Navarra). Más allá de lo anterior, y como cabe suponer, las *quintas columnas* estuvieron a la orden del día y no faltaron

las revueltas contestatarias en el territorio de las diferentes instancias que vieron la luz. La más sonada fue acaso la protagonizada por marineros libertarios en el puerto de Cartagena (Murcia), pasajeramente rebautizado como Cronsta.

La guerra civil tocó a su fin de resultas de dos grandes factores. Del primero hemos hecho ya mención profusa: el estancamiento de los frentes y, con él, y no sin paradoja, la escasa cohesión de las diferentes entidades en colisión. No hemos hablado, en cambio, del segundo: una activa diplomacia internacional pronto acompañada de amenazas y acciones militares. Señalemos al respecto que la UE en bloque, y las potencias occidentales en general, se puso del lado de la causa de la República Tecnocrática, no sin antes pedir corteses disculpas al rey semiexiliado. La razón era fácil de explicar: era esa república la que mayores perspectivas ofrecía en lo que se refiere al pago, siquiera fuese parcial, de la monumental deuda española. La apuesta de la UE incorporó, con todo, un elemento más: el despliegue de gestiones encaminadas a conseguir que tecnocráticos y ultramontanos —para entendernos: las repúblicas española y superespañola— se pusiesen de acuerdo. Como quiera que al cabo éste fue el objetivo mayor de la diplomacia comunitaria, hay que convenir que los demás procesos abiertos, y entre ellos los derivados de unas declaraciones de independencia nunca reconocidas, quedaron en un manifiesto segundo plano. Aceptemos, por lo demás, que las iniciativas desplegadas por Bruselas produjeron en sustancia el resultado apetecido: aunque formalmente tecnocráticos y ultramontanos mantuvieron sus diferencias, por debajo de la mesa buscaron un acercamiento que en último término apuntaba a la reconstrucción del maltrecho orden institucional español anterior a la guerra. Éste fue el escenario sobre el que se cimentó, en el otoño de 2016, el protectorado internacional.

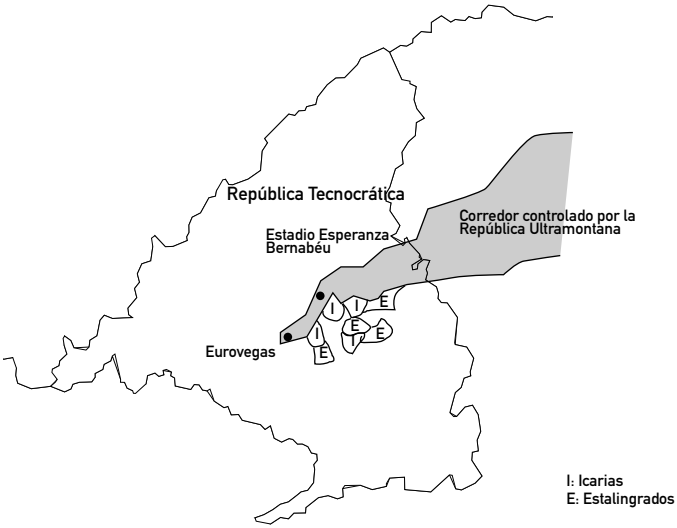
MAPA 3

PRINCIPALES MOVIMIENTOS Y CAMBIOS OPERADOS DURANTE LA GUERRA DE 2016



MAPA 4

MADRID AL FINAL DE LA GUERRA DE 2016



Mal haríamos en dejar las cosas así: como ya anunciamos, la presión de las potencias occidentales no tuvo un cariz meramente diplomático. Se asentó, antes bien, en un visible uso de la fuerza. Subrayemos al respecto que en agosto de 2016 la UE y Estados Unidos aprestaron la llamada *Legión Buitre*, una unidad que, a más de bombardear los territorios controlados por las milicias libertarias y bolcheviques, se encargó de una sonora y ejemplarizante operación de castigo de una pequeña localidad andaluza, Marinaleda (Sevilla), que en los años anteriores se había caracterizado por el firme propósito de contestar la miseria de las políticas avaladas por los partidos popular y socialista. Poco después un cuadro, realizado por un bisnieto del célebre pintor español del XX, P. Ruiz Picasso, y hoy conservado en Nueva York, inmortalizó la condición de la villa mártir. A estas alturas con certeza no es preciso agregar que las empresas

transnacionales españolas alentaron con todos sus recursos una intervención militar externa en apoyo de tecnocráticos y ultramontanos. Si el preámbulo de esa intervención fue una amenaza expresa —afortunadamente no concretada— de empleo de armas nucleares tácticas, su secuela final fue el despliegue de soldados europeos y norteamericanos bajo el paraguas legitimador de la OTAN y de Naciones Unidas.

Es fácil resumir las consecuencias de la guerra civil de 2016. Reduzcámoslas a cuatro. La primera fue la cancelación de las efímeras independencias que habían ganado terreno al calor del conflicto, incluido el experimento de la confederación galaico-portuguesa. Las únicas excepciones, bien que relativas, las aportaron los archipiélagos balear y canario: si el primero conservó su condición de Monarquía Islámica, el segundo se sumó —como ya hemos señalado— a la lista de los *länder* alemanes. Una segunda consecuencia de relieve la aportó el aniquilamiento, a menudo *manu militari*, de los experimentos revolucionarios que habían ganado terreno en muy diversos lugares. Se produjo, en tercer término, un nuevo y masivo éxodo, sin que al respecto fuese sencillo determinar cuál era el porcentaje de los 700.000 afectados que optaban por marcharse de resultas del nuevo escenario represivo y cuál el de quienes lo hacían por estrictas razones económicas. Mayor enjundia que este problema tenía otro: el de dónde exiliarse cuando en todas partes se encontraba, en los hechos, la misma o parecida miseria. Agreguemos, en fin, en cuarto y último lugar, que el conflicto bélico permitió el asentamiento de un gobierno aparentemente dotado de instrumentos de control y de represión más severos que los del pasado, e igual de subordinado a los capitales autóctonos y al dictado foráneo.

NOTAS

1. N. del T.: este cambio constituye, sin duda, una fantasía de Joker, probablemente propiciada por sus numerosas intoxicaciones etílicas, generadoras de conversaciones desbocadas con camareros en los más diferentes lugares de la geografía española. De hecho, el sindicato se había llamado de siempre Vanguardia Rioja.
2. N. del T.: en castellano en el original.

CAPÍTULO 4

EL PROTECTORADO INTERNACIONAL (2017-2026)

El final de la guerra se solapó con la enérgica imposición, por la UE, de un protectorado internacional en cuya cabeza quedó formalmente emplazado un representante, *lord* J. Almunia, designado por Bruselas. De resultas, el 1 de enero de 2017 la Constitución en vigor quedó parcialmente suspendida. Llamativamente, y pese a la manifiesta ilegalidad de la decisión, la UE colocó de forma inmediata en el puesto de presidente del gobierno español a un viejo conocido: el líder tecnocrático Motín. Hubo que aguardar a octubre de 2017 para que se celebrasen unas elecciones que, de dudoso pluralismo y limpieza, ratificaron en su puesto al propio Motín. La parafernalia política resultante obedecía, por lo demás, a un único y esperable objetivo: el de garantizar que España procedía a pagar una deuda que seguía siendo extremadamente onerosa.

La instauración del protectorado permitió dejar en segundo plano la discusión relativa a la monarquía. Hubo quien adujo que España era una suerte de *república-monarquía* que acumulaba todos los problemas de esas dos fórmulas. Al fin y al

cabo, si el país lo dirigían desde fuera, qué importaba cuál hubiese de ser su forma de gobierno. Lo anterior no impidió que se registrasen varios intentos de restauración monárquica, acelerados por la abdicación, en enero de 2017 y en Palma de Mallorca, del rey Juan Carlos en provecho de su hijo. En 2022 y 2023 se celebraron sonadas bodas de miembros de la casa real, ambas en Sevilla. En el segundo de esos años no dejó de provocar una aguda convulsión, lógica, la sorpresiva reaparición, en la misma Sevilla, y en aguas del Guadalquivir, del rey portugués D. Sebastião, quien, un tanto despistado, al parecer prefirió esquivar el molesto *nevoeiro* lisboeta.

Si hay que retratar de manera rápida lo que supuso la dictadura de Motín —no se trató de otra cosa—, lo suyo será prestar atención a dos hechos. El primero recuerda que el entramado general en que aquélla se desarrolló —y que vino a ratificar— se vio marcado por una abstrusa mezcla de caos e ineptitud, darwinismo social, represión y avance del desastre ecológico. Lo más relevante no fueron, en sí mismos, el progreso del cambio climático y el encarecimiento de las materias primas energéticas, sino la combinación de ambos fenómenos con una hondísima crisis social. El segundo de los hechos invocados, el estallido de la tercera guerra mundial, delimitó poderosamente los perfiles del escenario planetario, y ello por mucho que fuese cierto que en más de un sentido el conflicto civil de 2016 fue beneficioso para el país, en la medida en que eximió a España de participar en aquélla. Al respecto tuvo importancia innegable la entrevista que Motín y la señora Merkel mantuvieron en Hendaya en abril de 2017. Motín, con su proverbial astucia, consiguió mantener a España al margen de la guerra, aun cuando no resultase en adelante muy sencillo responder a una pregunta que se antojaba importante: ¿de qué lado de la frontera de la UE quedaba España, rebajada a la sonora categoría de *país malo*?

MOTÍN Y SU DICTADURA

La figura de Motín ha sido siempre un misterio. Y es que nuestro hombre mostró de siempre singular empeño en ocultar, con razonable habilidad, su biografía. Si bien a menudo se sugirió que su apellido se derivaba de la palabra *moto*[1], acortamiento de *motocicleta*[2] —de siempre se dijo que *iba como una moto*[3]—, lo cierto es que a más de uno le recordó a dos personajes anteriores: el banquero E. Botín, de extravagante apellido, y el tecnócrata italiano M. Monti, de anodino recuerdo. No puede negarse, de cualquier modo, personalidad a quien muchos retrataron como un mero *quisling* impuesto por la UE y la OTAN. Aunque Motín, el séptimo presidente de la democracia (véase cuadro 4), siempre se sintió ofendido cuando se le comparó con el general F. Franco —mucha mayor admiración sentía por M. Primo de Rivera—, durante varios años residió en el palacio de El Pardo, para después trasladarse, en 2022, con todo su gobierno, al complejo blindado de Eurovegas. Según se cuenta, el lema que guió al dictador en los momentos más dispares no fue sino aquel que había acuñado, en su momento, un virrey de México: "Haz poco y hazlo despacio".

CUADRO 4

PRESIDENTES DEL GOBIERNO ESPAÑOL

1977-1981	A. Suárez
1981-1982	L. Calvo-Sotelo
1982-1996	F. González
1996-2004	J. M. Aznar
2004-2011	J. L. Rodríguez Zapatero
2011-2014	M. Rajoy
2014-2026	E. Motín
2027-...	F. Petén

Si se trata de describir de manera somera la retórica que Motín abrazó, lo primero que hay que subrayar es que su objetivo mayor estribó en ocultar que España era un protectorado. En paralelo se hizo valer el designio, pura apariencia, de que el gobierno estaba firmemente decidido a romper con las imposiciones que llegaban de fuera. A la manera de la Francia de Vichy en el decenio de 1940, Motín se presentó como un escudo que, de la mano de un inteligentísimo doble juego, defendía el país de las imposiciones y caprichos de la UE. Claro es que en la letanía oficial no todo lo negativo era producto de la insania foránea: menudeaban las quejas, también, ante la conducta de los *malos españoles*, entregados a un abyecto ejercicio de libertinaje y hedonismo, y hostiles a las instituciones tradicionales. Detrás de una aparente comprensión de los sufrimientos que padecía la población, al final lo que cobraba cuerpo era, con todo, una demanda constante de sacrificios que en la mayoría de los casos iba mucho más allá de lo que pedía Bruselas, cuyas imposiciones, por lo demás, no quedaba más remedio que aceptar. En los hechos las políticas abrazadas por la dictadura obedecieron a un proyecto de perfil fácil de identificar: el encaminado a aprovechar descaradamente la añagaza de la deuda para apuntalar un radical cambio de modelo. En semejante escenario a duras penas puede sorprender que, aun en ausencia de encuestas serias, Motín, que contaba con el innegable apoyo del grueso de los integrantes de las clases pudientes, apenas suscitase entusiasmo entre el resto de sus compatriotas.

UNA NUEVA RESTAURACIÓN

El adjetivo *tecnocrático* lo impregnó todo en los diez años del protectorado. En el marco de lo que se dio en llamar el *nuevo Estado tecnocrático*, Motín repitió mil veces que se

trataba de gestionar los asuntos públicos como un buen padre lo haría con los familiares. Al efecto los sucesivos gobiernos registraron una inevitable presencia de figuras de perfil manifiestamente neutro —en particular banqueros y responsables de grandes empresas— en las que encontraban con facilidad un cauce de expresión los intereses generales. Si hubo quien habló al respecto, sin ningún punto de ironía, de una coalición de Zara, Mercadona y Repsol, no faltó quien se refirió a un gobierno en los hechos radicado en un aséptico y filantrópico paraíso fiscal.

Vaya por delante que aunque Motín nunca formuló críticas explícitas de la democracia liberal, denunció con frecuencia lo que entendía que eran sus excesos. En este orden de cosas no está de más recordar que en 2017 entregó a la imprenta un libro, *Contra Montesquieu*, que fue un notorio éxito editorial. Seis años después, en 2023, no dudó en apuntalar con su figura los eventos que celebraron, con el patrocinio de la cadena ESTAR de radio, el centésimo aniversario del inicio de la dictadura del general Primo de Rivera. Ello no fue óbice para que el presidente mantuviese una clara apuesta por instituciones manifiestamente democráticas. Así lo testimonió, sin ir más lejos, el peso otorgado a un órgano consultivo en el que tomaban asiento grandes empresarios, integrantes de la nobleza y deportistas de éxito, al lado de representantes de la cúpula militar y de la jerarquía de la Iglesia católica.

En un terreno próximo, Motín pronto dejó atrás sus reticencias iniciales con respecto a los partidos. Admitamos que la relación de éstos con el gobierno del país fue singularmente compleja. El dato más importante recuerda que, al amparo de las elecciones celebradas en 2017, 2021 y 2025 (véase cuadro 5), las dos principales fuerzas políticas legales —Sinrisa había sido proscrita—, el Partido Populista Tecnocrático Español (PPTE) y el Partido Populista Tecnocrático

Superespañol (PPTSE), estuvieron siempre en ese gobierno, en el buen entendido de que la representación del primero no resultó ser la misma en los diferentes momentos. Ello fue así por cuanto en el interior del PPTE se hicieron valer dos corrientes, una de derechas y otra de izquierdas, que mal que bien se solaparon, previo sorteo, con los restos de lo que con anterioridad habían sido los partidos popular y socialista; a los viejos populares les tocó configurar el ala derecha del partido, en tanto a los viejos socialistas les correspondió, con gran regocijo de los afectados, la izquierda. Hay quien apreció en el escenario descrito una suerte de reaparición del experimento canovista: las dos alas del PPTE, aparentemente distintas, se turnaron en el gobierno, con el apoyo constante del PPTSE, que es fácil intuir era la fuerza política heredera del viejo, y efímero, *Achicoria Party*.

CUADRO 5

RESULTADOS DE LAS ELECCIONES DE OCTUBRE DE 2017, MARZO DE 2021 Y MARZO DE 2025 AL CONGRESO DE DIPUTADOS

	2017		2021		2025	
	Porcentaje de votos	Nº de escaños	Porcentaje de votos	Nº de escaños	Porcentaje de votos	Nº de escaños
PPTE (d)	28,5	146	23,4	154	26,4	159
PPTE (i)	26,4	128	28,9	171	22,6	144
PPTSE	17,3	62	15,4	18	19,3	40
Regionalistas	7,2	14	7,3	7	6,5	7
Otros	20,6	–	25,0	–	25,2	–
Abstención	62,4		60,3		64,4	

Muchos analistas interpretaron, por lo demás, que en el marco de semejante esquema, no exento de originalidad, el resultado de las elecciones y las consecuencias de éstas se pactaban previamente, circunstancia a la que se sumaba el

buen hacer de un parlamento en el que, eso sí, se escenificaban teatralmente lo que a menudo se antojaban sonoras diferencias. Estas últimas provocaron en 2020 y 2024 dos crisis ministeriales aparentemente agudas. A los ojos de los críticos del sistema, siempre empeñados en hurgar en las heridas, el propósito fundamental era encubrir, con el concurso franco de una judicatura parcialmente privatizada, una corrupción y una evasión fiscal generalizadas. Bastará con recordar que menudearon las noticias de cómo sumas importantes de dinero público fueron gastadas por responsables gubernamentales en Eurovegas, en donde más de un ministro alcanzó celebridad, por añadidura, como *croupier*. Esos mismos críticos señalaban que en realidad la corrupción (véase cuadro 6) lo inundaba todo hasta el punto de que en los hechos ya no se hablaba de ella. Entre tanto, los responsables políticos hacían gala de un optimismo incorregible y subrayaban una y otra vez que nada grave estaba sucediendo y que los problemas, coyunturales, se solucionarían enseguida.

CUADRO 6

PUESTO DE ESPAÑA, ENTRE LOS PAÍSES DEL PLANETA, EN CUANTO AL ÍNDICE DE PERCEPCIÓN DE LA CORRUPCIÓN

AÑO	PUESTO
2012	30
2017	39
2022	56
2027	61
2032	61

Si alguien se pregunta por lo ocurrido con los restantes partidos que habían existido con anterioridad a la guerra civil, bastará con recordar que Izquierda Unida había sido ilegalizada, por su "vinculación con bandas armadas" durante el

conflicto, que Unión Progreso y Democracia había quedado subsumida en el PPTSE —muchos de sus cuadros habían encontrado acomodo en las unidades policiales de vigilancia antiseparatista— y que también habían sido puestos fuera de la ley los partidos nacionalistas no españoles, en tanto se proscribían, excepto en el caso de los juegos florales organizados al efecto, las lenguas vernáculas. En los hechos, y de resultas, en las sucesivas elecciones celebradas sólo pudieron participar los dos grandes partidos, algunas inocuas listas regionalistas y pequeñas formaciones independientes de cariz las más de las veces local. La realidad que nos ocupa se veía completada con la gestación de un orden corporativo que en esencia permitió la venturosa fusión de patronal y sindicatos en la forma de lo que al cabo fue un sindicato único, oficial, estatal y moderadamente oblicuo al que se sumaron, por cierto, muchos de los miembros de las cúpulas de lo que otrora habían sido CCOO y UGT.

FOTO 3

LOS SECRETARIOS GENERALES DE LAS ALAS IZQUIERDA
Y DERECHA DEL PPTE, PÉREZ Y RAJOY, EN UN ACTO PÚBLICO (2018)

Tampoco faltaron las novedades en lo que hace a las elecciones. No prosperaron, por lo pronto, las sugerencias de abolición del sufragio universal en provecho de fórmulas de voto censitario. En 2017 se introdujo, sin embargo, un sistema electoral mayoritario que, aunque no pudo aplicarse en las elecciones de ese año, sí adquirió carta de naturaleza en las de 2021 y 2025. Pese a que los resultados oficiales de las sucesivas consultas electorales probablemente camuflaron la realidad, no acertaron a ocultar un crecimiento espectacular de la abstención en el marco general de un sistema en el que el voto de las clases populares estaba en los hechos, y con lógica, sometido a muchas cortapisas.

Este rápido repaso del escenario político de la dictadura de Motín tiene que rematar con una no menos rápida consideración del tratamiento que al calor de aquélla, y al margen de lo que acabamos de reseñar, suscitó la llamada *cuestión regional*. Ya sabemos que los dos archipiélagos, en virtud de razones distintas, dejaron de ser españoles. Más allá de ello, Motín postuló lo que repetidas veces describió como "un regionalismo sanamente entendido, alejado del virus nacionalista y separatista". La represión cayó con dureza, de resultas, sobre los movimientos nacionalistas existentes con anterioridad a la guerra, todos ellos —ya lo sabemos— ilegalizados. No es sencillo describir, aun así, el modelo al cabo aplicado por el dictador, quien con certeza hubo de sucumbir a presiones de orden vario. Recordemos, sin ánimo de agotar una materia a buen seguro más compleja, que se registraron opacos solapamientos entre las comunidades autónomas preexistentes y las nuevas entidades surgidas durante la guerra, que menudearon las controversias dentro del nacionalismo español, que buena parte de las zonas que en el conflicto de 2016 controló el bando ultramontano vieron protegidos sus fueros, que Cataluña se dotó de un gobierno en el exilio radicado en Andorra y que por no faltar ni siquiera faltaron ambiguas fórmulas que algunos

analistas interpretaron bebían de un ¡proyecto confederal! Nada de lo anterior acertaba a ocultar, con todo, el renovado relieve que el caciquismo más tradicional había pasado a alcanzar. La liberalidad con que Motín encaró el asentamiento de fórmulas tan dispares como algunas de las reseñadas acaso hundía sus raíces en un dramático desdén hacia lo que ocurría lejos de El Pardo y, más adelante, de Eurovegas. Y es que para el dictador, como para Felipe II, "viajar por los reinos no es útil ni decente".

LA REPRESIÓN

Es imposible desgajar el escenario político propio de la era de Motín y la represión. Las reformas propiciadas reclamaban orden, y éste exigía —se repetía una y otra vez— la cancelación provisional de algunas libertades. El fundamento inicial del renovado terror de Estado lo aportaron, de cualquier modo, las medidas, aparentemente extraordinarias y pasajeras, que se arbitraron tras la guerra de 2016.

Y es que a la guerra siguió una dura represión, difícilmente justificable habida cuenta de la intensidad, menor, del conflicto. Secuela principal de éste fue el encarcelamiento de muchas personas, en la mayoría de los casos por *delitos políticos*, y la creación de campos de concentración en lugares como Miranda de Ebro (Burgos) y El Dueso (Cantabria). Otro de esos campos, el radicado en la isla de Alborán, se hizo célebre porque en él los prisioneros se vieron obligados a llevar monos de color butano, circunstancia que justificó se hablase del *Guantánamo español*. Pese al aparente desdén con que Motín obsequió al proyecto, se iniciaron las obras de lo que se dio en llamar el Valle de los Muertos, ubicado en la sierra madrileña, a escasa distancia del mastodóntico mausoleo que todavía hoy acoge los restos del general Franco. En

este mismo orden de cosas se enviaron a Alemania batallones de trabajo forzado integrados por opositores políticos y a menudo dirigidos por tertulianos.

Pese a todo, lo suyo es reconocer que Motín fue razonablemente tolerante con quienes, acabada la guerra, tuvieron que abandonar el país. Consiguió evitar, así, las colas en las fronteras merced al establecimiento, en enero de 2017, de un plazo de dos meses improrrogables en el transcurso de los cuales los nuevos exiliados —varios centenares de miles— pudieron dejar legalmente España. Hubo quien mencionó al respecto la expulsión de los judíos a finales del siglo XV. Los exiliados en cuestión, muy vigilados en sus destinos por la policía española, recalaron mayoritariamente en Francia, Alemania, el Reino Unido —mi país siempre ha estado a la altura de las circunstancias—, Argentina y México.

El hecho de que la cifra de quienes buscaron las fronteras fuese alta mucho le debió al conocimiento de lo que les aguardaba si permanecían en España. No se olvide que a principios de 2017 se aprobó una Ley de Responsabilidades Políticas que declaraba delictiva, con efectos retroactivos, la pertenencia a organizaciones "de perfil disoluto, revolucionario y antisistema", y castigaba a quienes habían colaborado con anarquistas y bolcheviques. Aunque las autoridades procuraron evitar se mencionase el nombre de la Inquisición, este último se impuso en muchas descripciones populares de lo que estaba ocurriendo. Las cosas como fueren, se desplegaron severas sanciones, suspensiones de empleo y sueldo, expropiaciones de bienes, traslados forzosos y medidas de destierro. Claro es que la depuración de los funcionarios desafectos perdió buena parte de su sentido cuando, poco después, en 2019, desapareció la propia figura del funcionario, parcialmente reemplazada por la del tertuliano. Importa subrayar, eso sí, que la clase política tradicional se hizo merecedora de un trato más respetuoso, como lo testimonia la pronta liberación,

en 2018, de los principales dirigentes de los partidos nacionalistas moderados que con anterioridad a la guerra habían operado en Cataluña y el País Vasco.

La represión que acabamos de mencionar se justificaba parcialmente en la pervivencia de algunos focos de resistencia armada que no fueron plenamente sofocados hasta el otoño de 2017. Si unidades del maquis pervivieron ante todo en la cordillera Cantábrica, no faltaron tampoco movimientos insurreccionales obreros duramente reprimidos, como los registrados, ese mismo año, en las localidades barcelonesas de Berga, Cardona y Manresa, en Arnedo (La Rioja) y en Vitoria (Álava), lista a la que hay que agregar un conato revolucionario en Asturias. Años después, en 2025, cobró cuerpo en Barcelona, por cierto, la que se dio en llamar *semana trágica*, producto de las protestas contra operaciones neocoloniales —nos ocuparemos de ellas en su momento— que implicaban nuevas levas de soldados. La respuesta más común a todas estas contingencias fue la instauración de estados de excepción, generales o circunscritos a determinadas áreas del país. Más allá de las secuelas de la guerra y de revueltas como las reseñadas, lo suyo es recordar que el gobierno español no dejó de buscar justificaciones para la represión en la amenaza del terrorismo yihadista, que hay que convenir que mucho tenía, eso sí, de ficción interesada: marginada del concierto internacional, España permaneció en los hechos ajena a la violencia correspondiente, que aun con ello sirvió para cimentar medidas antiterroristas muy severas y para alentar, en paralelo, una extendida xenofobia antimusulmana y antiárabe.

Bien es verdad que la expansión de los servicios policiales encontró otro asiento en un crecimiento imparable en el número de delitos comunes. A su amparo, y a menudo en relación estrecha con criterios políticos, se procedió a distinguir entre ciudadanos honrados y no honrados, y a los

segundos se les consideró no merecedores de respeto y derechos. Aun cuando el principio de igualdad ante la ley ya se había resentido de mil maneras, ahora, directamente, se dejaba en el olvido en un momento en el que garantías elementales parecían en peligro. Con los tribunales bloqueados, por falta de recursos, en su funcionamiento cotidiano y tras la aplicación de onerosas tasas que perjudicaron a las clases populares, ganó terreno, por lo demás, lo que a los ojos de muchos fue una abstrusa combinación de códigos religiosos y manifiestas tolerancias con respecto a lo que se antojaba un libertinaje desenfrenado; mientras los primeros se aplicaban al pueblo llano, las segundas beneficiaban a las clases pudientes. Momento adecuado es éste para recordar que, en la estela de la guerra civil, la pena de muerte fue restaurada a finales de 2016 en un escenario en el que, en paralelo, no hay noticias de que prosperase ninguna de las numerosas denuncias de tortura.

Cierto es que un elemento central de la preocupación represiva de las autoridades fue el control de la Red. En la etapa 2017-2026 esta última se vio sometida a cortapisas sin cuento que a muchos recordaron lo que en las dos décadas anteriores había sido común en China. En la estela del viejo programa Echelon, la voluntad fiscalizadora abocó en ejecuciones extrajudiciales, penas de prisión, sanciones administrativas y medidas varias que unas veces lo fueron de censura y otras de intromisión expresa en los contenidos (la versión de la Wikipedia en castellano se vio sometida, por ejemplo, a profundos remiendos, mientras se prohibían las volcadas en las lenguas vernáculas). Bien es verdad que en más de una ocasión la estrategia de los gobernantes españoles consistió en saturar la Red de información y en imposibilitar en los hechos el empleo racional de aquélla. Menudearon, en suma, los intentos de empleo de la Red en provecho de proyectos políticos que, bajo el señuelo referendario, ocultaban

groseras manipulaciones en lo que se refiere a la formulación de las preguntas, la identificación de los sectores de la población con derecho a responderlas y, claro, el cómputo de los resultados. Agreguemos que, no sin paradoja, el incipiente movimiento de objetores de conciencia a la informática fue objeto de investigaciones y, de nuevo, medidas de represión.

Nada de lo dicho puede entenderse sin un franco fortalecimiento de la policía y de las fuerzas armadas españolas. Por lo que a la primera se refiere, aunque vio incrementados sus efectivos y sus recursos, acaso lo más relevante fue la proliferación de instancias colaboradoras. Así, en 2017 se creó una milicia voluntaria para la seguridad nacional, al tiempo que se otorgaba rango legal a un renacido somatén. Mientras, se incrementaba espectacularmente el número de guardias de seguridad —era éste, junto con el de los tertulianos, uno de los pocos sectores prósperos de la economía—, muchos delincuentes se reconvertían como asesores, siempre en materia de seguridad, al servicio de empresas y particulares, hacía su reaparición la figura del *sereno* y no faltaban las ofertas de trabajo orientadas a contratar mercenarios extranjeros. Particularmente polémica fue la creación de un cuerpo policial encargado de garantizar que catalán, euskera y gallego-portugués sólo se pudiesen emplear en la intimidad. Téngase presente que buena parte de estos servicios policiales o parapoliciales se encargaban de la protección de los *islotes* —inmediatamente nos referiremos a ellos— en los que residían las clases adineradas, y de las carreteras privadas y los conductos energéticos que comunicaban aquéllos.

Pero el mayor orgullo de Motín eran las fuerzas armadas, "el arquitrabe de la nación", que a su entender habían ganado valerosamente la guerra civil. El gasto militar, que antes de 2016 presentaba niveles contenidos —era, bien

que en virtud de un guarismo polémico, del orden de un 1,2 por ciento del PIB—, se disparó al calor de la guerra y la posguerra para alcanzar porcentajes por encima del 7 por ciento (bien es verdad que el PIB había experimentado, en paralelo, retrocesos relativamente importantes). La cultura y los valores militares se vieron ensalzados, de lo que fueron testimonio los numerosos monumentos dedicados a las figuras de J. Millán-Astray y M. Primo de Rivera (no, en cambio, a Franco, quien a los ojos de algunos hacía sombra al dictador del momento y no era, de resultas, grato a éste). No sólo eso: se restableció el servicio militar obligatorio, con la salvedad de que era posible eludirlo previo pago de sumas importantes. Si las dimensiones, engordadas, del gasto correspondiente suscitaron las quejas esperables de quienes recordaban cómo retrocedían, en cambio, las sumas asignadas a educación y sanidad, no fueron menores las controversias provocadas por la privatización de muchas de las unidades militares, el último paso de un proceso que había permitido la configuración de prestatarios privados de servicios también en el terreno de la defensa. Enconadas disputas suscitó, en fin, la creación de una fuerza de operaciones especiales conformada en exclusiva por tertulianos.

Sería absurdo negar lo que por momentos se hizo evidente: pese a lo que hemos dicho antes, en este terreno preciso el discurso oficial, mal que bien, cuajó y buena parte de la población, visiblemente sumisa, sólo parecía preocuparse por la seguridad entendida en su sentido más inmediato. El paso de los años hizo, por otra parte, que menguase el eco de las protestas, censuradas, que llegaban de los circuitos del exilio radicados en Toulouse, París, Londres, Estocolmo y Ushuaia. Por proximidad, mayor era la influencia, sin embargo, de la resistencia alternativa interna —los *apestados*, según la ingeniosa aserción de un conocido tertuliano— que más adelante nos interesará. Bien es verdad, eso sí, que

la eficacia de la represión se vio limitada por el caos y por los manifiestos problemas de legitimidad del régimen: quienes no resolvían los problemas, ¿qué legitimidad tendrían para reprimir? La UE, por su parte, protestaba *con la boca pequeña*[4], acaso porque entendía que las restricciones en derechos y libertades beneficiaban la causa del pago de la deuda.

FOTO 4

TRES 'APESTADOS' CONTEMPLAN EL INTERIOR DE UNO DE LOS ISLOTES EN UN BARRIO DE BARCELONA (2021)

EL DECLIVE ECONÓMICO

Es tarea sencilla retratar lo que el discurso imperante en la era de Motín señaló se aspiraba a conseguir en el terreno de la economía: esta última debía volcarse al servicio de todos, de tal manera que, de la mano de una simple racionalización tecnocrática, se garantizasen el crecimiento y

los servicios fundamentales, algo que por lógica reclamaba poner freno a los excesos del mercado y castigar las conductas indecorosas. Una vieja fórmula de innegable predicamento un siglo antes, la que reivindicaba un *Estado de obras*, recuperó el lustre perdido, bien que en este caso sin obras. Si muchas fueron las chanzas que suscitaron al respecto las inauguraciones de pantanos comúnmente vacíos, probablemente no es preciso agregar que la realidad de la economía española en los años de Motín se vio marcada por reglas muy diferentes de las que invocaba la retórica oficial. El gigantesco complejo de Eurovegas se convirtió en emblema principal de un país en el que, al menos en los circuitos de gobierno, sólo parecían importar las relaciones mercantiles y la obtención de dinero, todo ello en un escenario lastrado por una pesada herencia del pasado: una corrupción galopante que se asomaba constantemente a las declaraciones de L. Bárcenas, quien entre 2017 y 2023 fue ministro de Economía.

CUADRO 7

PESO DE LA ECONOMÍA SUMERGIDA
(EN RELACIÓN CON EL PIB)

AÑO	PESO (%)
2008	23
2012	25
2016	31
2020	33
2024	37

Más allá de lo anterior, lo primero que hay que reseñar es que las estadísticas oficiales a duras penas acertaron a ocultar el desastre. A la opacidad de aquéllas se sumaba un problema no precisamente menor: resultaba difícil saber lo

que ocurría en una economía en la que los elementos informales (véase cuadro 7) eran cada vez más poderosos. El estraperlo, sin ir más lejos, había reaparecido en 2016. Llamativo resultó, por cierto, que los anuarios estadísticos publicados tuviesen con el paso del tiempo cada vez menos páginas. Hubo quien al efecto señaló que al cabo operaba cierto pudor a la hora de trucar los datos: se procedía a eliminar, sin más, aquellos que, y eran muchos, no resultaban halagüeños. Las cosas como fueren, y por lo pronto, la economía española, en la fase final de la desindustrialización y de la energía barata, no recuperó la senda del añorado crecimiento económico (véase cuadro 8). Si nos guiamos por un nivel de 100 en 2007, antes del inicio de la crisis financiera, y por un guarismo de 82 al terminar la guerra civil, en 2026, el último año de la era de Motín, la cifra correspondiente se emplazaba en un 66, no sin que faltasen, bien es cierto, los altibajos, de los que fue interesante reflejo la efímera recuperación del empleo verificada tras el final de la guerra civil.

CUADRO 8

EVOLUCIÓN DEL PIB ESPAÑOL, 2007-2026 (BASE 100, 2007)

AÑO	BASE	AÑO	BASE
2007	100,0	2017	81,9
2008	99,2	2018	80,2
2009	98,5	2019	76,3
2010	97,4	2020	73,9
2011	96,8	2021	69,4
2012	96,0	2022	68,5
2013	95,4	2023	67,7
2014	92,1	2024	67,0
2015	86,4	2025	66,1
2016	81,8	2026	65,9

Detrás del retroceso del PIB estaban fenómenos entre los que se contaron el hundimiento de la producción industrial, la importantísima reducción operada en las inversiones foráneas —no había ninguna instancia que tirase de la economía— y la crisis sin fondo del turismo. La mayoría de las pequeñas y medianas empresas, y del pequeño comercio, instancias todas ellas privadas de la posibilidad de acceder a créditos, desapareció en provecho de las grandes corporaciones —particularmente severas en lo que hace a sus regímenes laborales— y de las *grandes superficies*. En 2018 el Ibex-35, viejo, conocido y tierno índice bursátil, pasó a llamarse Ibex-5 y a acoger a sólo cinco empresas importantes. Particularmente dolorosa fue la quiebra del sector de los seguros, incapaz de hacer frente a las demandas que se le planteaban desde los ámbitos más diversos.

Junto a esos datos conviene prestar atención, con todo, al derrotero de tres dimensiones de una economía incapaz de controlar convincentemente la inflación y víctima de agudos desequilibrios en la balanza de pagos. La primera de ellas es la relativa a la agricultura, que en algunos momentos mostró síntomas de recuperación más adelante anegados por las secuelas del cambio climático y por la carestía de los combustibles fósiles, preceptivos en lo que hace al despliegue de la dimensión industrial del sector. No se olvide al respecto que se hundió buena parte de la producción agrícola de Andalucía, Castilla-La Mancha, Extremadura y Murcia, y que la crisis consiguiente sólo tangencialmente pudo ser compensada por las ganancias, menores, registradas en el norte. La segunda dimensión relevante, muy próxima a la anterior, recuerda que se registró un encarecimiento notabilísimo de la energía. Aunque la discusión correspondiente suscitará nuestra atención en el capítulo siguiente, baste aquí con decir que los precios internacionales del petróleo se dispararon, que España sufrió los efectos de los sucesivos

atentados padecidos por el gasoducto argelino, que no se hicieron valer los recursos necesarios para multiplicar el número de centrales nucleares —y para reabrir algunas de las viejas— y que no llegaron las ayudas externas que una y otra vez se anunciaron. De resultas de todos estos factores, la calefacción y el aire acondicionado quedaron circunscritos al mundo de los islotes pudientes. Sencillo es imaginar, en tercer lugar, que el transporte y las comunicaciones no quedaron al margen de la crisis. Si bien, y de nuevo, la cuestión nos interesará con mayor extensión un poco más adelante, digamos ahora que, a tono con lo que había sido común en los cuarenta años anteriores, se produjo un desmantelamiento general del sistema ferroviario que a muchos recordó al registrado en mi Inglaterra natal al calor de las políticas de M. Thatcher en el decenio de 1980. Bien es cierto que despuntaba una diferencia notable: en la era de Motín, y de manera un tanto sorprendente, no se interrumpió la parafernalia de la alta velocidad ferroviaria, y ello pese a que los costos de construcción y mantenimiento estaban fuera de razón, y pese a que menudearon los accidentes, alguno grave, producto de la falta de cuidado de las infraestructuras. También las carreteras experimentaron un deterioro general, aun cuando se construyeron, o se expropiaron, tramos importantes que obedecían con frecuencia a las necesidades de comunicación de los islotes. Reseñemos, en fin, que el número de vuelos civiles remitió, que paulatinamente desaparecieron las compañías aéreas de bajo coste, que hubo que cerrar muchos aeropuertos y que, luego de numerosas críticas, al final los únicos de entre éstos que demostraron tener un uso sensato fueron los otrora demonizados de Castellón, Ciudad Real y Murcia. Se creó al efecto, en particular, una influyente asociación de *aeropuertos peatonales*.

La trastienda de lo que acabamos de mal relatar la aportaba una abrumadora dependencia de la economía española

con respecto a tecnologías que fallaban de forma preocupante. Pronto se hizo evidente, por lo demás, que las nuevas tecnologías salvadoras que se auguraban llegaban tarde, y lo hacían con retraso aún mayor en un país periférico como España. Mientras la investigación y el desarrollo autóctonos en los hechos habían desaparecido, el nuevo panorama se traducía en un hecho preciso: en unos pocos años se encareció visiblemente lo que durante los decenios previos se había abaratado. En semejantes circunstancias difícilmente podrá sorprender que emergiese un activo movimiento de neoludditas objetores a la tecnología.

A VUELTAS CON LA DEUDA

El principal problema de la economía española seguía siéndolo, como es sencillo intuir, la deuda, acompañada en casi todas las reflexiones por un déficit público cada vez más angustioso que, para ser explicado, reclamaba del concurso de fenómenos como la crisis económica general, la prima de riesgo, las sucesivas amnistías fiscales y la evasión de capitales.

El Fondo Monetario Internacional —que por cierto intentó mantener una España unificada para así garantizar el pago de la deuda— y la propia UE hicieron todo lo que estaba de su mano para propiciar nuevos ajustes y recortes. Aunque el gobierno siempre aseveraba que estaba aplicando el último de éstos, lo cierto es que la tijera siguió actuando en lo que respecta a la sanidad, la educación, los salarios y las exiguas pensiones. Se procedió a privatizar, en paralelo, lo poco que quedaba de un sector público atractivo, incluidas piezas fundamentales del patrimonio. Como es fácil intuir habida cuenta de los datos relativos al retroceso del PIB, se registraron reducciones dramáticas en los impuestos recaudados: a

menos asalariados, menos ingresos, menor consumo y menor recaudación fiscal.

Como quiera que en los hechos la reducción de la deuda a duras penas progresaba, se llegaron a manejar proyectos estrambóticos. En 2018 uno de ellos sopesó seriamente la posibilidad de entregar Madrid a Alemania, a la manera de lo que unos años antes había intentado hacer Grecia con alguna de sus islas. Los críticos de semejante propuesta, que no prosperó, llamaron la atención sobre las muchas cosas importantes que se perderían: el palacio de El Pardo —con su inquilino del momento—, el Congreso y el Senado, el complejo de Eurovegas, las sedes de los principales bancos, el estadio Esperanza Bernabéu y los edificios punteros de El Corte Inglés. Además, claro, de las embajadas alemana y norteamericana. Bien es cierto que no faltó quien sugirió, en sentido contrario, que no estaría mal entregar Madrid incluso en el caso, a decir verdad improbable, de que no hubiese de por medio discusiones sobre la deuda española.

Mayor éxito correspondió en 2021 a un ambicioso programa encaminado a vender a Berlín, a buen precio, un puñado de pinturas del patrimonio nacional. El chauvinismo germano hizo, sin embargo, que, para indignación del gremio de tertulianos, se valorasen más el *Autorretrato* de Durero y el *Carlos V en la batalla de Muhlberg* de Tiziano que *Las Meninas*, el *Guernica*, *Los fusilamientos del Dos de Mayo* y *El entierro del Conde de Orgaz*. Por los costos de la operación no prosperó, en cambio, un polémico proyecto encaminado a trasladar a Dresde la catedral de León.

Con el mercado interno desaparecido, escasas capacidades de movimiento en los escenarios emergentes —no se olvide que hablamos de unos años en los cuales los llamados BRIC, esto es, Brasil, Rusia, India y China, entraron en crisis— y una guerra mundial en el exterior, el debate sobre un eventual renacimiento de la globalización apenas hizo acto

de presencia en España. Esta última, por lo pronto, difícilmente podía construir una red de protección propia, aunque fuese al servicio de la mentada globalización. Si la economía seguía padeciendo los efectos de la deslocalización y, al menos en clave cronológica de largo aliento, también los de la pujanza de los nuevos mercados, sus únicos instrumentos de acción eran empresas claramente internacionalizadas, que no pagaban impuestos en el país ni beneficiaban a éste. Muchas de ellas se hallaban en los hechos en manos de capitales chinos, rusos, alemanes y norteamericanos. Ni siquiera la perspectiva de la regionalización funcionaba, toda vez que fuera de la UE no había socios con los que articular una región semiglobalizada y dentro de aquélla España poco más cosechaba que rechazos y desconfianzas. No tuvieron ningún resultado positivo las gestiones realizadas por el ex primer ministro británico T. Blair, contratado como asesor por el gobierno español y al poco convertido en tertuliano —exhibió en todo momento un castellano impecable— de Teleeurovegas.

LA SOCIEDAD ESPAÑOLA EN LA ERA DE MOTÍN

Pocas tareas hay más arduas que la de determinar qué sucedió con la sociedad española entre 2017 y 2026. Tampoco en este terreno disponemos de datos estadísticos serios, tanto más cuanto que la mayoría de las encuestas e investigaciones se circunscribieron a lo que sucedía en los islotes urbanos. No es difícil, sin embargo, emitir un juicio general sobre los rasgos más importantes de la sociedad española en los años del *motinado*.

Uno de esos rasgos subraya que la española era una sociedad pensada para consumir, pero sin consumidores ni consumo. O, para decirlo mejor, era una sociedad en la que,

en virtud de una profunda fractura, una minoría de la población se entregaba a una orgía de consumo, mientras la mayoría de aquélla se veía condenada a sobrellevar una situación muy delicada, difícil de imaginar unos lustros antes. No olvidemos que los españoles nacían endeudados y que la deuda, al amparo de problemas sociales muy agudos y de un Estado del bienestar en activo proceso de desintegración, pesaba onerosamente sobre la vida cotidiana. Consecuencia insorteable fue la extensión del pesimismo en un país sin esperanza, sin confianza y sin futuro, circunstancia bien retratada de la mano de un retroceso en todos los medidores de felicidad subjetiva.

Aunque hubo escritores y artistas que le hincaron el diente a un escenario tan sombrío como ése, lo suyo es reconocer que lo común fue lo contrario. De la misma manera que J. Vermeer, en el siglo XVII, fue capaz de realizar sus pinturas, tranquilas y hogareñas, al margen de los sangrientos conflictos bélicos que asolaban los Países Bajos, menudearon los creadores que actuaban como si nada estuviese pasando. Otro tanto cabe decir de los muchos viajeros extranjeros que, al igual que R. Ford o T. Gautier en el XIX, buscaban la España pintoresca. Proliferaron en los años del protectorado, y a menudo trasladaron una imagen afable del país en su designio de recuperar agostados folclores y castizas costumbres, en franco olvido, claro, de la realidad de fondo. Aun cuando la imagen que los nuevos viajeros románticos transmitían se hallaba a años luz de la que habían percibido quienes durante medio siglo se habían bronceado en las costas del Mediterráneo, hay que reconocer que los propios españoles empezaban a arrastrar problemas graves —los tuvieron siempre— en lo que se refiere al conocimiento de su país. La zozobra de una vida cotidiana marcada por los sinsabores no tuvo en este caso el esperable efecto de apuntalar una imagen idealizada del pasado. Muy al contrario, cada vez eran más

numerosas las personas que sólo confesaban tener conocimiento de lo más próximo. Si la *transición* se les antojaba una etapa lejana, por completo desconocida, adquirió celebridad la respuesta de una concursante de televisión que afirmó que la incorporación del país a la UE se había verificado en 1886…

LA POBLACIÓN Y EL ESTADO DEL BIENESTAR

En la España de Motín se revelaron dos sociedades con dos demografías: la de los ricos y la de los pobres. La consecuencia mayor de la combinación de una y otra fue un general descenso de la población: de los 46 millones de habitantes de 2015 se pasó a poco más de 41 millones diez años después (véase cuadro 9). En términos generales la natalidad se desmoronó mientras la mortalidad repuntaba —también la infantil— en un escenario en el que, más allá de los efectos de la guerra, ya glosados, tocó a su fin la recepción de trabajadores foráneos —o al menos la de trabajadores *con papeles*, toda vez que era imposible calcular el número de quienes carecían de ellos— y se consolidó, antes bien, un activo proceso de emigración económica, no sólo política, de muchos españoles. Por lo que al descenso de la natalidad se refiere, salta a la vista que se veía propiciado no sólo por la crisis: tan influyentes como ésta eran el retraso de la edad del matrimonio, la ampliación de los derechos de las mujeres registrada en la etapa 1980-2010 y, en general, y al menos en lo que al pasado respecta, la extensión de la educación y de los medios anticonceptivos. Bien es cierto que no faltaban otros factores que se movían por el camino contrario. Recordemos al respecto que el número de niños nacidos creció, bien que levemente, el año de la guerra y los dos siguientes, y que sobre la natalidad tuvo alguna consecuencia estimulante la apuesta

general de las autoridades en defensa de la familia tradicional, saldada en una reaparición del viejo modelo alemán que reclamaba *Kinder*, *Küche*, *Kirche* (niños, cocina, iglesia). Al respecto tuvieron singular relieve la derogación de la vieja ley de matrimonios homosexuales y el establecimiento de restricciones notables en materia de divorcio y aborto, así como la aprobación, en 2019, de un Código de la Familia que sobre el papel aspiraba a reconstruir una familia socialmente rota. Por lo que se refiere a la creciente mortalidad entre los ancianos, limitémonos a señalar que facilitó, claro, el rejuvenecimiento de la población y mitigó la crisis del sistema de pensiones a través de una salida inesperada. Y eso que en realidad, y desde años atrás, el sistema público de pensiones se hallaba en crisis, no de resultas de factores demográficos, sino por efecto de la deuda y de los recortes a ella asociados. Fueron muy celebradas, en cualquier caso, unas declaraciones que la ministra de Sanidad, M. D. de Cospedal, realizó en octubre de 2018, y en virtud de las cuales exhortó a los ancianos a morirse cuanto antes para así aligerar las cuentas de la seguridad social.

CUADRO 9

POBLACIÓN TOTAL

AÑO	POBLACIÓN TOTAL
2011	47.190.000
2015	45.962.000
2019	43.830.000
2023	42.435.000
2027	41.630.000
2031	39.194.000

Nada se descubre cuando se afirma que el escenario demográfico guardaba estrecha relación con el de la sanidad.

El hundimiento de la sanidad pública (véase cuadro 10) recordó a muchos lo ocurrido en Rusia en los decenios de 1980 y 1990. Bueno es subrayar que los sucesivos gobiernos populares y socialistas habían puesto los cimientos del proceso en cuestión. En 2012-2013, con todo, las agresiones habían ganado un peso especial de la mano de la privatización de hospitales, del cierre de un buen número de éstos o de la desaparición de los servicios de urgencias en zonas rurales. Primero se expulsó de la sanidad pública a muchos de los inmigrantes, luego a quienes no tenían suficientes recursos, más adelante a los parados y al final, en suma, a los ancianos, que no eran rentables. Todo lo que quedó de la vieja sanidad fueron servicios de urgencia siempre masificados y comúnmente mal dotados. Venía inequívocamente a la memoria el *Erewhon*, la novela de S. Butler, en la que los enfermos eran severamente castigados mientras a los delincuentes se les trataba con singular deferencia.

CUADRO 10

GASTO PÚBLICO EN SANIDAD
EN PORCENTAJE DEL PIB

AÑO	GASTO (%)
2008	6,5
2013	5,7
2018	5,1
2023	4,2
2028	3,4

Los años del protectorado lo fueron, pues, de real desaparición de la sanidad pública, con las secuelas esperables en un entorno de aguda crisis social marcado por la malnutrición, por el abandono de muchos niños —en

materia de sanidad infantil se hizo valer en 2022-2023 un programa especial de la Organización Mundial de la Salud para España— y ancianos, por la extensión del alcoholismo, de las drogas y de las enfermedades de transmisión sexual, y, claro, por una inquietante explosión de enfermedades. Entre éstas, y a menudo con un deterioro en la calidad del agua por detrás, despuntaron las respiratorias infantiles, la arteriosclerosis y la diabetes, junto con diversas dolencias contagiosas —reapareció el SIDA letal— y, en otro plano, la depresión y los trastornos mentales (la tasa de suicidios, como cabía esperar, creció de forma notable). Al desolador panorama que nos ocupa se sumaron los intereses de la industria farmacéutica, quejosa de los impagos de la seguridad social —ésta se vio privada, de resultas, de la posibilidad de emplear muchos fármacos—, sospechosa de diseminación de enfermedades que permitían alimentar su negocio y, al cabo, volcada en exclusiva en los problemas de los habitantes de los islotes adinerados. En relación con estos últimos, bien es cierto, siguieron registrándose mejoras en el tratamiento de las enfermedades, y singularmente de las diferentes modulaciones del cáncer, bien que sólo al alcance de los hospitales privados. En un sentido bien diferente, menudearon los ejemplos de cómo hubo médicos —y maestros— que mantuvieron, sin apenas cobrar, centros de salud —y escuelas—. El fenómeno exhibía tanto mayor relieve cuanto que fueron años en los cuales se registró en España una reducción general del número de profesionales cualificados (también ingenieros, arquitectos…).

No corrió mejor suerte la educación pública. Pronto se hizo evidente que el designio de las autoridades no era emplear el aparato educativo para apuntalar los valores del régimen: la opción, descarada, consistió en desmantelar ese aparato de la mano de lo que a menudo fue un orgulloso

desprecio de la educación, o al menos de la brindada a las clases populares. No servía para nada —se repetía una y otra vez— y la gente perdía el tiempo estudiando. Así las cosas, se abrió camino con rotundidad una activa y utilitaria mercantilización acompañada, como cabía esperar, de no menos activas estrategias privatizadoras, de tal suerte que en un magma caracterizado por que con los recursos de todos se financiaba un sinfín de instancias privadas —a la manera de la vieja *enseñanza concertada*— sólo quedaban algunos restos fantasmagóricos, presupuestariamente vaciados, de la educación pública (véase cuadro 11).

CUADRO 11

GASTO PÚBLICO EN EDUCACIÓN
EN PORCENTAJE DEL PIB

AÑO	GASTO (%)
2008	4,6
2012	4,3
2016	3,7
2020	3,1
2024	2,5
2028	1,8

La progresiva desaparición de la enseñanza pública fue particularmente gravosa en primaria y secundaria. El cierre de escuelas, o a la fusión de éstas, se vio acompañado de un franco deterioro de las inversiones en un escenario en el que se hizo valer —o esto fue, al menos, lo que interpretaron muchos expertos— la reaparición del analfabetismo. Como quiera que el acceso a las aulas pasó a requerir el pago de matrículas gravosas, muchos padres prefirieron dejar a sus hijos en casa, tanto más cuanto que habían ido diluyéndose en la nada los precarios programas de alimentación de niños

en las escuelas. Es verdad que se desplegaron medidas para contrarrestar los efectos de una decisión tan delicada. Mencionemos entre ellas que la escolaridad obligatoria pasó a serlo únicamente hasta los diez años de edad y que, al tiempo, se programaron cursos de formación para el trabajo infantil. Las condiciones eran diferentes, naturalmente, en las escuelas privadas a las que acudían los alumnos radicados en los islotes. Pero incluso en esas escuelas se hizo notar un fenómeno importante: el porcentaje de mujeres en ellas presentes también menguó. Lo mismo sucedió, por cierto, en las universidades, y ello tanto en términos absolutos como relativos (véase cuadro 12). Si durante unas décadas el rendimiento académico de las mujeres había sido mayor que el de los varones, la tendencia acabó por invertirse tras la guerra.

CUADRO 12

MUJERES MATRICULADAS EN LAS UNIVERSIDADES, EN PORCENTAJE DEL TOTAL

AÑO	MUJERES MATRICULADAS (%)
2012	54
2016	48
2020	47
2024	47
2028	41

Fácil es concluir que las universidades recién mencionadas no salieron mejor paradas (véase cuadro 13). El caos general derivado de la aplicación, a partir de 2010, del llamado *plan de Bolonia* sirvió de excusa para lo que en primera instancia fue la supresión de muchos estudios —las humanidades se vieron singularmente afectadas al respecto, mientras las carreras técnicas disfrutaban de un apoyo mayor— y

más adelante se trocó en el cierre de universidades enteras. Habida cuenta de las tasas altísimas que se impusieron, y de la desaparición, en los hechos, de las becas, las universidades, públicas como privadas, fueron convirtiéndose en un coto privado para las clases adineradas, sin que se manifestasen protestas sensibles del lado del estudiantado. La razón principal, fácil de entender, era que quienes estaban llamados a contestar las políticas oficiales habían sido expulsados de los recintos universitarios. En 2022 —el año en que el ciclista inglés B. Russell se impuso en el Tour de Francia— no había, de cualquier modo, ninguna universidad española entre las 1.500 primeras del planeta. La más cotizada era la Católica de Murcia.

CUADRO 13

NÚMERO DE ALUMNOS MATRICULADOS EN UNIVERSIDADES PÚBLICAS Y PRIVADAS

	Nº DE ALUMNOS MATRICULADOS	
Curso	Universidades públicas	Universidades privadas
2011-2012	1.583.000	431.000
2015-2016	1.234.000	467.000
2019-2020	1.176.000	515.000
2023-2024	896.000	620.000
2027-2028	593.000	698.000

TRABAJO, POBREZA Y VIDA COTIDIANA

Los años del protectorado lo fueron de endurecimiento de las condiciones laborales, al amparo de lo que acabó por ser un régimen draconiano que suscitó vivas resistencias entre los asalariados. Como quiera que en la percepción oficial el trabajo era un privilegio al alcance de pocos, se hicieron valer niveles de explotación salvaje; así las cosas, se impusieron las

jornadas laborales extenuantes, la reducción del número de días libres y lo que en los hechos fue la desaparición de las vacaciones en un teatro marcado, por añadidura, por lo que a menudo eran salarios irrisorios. La subcontratación se extendió *ad nauseam* mientras, por otro lado, los accidentes laborales se multiplicaban. Hubo quien habló, con innegable exageración, de una incipiente reaparición de formas de esclavitud, que fue lo que en cualquier caso padecieron los trabajadores enviados a Alemania en los primeros años del *motinado*. Cierto es que no faltaban las voces que, con argumentos que merecía la pena escuchar, subrayaban que quienes disponían de un empleo razonablemente estable se encontraban, pese a todo, en mejor posición que los integrantes de un *precariado* que, cada vez más nutrido, peleaba por trabajar unos pocos días al mes. Hay que concluir que merecían poca confianza, en suma, los datos oficiales relativos a la deriva de la renta per cápita (véase cuadro 14). Si, por un lado, no estaba claro su rigor, por el otro, y según un tertuliano ilustrado que trabajaba en La Pirenaica, ocultaban la existencia de dramáticas desigualdades.

CUADRO 14

RENTA PER CÁPITA (EN DÓLARES)

AÑO	RENTA PER CÁPITA (EN DÓLARES)
2011	32.900
2016	27.800
2021	25.600
2026	22.400
2031	17.100

En un terreno próximo, se resolvieron de manera inesperada muchos de los problemas que arrastraban quienes ya habían concluido su vida laboral. Y es que en los hechos, y

como ya hemos sugerido, hablando en propiedad no se verificó la tantas veces anunciada quiebra de un sistema público de pensiones acosado por una crisis histórica. Al respecto fueron relevantes dos procesos distintos. Mientras, por un lado, el número de beneficiarios de esas pensiones y la propia cuantía de éstas fueron reduciéndose paulatinamente en virtud de las sucesivas leyes aprobadas, por el otro la desaparición física de una parte, ciertamente menor, de los ancianos oxigenó las cuentas. No se olvide que en la trastienda operaba un problema no precisamente menor: muchos de los fondos destinados a mantener el sistema de pensiones se habían gastado a principios de la década de 2010 para comprar deuda pública.

Difícilmente puede sorprender que con estos antecedentes la vida cotidiana de la mayoría de los españoles fuese difícil. El país asistió a una aguda polarización social, en virtud de la progresiva, y acelerada, desaparición de la clase media y del asentamiento de formas de *precariado* y lumpemproletariado. Los de abajo, parados (véase cuadro 15) o superexplotados, eran objeto de campañas institucionales encaminadas a conseguir que durmiesen menos y trabajasen más. Se registraron también, como era inevitable, cambios agudos en el panorama familiar. Los ancianos se convirtieron, cuando ello era posible, en sustento principal de hijos y nietos. Muchos *jóvenes* se acostumbraron a residir de por vida en casa de sus padres y abuelos, que —lo acabamos de señalar— no siempre estaban en condiciones de acogerlos. Como adujo un tertuliano de la cadena ESTAR, hubiese sido preferible que esos jóvenes que protestaban, a menudo airadamente, se hubiesen tomado la molestia de nacer antes. Al deterioro de los edificios se sumaron los efectos de numerosos desahucios. En un país con centenares de miles de casas vacías, la gente tenía que arracimarse —en un raro privilegio— en las viviendas de padres y abuelos. La ardilla de la

metáfora ya no saltaba de adosado en adosado, sino de adosado no habitado en adosado no habitado y, casi siempre, abandonado.

CUADRO 15

NÚMERO TOTAL DE DESEMPLEADOS Y PORCENTAJE DE DESEMPLEADOS SOBRE LA POBLACIÓN ACTIVA

	DESEMPLEADOS	
AÑO	Nº total	%
2012	5.965.000	26
2016	7.132.000	31
2020	7.661.000	33
2024	8.154.000	34
2028	8.559.000	35

Entre tanto, crecía el número de mujeres sin hijos al tiempo que rebrotaban viejos discursos machistas y *familiaristas*. La menor presencia de las mujeres en el sistema educativo —ya reseñada— y en las instituciones políticas se veía completada con una visible pérdida de peso de aquéllas en la población activa y con la ratificación de un viejo y conocido fenómeno: los salarios de las mujeres seguían siendo, cómo no, inferiores a los percibidos por los varones (véase cuadro 16). Muchas mujeres volvieron a trabajar en el servicio doméstico, y muchas jóvenes buscaron el camino de la emigración y dejaron sus hijos en manos de sus familiares. De poco o nada sirvieron al respecto las repetidas *huelgas de cuidados* que cobraron cuerpo; no se olvide que sus efectos eran siempre limitados, toda vez que no tenían consecuencia alguna en términos del PIB… Y empezaron a faltar los datos sobre una lacra histórica, la de la llamada *violencia de género*, que parecía haber desaparecido milagrosamente…

CUADRO 16

SALARIO MEDIO DE LAS MUJERES, EN PORCENTAJE DEL PERCIBIDO POR LOS VARONES

AÑO	SALARIO (%)
2011	78
2015	76
2019	73
2023	74
2027	71

Despuntaron, por otra parte, absurdos hábitos de consumo: la gente a menudo no tenía para comer pero sí disponía de recursos para mantener un coche y pagar una gasolina costosísima, o para porfiar en el consumo de alcohol y de drogas. Aunque el hambre hizo acto de presencia, se registró, de resultas de la mala alimentación general, un crecimiento espectacular del número de obesos. Detrás se barruntaban los efectos de agresivas estrategias publicitarias que movían el carro de los establecimientos de comida rápida, de los platos precocinados, de los congelados, de la comida entregada a domicilio… En la trastienda, y de nuevo, lo que se revelaba era un formidable despilfarro: se necesitaban cuatro calorías vegetales para producir una de carne de pollo o de cerdo, y once en lo que respecta a la de cordero o vaca. Por no faltar, ni siquiera faltaron lamentables formas de especulación en el precio de los alimentos que se levantaban en un teatro marcado por la carestía del agua, la sucesión de malas cosechas y un descenso general de la calidad de los productos ofertados.

La reaparición del hambre física fue, de cualquier modo, la consecuencia más grave del nuevo escenario; era una señal más de un rebrote evidente de la pobreza. Si el hambre asomó episódicamente la cabeza en la literatura y el cine, los camiones con reparto de pan se convirtieron en reclamo

constante para los periódicos extranjeros, mientras el porcentaje de población condenada a malvivir por debajo del umbral de la pobreza se incrementaba. Aun cuando un estudio de 2011 situaba el guarismo correspondiente en un 22 por ciento, en 2017 se elevaba ya a un 28 por ciento y en 2024 se emplazaba en un inquietante 38 por ciento. Cuál no sería la entidad del problema que fueron muy comentadas, en 2020, unas declaraciones del expresidente Aznar en las que entonaba una suerte de *mea culpa* y pedía perdón, bien es cierto que intrascendente, a los desheredados. Eran los mismos meses en los que un humilde empresario, A. Ortega, donaba a los desheredados ropa por valor de veinte millones de euros y en los que un filántropo de vieja estirpe, J. L. Cebrián, ideaba un ambicioso programa de ayuda a las clases populares que competía ventajosamente, según decían, con la actividad que habían empezado a desplegar en el país organizaciones no gubernamentales foráneas, en la mayoría de los casos norteamericanas.

LAS MIGRACIONES

Atención especial merecen los flujos migratorios, que en los hechos se vieron sometidos a dos pulsiones distintas: mientras España había perdido a partir de 2008, y a marchas forzadas, su condición de país atractivo económicamente —en los hechos exportaba, antes bien, una mano de obra joven y formada—, las secuelas del calentamiento global en África empezaron a hacerse sentir en la forma de numerosos *sin papeles* —ya hemos señalado que la cifra correspondiente era difícil de evaluar— que, ante las dificultades de cruce de la frontera francesa, se veían frenados en los Pirineos, un poco a la manera de lo que antes de 2008 había sucedido en Marruecos.

Los retrocesos que en todos los órdenes experimentó la economía española se saldaron con una notable reducción en el número de inmigrantes legales. Cierto es que la inmigración se vio dificultada, también, por el discurso xenófobo de muchos de los dirigentes políticos, que a menudo se volvió contra sus eventuales deseos de encontrar en el exterior una mano de obra baratísima. Aun con todo, se hizo relativamente común que en los islotes encontrasen acomodo, con sueldos miserables, muchos de los *sin papeles*, víctimas por igual de sus empleadores y de las mafias que los traían a Europa. Lo suyo es recordar, por otra parte, que la mayoría de los inmigrantes *ilegales* no reclamaban las prestaciones de unos servicios públicos en retroceso: se integraban, sin más, en sus redes, familiares o étnicas.

FOTO 5

INSÓLITA IMAGEN DE MOTÍN, A LA DERECHA, ATAVIADO DE MILITAR Y DEPARTIENDO CON UN DESCONOCIDO, CON OCASIÓN DE UN BAILE DE CARNAVAL (2019)

El retroceso de lo que cabe entender que era una inmigración económica se vio compensado —ya lo hemos anotado— por un auge de lo que por muchos conceptos fue una inmigración ecológica. La subida general de las temperaturas y la ausencia de agua en buena parte del continente

africano provocaron la llegada —ante todo a las costas del Estrecho— de un número importante, e indeterminado, de inmigrantes que huían de situaciones cada vez más infernales. Muchos de esos inmigrantes fueron expulsados en virtud de operaciones de limpieza que, como la de El Ejido (Almería) en 2019, provocaron enconadas controversias. Con la vista puesta en desplegar fórmulas preventivas, las autoridades españolas habían creado en los años anteriores campos de concentración en Mauritania, Marruecos y Argelia. Financiados por la UE y la OTAN, para estos campos, teatro al parecer de ostentosas violaciones de derechos, sí que hubo recursos. Su eficacia fue, con todo, más que dudosa. No se olviden los ingentes problemas que acosaban a los Estados fallidos marroquí y argelino, víctimas de las sequías, de la erosión de las tierras, de la escasez de alimentos y de problemas sin cuento en materia de generación de energía eléctrica, todo ello en un escenario de rápido crecimiento demográfico.

IDEAS Y PROYECTOS

Ya hemos prestado alguna atención a la manera con que las autoridades españolas defendieron su actuación. Nos hemos referido, en singular, al designio de ocultar lo que significaba el protectorado y al paralelo propósito de autopresentarse como un escudo que permitía frenar la insania extranjera. Tengamos presente que Motín coqueteó en ocasiones con la idea de que Rodríguez Zapatero y Rajoy habían entregado España a Alemania. Muchas veces se invocó al respecto aquel "libre España, feliz e independiente, se abrió al cartaginés incautamente", del padre Isla. A menudo este tipo de aserciones aparecía en labios de quienes por muchos conceptos habían sido responsables de la gigantesca estafa de la deuda.

De personas, por lo demás, que al tiempo que a veces atribuían todas las culpas del desastre a separatismos y radicalismos, cuando procedía echaban mano de un discurso derrotista —"no queda más remedio que aceptar esto", "es lo que hay"— que a su entender venía a justificar la neutralidad y la asepsia que se atribuían a las políticas tecnocráticas.

De por medio se hacían valer dos mecanismos más: en tanto el primero asumía la forma de una gigantesca construcción propagandística en provecho de la figura de Motín —permitió el desarrollo del país, lo liberó del anarquismo, evitó la intervención en la guerra mundial, puso orden en el caos y operó como un genuino centinela de Occidente—, el segundo se traducía en invocaciones constantes a la *mayoría silenciosa* que luchaba por la paz, la tranquilidad y el trabajo, y que no buscaba sino la concordia. No es necesario explicar, claro, que el progresivo ahondamiento de todos los problemas hizo cada vez más difícil que estratagemas de ese cariz produjesen los resultados apetecidos. Y es que en la maltrecha opinión pública española —o en lo que quedaba de ella— se fue haciendo evidente que el viejo esquema cíclico que identificaba sucesivas etapas de bonanza y de crisis a duras penas servía para describir una realidad en la que una recesión prolongada se imponía con claridad sin que se barruntasen, al calor de una bancarrota estable, respuestas convincentes.

Es verdad, con todo, que el aparato ideológico del motinismo puso en marcha un recurso de sobra conocido: junto a la defensa de un individualismo extremo asentado en el "sálvese quien pueda" se desplegó el inevitable elemento aglutinador del nacionalismo español. Obviamente no se empleaba el término *nacionalismo* para retratar lo que en el discurso oficial era un sano y exultante *patriotismo*. Ese discurso recalcaba una y otra vez la condición presuntamente humanista y tolerante del proyecto español, contrapuesto a

la búsqueda descarnada del beneficio que habría caracterizado, en particular, a los países anglosajones. Al amparo de semejantes querencias, y en obsceno olvido de la conducta de muchos de quienes retóricamente se adscribían al primero, era frecuente, por proponer un ejemplo entre muchos, que se recordase que la Inquisición nunca había dado muerte a ningún sabio de prestigio… Habida cuenta de estos mimbres ideológico-manipulatorios y, más aún, de la condición de quienes los avalaban, a duras penas sorprenderá que reemergiesen con fuerza muchos de los tópicos de la derecha ultramontana. Ahí estaba, para testimoniarlo, una montaraz revisión de la historia que recuperaba con orgullo reconquistas medievales, descubrimientos de América y evangelizaciones, y que seguía hablando de la decadencia de Occidente. El propio Motín hizo suyas citas bien conocidas de M. Menéndez Pelayo y de J. Donoso Cortés. Con motivo del Congreso Eucarístico Internacional de 2020, y de la mano de un claro renacimiento integrista, recitó las palabras del primero: "España, evangelizadora de la mitad del orbe; España, martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio". Y ello al tiempo que achacaba la culpa de todos los problemas a la descatolización del país, que reclamaba una cruzada de sentido contrario y el consiguiente rearme ideológico. En ese mismo cónclave de 2020 mencionó la singularísima visión de la justicia que había abrazado Donoso Cortés en el XIX: "La justa distribución de las riquezas sólo se conseguirá por la doctrina católica de la limosna, que los ricos han olvidado, provocando así la situación de peligro para las sociedades europeas". Conviene subrayar, aun así, que el tradicionalismo renacido no incorporaba ninguno de los elementos de recuperación de la vida rural que le habían dado alas en el pasado a una cosmovisión ideológica que no sólo alcanzaba a las elites[5]: una parte de la población, amedrentada,

tragaba y seguía gritando los equivalentes contemporáneos del "que mueran los franceses" y del "que vivan las cadenas".

Las dos menciones que acabamos de realizar del Congreso Eucarístico Internacional celebrado en Barcelona en 2020 colocan por fuerza a la Iglesia católica en un primer plano. Siempre con el poder establecido, la jerarquía de la Iglesia desempeñó un papel central en la legitimación del régimen de Motín. Un nacionalcatolicismo renovado en la forma de un catolicismo integrista ganó terreno al amparo, en particular, de las visitas del papa Francisco en 2017, 2020 y 2024, la última para inaugurar el Valle de los Muertos alentado por Motín, y del centésimo aniversario de la ordenación sacerdotal de J. M. Escrivá de Balaguer, en 2025. La Iglesia recuperó en plenitud muchas potestades de antaño, como el derecho a establecer centros educativos con titulaciones reconocidas de oficio, o la restauración, en calidad de asignatura obligatoria, de la religión católica en los centros públicos, que bien es cierto escaseaban. Aunque sin la fuerza de siglos atrás, hizo también su reaparición la Inquisición. Para cerrar el panorama lo suyo es agregar que las corrientes que en el pasado habían defendido una Iglesia de abierto compromiso popular fueron severamente reprimidas, tanto desde las autoridades religiosas como desde las civiles.

Aunque a la Iglesia católica le preocupaba la expansión de *protestantes* y musulmanes —los primeros, mal que bien, tolerados; los segundos víctimas frecuentes de la creciente islamofobia—, más aún le inquietaba la proliferación de fenómenos mesiánicos y milenaristas. Y es que las sectas se extendieron de manera formidable en los años del protectorado. Aunque entre ellas había modulaciones muy diferentes, lo más común es que se tratase de grupos encabezados por dirigentes carismáticos que bebían del fundamentalismo cristiano. Promotores de la resignación, de la

sumisión, del sacrificio y de la obediencia, y en espera de una liberación que había de llegar de fuera, estos grupos se mostraron casi siempre aquiescentes con el poder, fuese por colaboración activa o por silencio connivente. En la mayoría de sus manifestaciones —promovidas por un puñado de afamados telepredicadores, a menudo tertulianos que habían moderado sus impulsos— el rechazo de lo colectivo se veía aderezado, por lo demás, con un individualismo sumiso. La culpa del estado al que las cosas habían llegado se atribuía, cómo no, a la degradación de las costumbres, y en particular a la de las sexuales. La extensión de las enfermedades y del hambre era una consecuencia de semejante degradación. En algunos casos estas sectas reclamaban una suerte de guerra santa contra los infieles, en el marco de lo que se antojaba una religión de acción, no de mera liturgia. Al calor de las prácticas que nos ocupan se abrieron lugares de culto, al margen de los tradicionales, se forjaron nuevas peregrinaciones, se apuntaron fechas en las que debía culminar el castigo y cobraron cuerpo, en suma, oscuros negocios con limosnas y donaciones. Ésta era la triste realidad de un pueblo elegido por Dios para sacar adelante sus designios.

Cierto es que se verificaron reacciones de sentido muy diferente. Prestemos somera atención a una de ellas: la de lo que algunos analistas interpretaron que era una reaparición de los discursos regeneracionistas y krausistas de otro tiempo. Aunque algún *costismo* interesante encaminado a recuperar la vida rural —a menudo tecnocráticamente— asomó la cabeza, los regeneracionistas de la nueva hornada parecían arrastrar una nula conciencia de la hondura de los problemas. Muy superados por los hechos y particularmente inconscientes del colapso que se avecinaba, esquivaron cualquier contestación frontal del capitalismo y de sus reglas. Pese a que las autoridades motinianas fueron

muy severas con ellos —lo fueron, en particular, en los meses siguientes a lo que se dio en llamar el *contubernio de Múnich*, un cónclave en el que, en 2022 y en país tan lastrado como Alemania, se dieron cita un par de centenares de neokrausistas empeñados en denunciar la dictadura y la corrupción, y en reclamar el retorno a un sistema democrático—, importa subrayar que los regeneracionistas ni disfrutaron de apoyos externos frente a un régimen internacionalmente protegido ni anudaron lazos con el movimiento resistente interno. Mucho más interesados en criticar la condición radical de este último, y —seamos claros— a menudo complacientes con el poder, prefirieron guardar silencio cuando se trataba de hablar de la guerra mundial, del cambio climático o de los intereses de la minoría directora. Siempre se citan al respecto los nombres de J. Gasset y Ortega, R. Ayala de Pérez y G. Maranhão.

Nuestro repaso concluye con algunas observaciones relativas a los medios de comunicación y, más allá de ellos, a la industria cultural. Anotemos, por lo pronto, que en la década de Motín adquirió carta de naturaleza un desastre anunciado: la progresiva desaparición de los periódicos en papel. Apenas se vendían diarios, pero no sólo por el auge, relativo, de la prensa digital: mayor problema era acaso el hecho de que la credibilidad de la prensa estaba por los suelos. Aunque en sentido estricto no existía censura —se hicieron valer, sin más, sanciones penales a los disolutos, sin aplicar nunca la pena capital—, los estrechos vínculos que los pocos periódicos que sobrevivían mantenían con connotados grupos empresariales operaban como un eficiente mecanismo de represión de contenidos indeseados y vinieron a explicar los intentos de apertura, más bien frustrados, protagonizados en 2022 por el ministro M. Fraga. Las cosas como fueren, los niveles de paro entre los periodistas —no hablamos ahora de los tertulianos— alcanzaron cotas inigualadas en el pasado.

La crisis de la prensa escrita contrastó poderosamente con la multiplicación del número de los canales de televisión. Pese a que en muchos casos lo que se reveló a su amparo fue una vorágine de esoterismo, telepredicadores, sexo, *culebrones*, promoción de adminículos absurdos y, naturalmente, tertulias, no tuvo un relieve menor la saturación de programas que castigaba al ciudadano exhausto. Por increíble que pudiera parecer, dados los niveles previos, aumentó el número de horas que los españoles pasaban delante de la televisión. Nada de saludable había en someter a cortapisas las verdaderas querencias de la ciudadanía, adujo un neoliberal todólogo de Servidumbre Digital. No está de más que al respecto retomemos algunas de las observaciones que formulamos en su momento sobre los usos, muy cercanos, de la Red. Esta última operó a la manera de un formidable aniquilador de la vida social en el que se daban cita un individualismo extremo, la infantilización de la población —de la mano de la pérdida de capacidades en materia de concentración y análisis de realidades complejas—, una progresiva disolución de identidades y, en suma, la desaparición de hábitos culturales de largo aliento.

Si la industria del libro arrastraba una crisis permanente, no soplaban mejores vientos, en general, para una industria cultural en proceso activo de hundimiento. Bastará con recordar que alcanzó mínimos históricos el número de películas rodadas. La importación masiva de productos y subproductos, *el pan nuestro de cada día*[6], propició una colonización cultural desconocida. El grueso de la literatura y del cine que se consumían procedía del mundo anglosajón, circunstancia que sorprendentemente no provocó reacción alguna en los circuitos del nacionalismo español. Por cierto que los expertos coincidían en la conclusión de que el castellano que se utilizaba era cada

vez peor, excepto —vaya por dónde— en las áreas de habla catalana, gallega y vasca. Aunque hubo quien adujo al respecto que el castellano moría porque la gente, fundamentalmente, no hablaba, y no por lo que hablaba. España seguía siendo, de cualquier modo, uno de los países del mundo en los que más se chillaba.

Se mantuvo razonablemente indemne, en fin, la parafernalia futbolística. Se repetía una y otra vez el tópico que señalaba que la liga española era la mejor del mundo. Levantada sobre la inversión de sumas ingentes de dinero que faltaban en los demás ámbitos de la vida del país, en 2021 el Real Madrid y el Barcelona intentaron adquirir, sin éxito, la casi totalidad de los restantes clubes de primera división. Cinco años después ambas sociedades —que habían pasado a llamarse, respectivamente, Bwin y Qatar Foundation— desaparecieron, de resultas de los escándalos financieros que habían protagonizado, y tuvieron que devolver muchos de los títulos ganados en mala lid. A los ojos de algunos analistas en modo alguno cabe descartar que la crisis que abocó en la retirada de Motín más le debió a lo ocurrido con los dos grandes clubes de fútbol que a los problemas de corrupción —llamativamente aireados por el fiscal general del Estado, I. Urdangarín— en los que el dictador se vio inmerso. La edad de oro de la selección española de balompié había terminado, por lo demás, con ocasión del mundial brasileño de 2014. Aunque logró clasificarse para las fases finales de Rusia en 2018 y de Qatar en 2022 —con resultados discretos en ambos casos—, no pudo acceder a aquéllas ni en los mundiales de las islas Feroe en 2026 ni en los de Nueva Zelanda en 2030. No tuvieron más suerte los deportistas españoles en los juegos olímpicos. Mientras las sospechas de *doping*, muy extendidas, limitaron el número de los representantes hispanos, los resultados en términos de medallas volvieron a ser los

muy magros alcanzados en la época de Franco, aunque al respecto es justo reconocer que tuvo su relieve la decisión de prohibir la presencia de mujeres españolas en las competiciones correspondientes. Ni siquiera los juegos organizados en Madrid en 2028 —fuera ya, por tanto, de la era de Motín— modificaron pasablemente el panorama. En 2022 la canción del verano, muy pegadiza, no era, de nuevo, sino un *revival* de medio siglo atrás. Con lacerante lucidez rezaba, sin más, que "la vida pasa felizmente si hay amor".

HÁBITAT, ECOLOGÍA Y CIUDADES

El criterio maestro imperante en la España de Motín no era sino el mismo que se aplicaba desde tiempo atrás: sólo sirve lo que es negocio. Apenas sorprenderá que, con esos mimbres, los ingentes problemas medioambientales que el país y el planeta arrastraban quedasen en un dramático segundo plano. Esos problemas, que resultaron ser mayores en las ciudades, remitían un tanto en el campo, del que haremos observaciones más extensas en el epígrafe dedicado al mundo alternativo y resistente.

Demostraron ser infundadas, en cualquier caso, las afirmaciones que sugerían que España era un lugar que se ajustaba a un modelo, el europeo, que debía permitir una respuesta razonable a los retos de la crisis ecológica. Si damos por supuesta la existencia de ese modelo, España poco tenía que ver con él. Bastará con que recordemos al respecto la dramática primacía de la cultura del automóvil —o lo que es lo mismo: la del acero y el petróleo, la de la radical entronización del individualismo más extremo, la de toda una trama urbana al servicio del coche—, la construcción de grandes infraestructuras por completo inútiles o el

asentamiento de ciudades perfectamente inhabitables. El mito que ahora nos ocupa naufragaba en particular en estas últimas: eran pocos los ejemplos de medios urbanos de dimensiones contenidas, con hábitats aceptables, transportes fluidos, uso extenso de la bicicleta, presencia significativa del tren, dependencia limitada con respecto al petróleo, barrios con vida propia y presencia rural próxima. La expansión incontrolada de ciudades visiblemente desbocadas tenía dos efectos insorteables: si el primero era la desaparición de una vida rural de siempre llena de sabidurías, el segundo lo aportaba la disolución de lo que de popular pudiera haber existido antaño en los propios espacios urbanos, sometidos a menudo a activos procesos de *gentrificación*.

Las cosas como fueren, en los años de Motín se revelaron las secuelas dramáticas del crecimiento operado en los medios urbanos durante buena parte del siglo XX. Aunque había diferencias notables, pronto se extendió la conciencia de que la mayoría de las ciudades de más de 100.000 habitantes —y algunas de las de más de 50.000— eran literalmente insostenibles. Cada año ascendían a unas 100.000 las hectáreas que las ciudades iban comiendo al campo en forma de edificios, superficies industriales y comerciales, carreteras, vías de ferrocarril o aeropuertos. El espacio colindante fue convertido, entonces, en un recinto que se trataba, sin más, de consumir. El resultado principal asumió la forma de unas invivibles áreas metropolitanas de límites difusos. En este sentido, el automóvil —de nuevo el automóvil— supuso una sensible ampliación del medio urbano, con la ocupación de muchas de las tierras adyacentes, el alejamiento entre el *centro* y los *barrios*, y la asignación de áreas gigantescas —impedían caminar o moverse en bicicleta— a aparcamientos. De resultas, las ciudades rompieron lazos, obscenamente, con el mundo rural.

FOTO 6

PARADA MILITAR ORGANIZADA EN UNO DE LOS ISLOTES DE MADRID POR BANKIA (2025)

Pero hay que recordar también que las ciudades eran impresentables consumidoras de la exosfera. Absorbían la mayor parte de la energía, producían el grueso de los gases de efecto de invernadero y eran responsables mayores del agotamiento de recursos, de la contaminación y de la *fragilización* de los suelos. Con huellas ecológicas desbocadas, se mostraban, por añadidura, incapaces de adaptarse al incremento de las temperaturas: en la mayoría de los lugares habían quedado muy atrás las callejuelas y los patios que, en el pasado, y mal que bien, habían permitido hacer frente a problemas parejos.

Claro es que, a la hora de analizar lo que pasó a ocurrir en el segundo decenio del siglo XXI, se impone una observación fundamental: las ciudades empezaron a exhibir dos mundos no sólo distintos sino, antes bien, contrapuestos.

Si el primero era el de los islotes —pequeñas islas en las que, según el diccionario, no viven seres humanos— de las clases pudientes, el segundo lo configuraba el resto del espacio urbano, inconexo y a menudo inclasificable. Y es que en todas las ciudades, y en muchos espacios rurales, se fueron perfilando —en realidad existían de antes— áreas acotadas en las cuales, protegidos y rodeados de privilegios, se reunieron los integrantes de las clases adineradas. En muchos casos se construyeron muros separadores de lo que en los hechos eran recintos dotados con todos los servicios, y entre ellos los dispensados, naturalmente, por *grandes superficies* comerciales salvaguardadas por el ejército. Al efecto se construyeron nuevas e independientes carreteras, se perfilaron conductos de transporte de energía específicamente destinados a satisfacer las demandas de los islotes y se aprestaron espacios de ocio a disposición de las clases pudientes. Como cabe suponer habida cuenta de la condición del proyecto, en los islotes que nos ocupan pervivió todo el oropel del consumo y del lujo. Allí estaban, sin ir más lejos, los grandes arquitectos, los grandes cocineros y los grandes modistos.

Pero acaso el rasgo más llamativo que acompañó a estos espacios fue la proliferación de auténticas caricaturas de la vida urbana, una suerte de parques temáticos en los que, fosilizada, se acopiaba la felicidad que debía caracterizar a aquélla. Rescatemos al respecto algunas de las parafernalias arquitectónicas más sonadas: un puerto pesquero en la plaza de Colón de Madrid; un casco viejo entero, el de Cáceres, reconvertido en un gigantesco *spa;* una Sevilla cuyos tópicos se repitieron hasta la extenuación al calor —y nunca mejor dicho— de la nueva exposición universal que se organizó en el verano de 2025; el complejo palentino denominado La Fiesta de las Barbies; el Playmobil Park de Zaragoza; la torre Bobalia promovida por el grupo Prisa en

Santander; otra torre, ésta reproducción en tamaño natural de la parisina de Eiffel, en Córdoba, junto a la mezquita, o una *disneylandia* en Barcelona que tomaba como inspiración la arquitectura de A. Gaudí (véase mapa 6). Si R. Hughes anotó que ninguna capital europea había conseguido reinventarse a sí misma en el grado en que lo hizo Barcelona, habrá que convenir que al final acabó por perderse a sí misma, entre tantas transformaciones y tantos intereses espurios; la Barcelona del protectorado fue, en el mejor de los casos, una villa pintoresca, pero más por estrambótica que por otra cosa.

Agreguemos que el solaz de las clases adineradas reclamaba también del aprestamiento de infraestructuras lejos del medio urbano. Ahí estaban, para atestiguarlo, una nueva línea de alta velocidad ferroviaria que discurría por el camino francés y permitía realizar tres veces en un solo día la peregrinación a Santiago; un puñado de estaciones de esquí que funcionaban en verano con nieve natural (o eso se decía); los parques temáticos alentados por el Ministerio de Defensa en Numancia (Soria), Sagunto (Valencia), Las Navas de Tolosa (Jaén), Bailén (Jaén) y Belchite (Zaragoza); el ya mencionado Valle de los Muertos levantado en la sierra madrileña, o las microurbes turísticas, de hondo sabor cultural y artístico, trenzadas alrededor de los complejos de Eurovegas (Madrid), Los Monegros (Zaragoza/Huesca), Terra Mítica (Alicante), Marina d'Or (Castellón) y, como gran novedad, Sodoma y Gomorra, provocadoramente erguida en las cercanías de Torreciudad (Huesca). Se abrió camino, en suma, un extendido culto a las ruinas.

Todo lo que acabamos de mencionar contrastaba poderosamente, claro, con la extrema precariedad de muchas de las construcciones populares de última hora. Fuera de los islotes adinerados —y de las *icarias* que enseguida nos atraerán—, y en un marco general de deterioro de la vida

urbana, eran muchas las viviendas en estado de decrepitud. La certificación de que las construcciones realizadas entre 1980 y 2010 eran tan insostenibles como de difícil mantenimiento dejó en un segundo plano las discusiones sobre el modelo de vida relacional que arrastraban. Con los servicios e infraestructuras públicas en franca retirada —la privatización había hecho antes de las suyas—, habían cobrado cuerpo procesos de muy diferente cariz. Así, aunque se habían hecho valer abrasivas formas de videovigilancia, el colapso informático de las ciudades hacía que éstas las más de las veces fuesen literalmente ingobernables. Se había extendido, por otra parte, el fenómeno de la *okupación* de viviendas que las clases pudientes habían abandonado en su designio de pasar a residir en los islotes, pero también se habían revelado las secuelas de la expropiación de las viviendas de los pobres en determinadas zonas muy codiciadas. Al tiempo se habían consolidado territorios que alojaban auténticos guetos para inmigrantes y disidentes, y se había incrementado de manera sustancial el número de personas sin domicilio fijo. La privatización del agua, operada en la mayoría de los lugares en la etapa 2012-2015, hizo que aquélla se encareciese peligrosamente y que en muchos casos las empresas cortasen el suministro. Semejante circunstancia, unida a la contaminación y sus efectos, no pudo por menos que castigar a las plantaciones que, a la manera del París de principios del XX, habían empezado a menudear en los espacios urbanos como una solución a la desesperada para los problemas de alimentación. Recordemos, en fin, que los propios ayuntamientos, claramente subordinados a los intereses de las empresas privadas, estaban segregados, de tal manera que en los hechos había un gobierno para los islotes y otro para lo que a menudo se describía sin más, empleando la palabra inglesa, como *slums*, auténticas ciudades-fantasma. Con

semejante panorama no hace falta recordar que en los años del protectorado fueron frecuentes los disturbios en las ciudades. Bastará con rescatar los que se produjeron en Madrid en 2018, en Valencia y Bilbao en 2020, en Valladolid y de nuevo Madrid en 2021, o en Alicante, Badajoz y Córdoba en 2023.

EL NUEVO MADRID

No hubo mejor ejemplo de la condición de los espacios urbanos que el que aportó la ciudad de Madrid, heredera al tiempo de un modelo de capitalismo burocrático y dependiente, por un lado, y del centralismo nacionalista, por el otro (aunque no sería muy saludable —parece— idealizar el aparentemente competitivo y limpio capitalismo barcelonés).

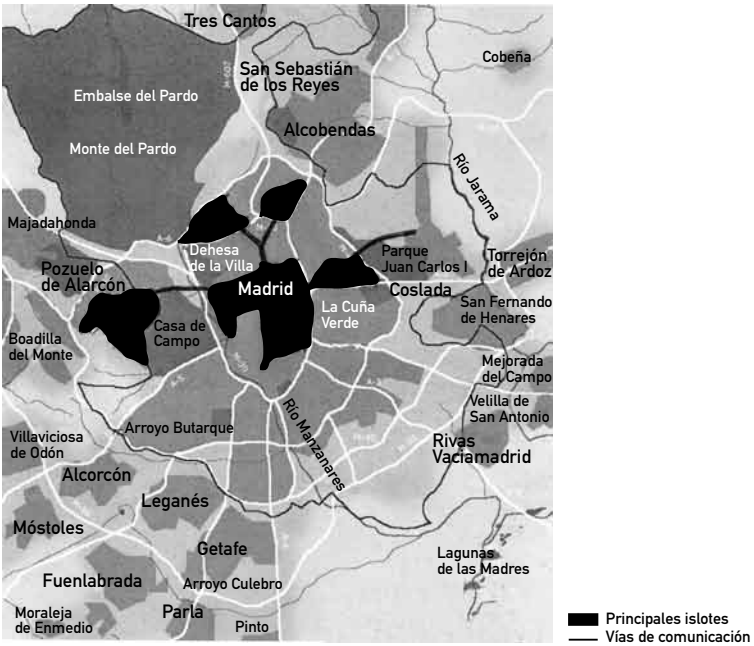
Los desperfectos generados por la guerra de 2016, tampoco muy notables, tardaron varios años en ser reparados. O, por mejor decirlo, las obras se tomaron su tiempo en lo que hace a las áreas de la ciudad no habitadas por las clases pudientes. A tono con lo que ya hemos señalado, proliferaron los islotes de los privilegiados, que acogieron también, en el caso madrileño, y como cabía esperar, a instituciones públicas y grandes empresas (véase mapa 5). No prosperaron, aun con todo, los proyectos encaminados a convertir la ciudad, declarada capital europea de la incultura en 2026, en un centro financiero internacional de primer orden. Para ello se habían aprestado infraestructuras muy notables entre las que se contaban un metro para ricos que permitía rápidos desplazamientos entre islotes, estaciones de tren y aeropuertos, y un sinfín de autopistas privadas. Aunque la construcción por ingenieros israelíes de un muro que, dotado de los últimos adelantos en materia

de seguridad, separaba islotes y *slums*, levantó mucha polémica, al cabo fueron cuatro las macrooperaciones urbanístico-arquitectónicas realizadas en Madrid en la época del protectorado. Hablamos de la ampliación de Eurovegas, convertido en el mayor casino del mundo, de la concesión al obispado de una amplísima área en los aledaños del Palacio Real, del secamiento del Manzanares —transformado en un río ficticio, más ancho, pero sin agua— y de las faraónicas obras vinculadas con los juegos olímpicos de 2028, en su mayoría concentradas en un gigantesco polígono militar que, situado al este de la ciudad, fue empleado también con ocasión de las visitas del papa Francisco.

Pese a que, según una estimación, en los islotes madrileños vivían unas 400.000 personas —unas 280.000 lo hacían en los barceloneses—, la ciudad había perdido visiblemente población. Si entre los ricos la explicación mayor era la búsqueda de lugares climatológicamente más llevaderos, entre los pobres remitía fundamentalmente al designio, a menudo desesperado, de escapar al hambre. Por lo que a estos últimos se refiere, el desempleo presentaba niveles muy altos —la industria en los hechos había desaparecido, mientras los servicios habían experimentado un franco retroceso—, menudeaban los trabajos extenuantes que se realizaban, sin más, a cambio de comida —aunque no era un problema menor el acceso al agua, vendida a precios prohibitivos por el privatizado canal de Isabel II— y los servicios disfrutados eran raquíticos. Más allá de tirar de lo que producían las pequeñas plantaciones que ya hemos recordado que proliferaron, uno de los pocos negocios lucrativos era el que aportaba el robo de metales y materias primas. En un escenario en el que las zonas verdes eran una rareza, los mayores contaban sus recuerdos de cuando el Retiro era un parque vivo y abierto.

MAPA 5

LOS ISLOTES EN LA CIUDAD DE MADRID (2024)



LOS MEDIOS DE TRANSPORTE

Volvamos ahora sobre algo que ya nos ha ocupado, bien que de forma somera, en este capítulo y prestemos alguna atención a lo que ocurrió en el ámbito del transporte. Examinemos, antes que nada, el delicado legado del pasado. No se olvide que la España del primer decenio del siglo XXI era acaso el país de Europa con mayor presencia de autovías y autopistas, y que, por añadidura, acogía en su territorio casi la mitad de los kilómetros de alta velocidad ferroviaria que había en el mundo, con un número de viajeros, sin embargo, irrisorio. Contaba, en fin, con el doble

de aeropuertos que Alemania, todo ello de la mano de un sistema de transportes dramáticamente dependiente del petróleo, ecológicamente insostenible, de escasa utilidad en lo que se refiere al movimiento de mercancías y visiblemente relacionado con los negocios de las grandes empresas de la construcción. En España habían primado con rotundidad el espectáculo, los intereses de los políticos de turno y el impulso otorgado a la parafernalia correspondiente por unos medios de comunicación claramente subordinados. Es fácil suponer las secuelas en la forma de enormes costos de mantenimiento, franco deterioro del tren convencional y primacía del sector privado en un marco de desertización ferroviaria y de precios inabordables para buena parte de la población. De por medio habían menudeado formidables subvenciones públicas a negocios ruinosos como los representados por muchas de las autopistas de peaje perfiladas en las décadas de 1990 y 2000, o por los *aeropuertos peatonales*.

Con el paso de los años se impuso una conciencia, cada vez más general, del carácter insostenible de muchas de las infraestructuras perfiladas en el pasado, y ello en un escenario marcado por el precio, en constante incremento, de las materias primas energéticas. Pese a los esfuerzos de quien durante años fue ministro de Transportes, G. Díaz Ferrán, se asistió, en particular, a un deterioro de las autopistas y autovías, en las que apenas se invertía en mantenimiento aun cuando se hubiesen introducido en su momento altísimas tecnologías informáticas que al poco demostraron ser inútiles. *Pan nuestro de cada día*[7] lo fueron, por otra parte, las carreteras que no llevaban a ningún lugar, amparadas por urbanizaciones-fantasma abandonadas en las que languidecían hoteles, grandes tiendas y almacenes vacíos. Sin que sea sencillo explicar las razones, durante unos meses, a principios de 2024, Motín cogió el gusto a la

visita de lo que se antojaban *aldeas Potemkin* a la inversa; se trataba, al parecer, de enaltecer los restos de urbanizaciones —algunas de ellas albergaban a gentes que, desesperadas, huían de las ciudades— como reclamo de prosperidad.

Ya hemos anotado que el deterioro general de los transportes —se redujo también sensiblemente la oferta de vuelos— no alcanzó, sin embargo, a la alta velocidad ferroviaria. La operación estelar al respecto, más allá de la que tuvo por escenario el camino de Santiago, fue la inauguración, en 2023, de un nuevo AVE que, con tecnología china y billetes de precio estratosférico, permitía llegar en cuarenta minutos de Madrid a Barcelona. Las malas lenguas difundieron rumores de desaparición de pasajeros. Entre tanto, lo que sí que había desaparecido por completo era el tráfico de mercancías en ferrocarril, en un país en el que, por cierto, se olvidaban una y otra vez las posibilidades que ofrecían, en los trenes, los motores eléctricos.

La crisis general de los transportes fue también, en cierto sentido, la de lo que en su momento se llamó *capitalismo verde*. Pronto se acabaron todas las ilusiones vinculadas con éste. Lo de que el que contamina paga se demostró, en particular, por completo estéril y otro tanto hubo que concluir de los llamados *coches ecológicos*. Si la fabricación de éstos era tan onerosa como la de los convencionales, el hecho de que contaminasen menos por el tubo de escape en modo alguno acertaba a ocultar que los artilugios que incorporaban en el interior eran muy gravosos para el medio natural. Pese a ello, y contra toda racionalidad, se impuso la apuesta enloquecida de los gobernantes españoles por mantener, con los perfiles tradicionales, la industria del automóvil frente a la evidencia de que había que desplazarse mucho menos (los ecologistas hablaron durante años, al respecto, del *protocolo de Quieto*).

EL TURISMO

Dados los antecedentes que hemos ido invocando, ninguna sorpresa acarrea la afirmación de que se produjo también un hundimiento en toda regla del turismo (véase cuadro 17). Semejante hundimiento fue el producto de factores varios entre los cuales a buen seguro se contaron la saturación de muchos espacios, la degradación de estos últimos, los efectos del cambio climático y las secuelas de un escenario general marcado por una creciente conflictividad. Si no hay que explicar por qué se hundió el turismo interior —con la parcial extensión de algunas de las áreas más septentrionales de la península—, resultaba difícil —por no decir que imposible— que los turistas foráneos no se percatasen de la tragedia que se estaba gestando, y ello aun cuando la oferta española se viese tangencial y pasajeramente beneficiada por la guerra mundial. Acaso el mejor termómetro de la situación lo aportó el hecho de que tras la guerra civil las grandes empresas españolas del sector abandonaron el mercado local y se concentraron en otros aparentemente más prometedores.

CUADRO 17

NÚMERO DE TURISTAS EXTRANJEROS

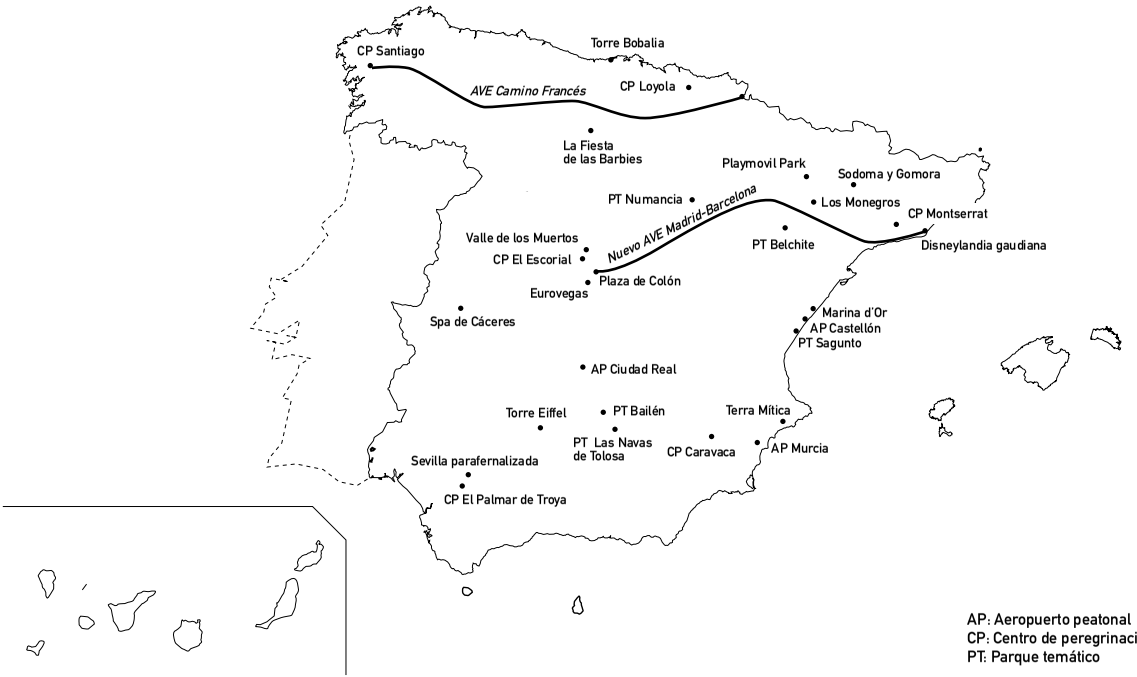
AÑO	Nº DE TURISTAS EXTRANJEROS
2007	58.666.000
2010	52.677.000
2013	58.322.000
2016	22.186.000
2019	22.933.000
2022	19.625.000
2025	15.006.000

Lo dicho no es óbice para que perviviesen algunos restos de la industria turística de otrora. Aunque en las costas del Mediterráneo el calor dificultaba la tarea —ya sabemos que los archipiélagos quedaron en otras manos—, escandinavos y alemanes seguían apreciando los tostaderos, bien que durante períodos de tiempo reducidos. Así las cosas, se consolidó un buen puñado de *resorts* aislados e hiperprotegidos, tipo Club Med, con playas privatizadas y cerradas al público general (todas las normas legales que impedían lo anterior habían sido derogadas). El cambio climático *benefició* a algunos recintos precisos, como lo ilustró, en la Monarquía Islámica de las Islas Baleares, la prolongación de la temporada de verano en Ibiza. Los nombres alegóricos de urbanizaciones y establecimientos —así, Edén, Paraíso Terrenal, Amnesia— también se extendieron mientras, de manera marginal, reaparecieron algunas realidades propias del pasado lejano, como es el caso de turistas que decidían viajar a caballo o de trenes extremadamente lentos que, no sin paradoja, procuraban provocar impresiones fuertes. Nada de lo anterior tuvo, con todo, ningún efecto mayor en materia de levantamiento de la economía: si en el sector del turismo se pagaban comúnmente bajísimos salarios, los beneficios acostumbraban a escapar a otros lugares.

Admitamos, por otra parte, que el turismo siguió derroteros eventualmente diferentes. Recordemos al respecto, por ejemplo, que pervivió el de los *hooligans* —viaje en avión, borrachera, regreso— y creció sensiblemente el religioso, con núcleos de atracción como Santiago (Coruña), El Palmar de Troya (Sevilla), El Escorial (Madrid), Montserrat (Barcelona), Loyola (Guipúzcoa) o Caravaca (Murcia) (véase mapa 6). Se hundieron, en cambio, el de la tercera edad y el de los tratamientos de salud, y en los hechos desapareció el de negocios.

MAPA 6

LAS PARAFERNALIAS ESPAÑOLAS (2017-2030)



AP: Aeropuerto peatonal
CP: Centro de peregrinación
PT: Parque temático

Fueron muchos los complejos turísticos al cabo abandonados; un libro de tirada reducida, semiclandestino, dio cuenta, en particular, de lo que había sucedido con los insostenibles campos de golf. Se hizo evidente, por lo demás, el absurdo de muchos de los trasvases de agua ultimados en las décadas precedentes y, más allá de todo lo anterior, se hundió literalmente buena parte de la economía de la costa mediterránea (también en los archipiélagos desgajados, pese a las inversiones saudíes y alemanas).

En los hechos, con la desertización en franco avance y dificultades extremas para recuperar los suelos perdidos, se habían aniquilado en poco tiempo muchas de las bases físicas de lo que supersticiosamente se había entendido por civilización.

ENCARECIMIENTO DEL PETRÓLEO Y CAMBIO CLIMÁTICO

Aunque en el capítulo siguiente nos interesaremos *in extenso* por las dos dimensiones principales de la crisis ecológica, y por las señales mayores del colapso, lo suyo es que, de manera más breve, dejemos constancia ahora de cambios que se hicieron valer en los años del protectorado.

El primero de esos cambios afectó a los precios internacionales del petróleo. Ya en 2008 se habían registrado señales del relieve de éstos: no se olvide que la crisis sin fondo del sistema financiero mundial había coincidido, ese año, con un nivel singularmente alto de los precios del *oro negro* y medio se había solapado con el *pico* de éste. Si a principios de 2013 el barril de petróleo-*brent* costaba 111 dólares, en 2017 la cifra correspondiente se elevaba a 142 y en 2024 a 193. La reducción general de la producción y lo que las más de las veces fue un mantenimiento planetario de la demanda se tradujeron, por lo demás, en dificultades en los suministros.

Como es fácil suponer, todo ello tuvo repercusiones delicadas en la economía española, tanto más cuanto que no había lugar para la duda en lo que se refiere a la inutilidad de los mecanismos sobre el papel perfilados para contrarrestar los efectos de la carestía del petróleo. Para que nada faltase, y a decir verdad con un carácter más simbólico que real, habida cuenta de la hondura de la crisis general, en los años de Motín se registraron un nuevo accidente nuclear, ahora en Almaraz (Cáceres), en 2019, y el encallamiento de un petrolero, el *Vertige,* en Galicia en 2021. Al tiempo, y cerremos las ilustraciones de un panorama delicado, se abrió camino, en medio de enormes polémicas, una política de venta de tierras —a empresas y Estados extranjeros— destinadas a almacenar sustancias tóxicas en un escenario en el que, por añadidura, se revelaban dificultades ingentes para tratar los residuos.

Mayor peso tuvieron, con todo, las primeras señales serias de los efectos del cambio climático. Aun cuando la crisis de 2008 había reducido en España el crecimiento del PIB, y con él las emisiones, también había hecho que remitiese la preocupación por lo que ahora tenemos entre manos. Las cosas como fueren, los elementos centrales de un proceso internacional desbocado siguieron adelante, sin que sea sencillo resumir sus consecuencias en el reñidero español. Una de ellas fue, de cualquier modo, y tal y como lo habían señalado muchos expertos, un notable descenso de la renta per cápita en los años del protectorado, resultado atribuible, en un grado u otro, a la ausencia de políticas que contrarrestasen el cambio climático. Esto aparte, se ensancharon las diferencias de temperatura entre el norte y el sur de la península, merced a un proceso caracterizado por una estabilización de aquéllas —si acaso algún pequeño retroceso— en la parte más septentrional y un general calentamiento en el resto, con graves distorsiones del hábitat.

Por lo que se refiere, en singular, a la mitad meridional de la península, lo primero que hay que subrayar es que, a más de una liviana subida del nivel del mar, progresó la desertización. Las sequías prolongadas se convirtieron en un elemento más del paisaje, franco anticipo de lo que estaba por venir. Las olas de calor registradas todos los veranos a partir de 2021 provocaron numerosos muertos, ante todo entre los ancianos, y se convirtieron en estímulo principal para incipientes movimientos de población camino de lugares emplazados más al norte o en zonas de altura. Se extendieron, como cabe esperar, los incendios forestales, a menudo vinculados con muchos años de abandono de tareas elementales de prevención. Y menudearon, en fin, las disputas por el agua, que con frecuencia enfrentaron a unas y otras regiones. En 2022 fueron singularmente agrias, en lo que respecta a las aguas del Duero, el Tajo y el Guadiana, las controversias con Portugal, resueltas con un arbitraje de la UE. Al tiempo, y no sin paradoja, despuntaron inundaciones frecuentes, como las de Huelva en 2019, Valencia en 2021 y Málaga en 2024. Si bien saltaba a la vista que todos estos problemas castigaban con mayor crudeza a las ciudades, tenían también efectos notables en materia de deterioro de la vida rural. Ni que decir tiene que, en paralelo, se produjo la desaparición de los parques naturales de antaño, que habían dejado de beneficiarse de cualquier tipo de protección merecedora de tal nombre.

Hay que admitir que el panorama resultó ser más confuso en el norte peninsular, en donde lo común fue que la temperatura ni subiese ni bajase. Por decirlo mejor, subió en virtud del cambio climático general pero retrocedió, a manera de compensación, de la mano de las secuelas de la progresiva, y bien que lenta, desaparición de la corriente del Golfo. Los icebergs liberados por el deshielo del Ártico fueron mitigando poco a poco aquélla y, merced a alteraciones

graves en la circulación termohalina, perdió peso el efecto elevador de las temperaturas que correspondía a la corriente mencionada. Aun con todo, en el norte se registraron cambios de relieve. Así, las precipitaciones descendieron, los vientos fueron más frecuentes e intensos, y los inviernos más fríos, sin que en los hechos, y al amparo de mutaciones demasiado rápidas, se hiciese valer ninguna consecuencia positiva.

Pese a todo, habrá que convenir que algunas comunidades autónomas salieron mejor paradas que otras. Hablamos de aquéllas en las cuales la vida rural conservaba mayor vivacidad, la población se hallaba más dispersa, las ciudades presentaban dimensiones controladas y, en fin, el agua no escaseaba. Tal sucedía en Galicia, buena parte de Castilla León, La Rioja y Navarra, pero también el de muchas áreas montañosas. En relación con éstas conviene precisar, sin embargo, que las montañas cercanas a grandes ciudades —Guadarrama y Gredos en el caso de Madrid, el Pirineo catalán en el de Barcelona, en menor medida áreas cercanas a Sevilla, Málaga y Valencia— padecieron graves problemas de resultas de la llegada masiva de habitantes de los núcleos urbanos.

Una novedad, bien que relativa, registrada en estos años fue, en fin, la consolidación de acciones *ecoterroristas* —al menos así eran descritas por el régimen— en fábricas de automóviles, gasoductos y oleoductos, y la manifestación paralela de un incipiente movimiento de trabajadores que se inclinó, como los ludditas ingleses del XIX, por destruir máquinas y contestar tecnologías que entendían estaban en el meollo de la explotación que padecían. Enfrentados a los tecnófilos que, empeñados en importar procedimientos ideados en otros escenarios, seguían pensando estérilmente en las posibilidades que ofrecerían fórmulas de geoingeniería que permitirían reducir el volumen de energía solar llamada a alcanzar la Tierra o hacer otro tanto con las emisiones,

estos movimientos disfrutaban de innegables simpatías entre una población cada vez más consciente, pese a la manipulación imperante, de que había que asumir medidas drásticas para frenar la degradación económica y ecológica.

LAS 'ICARIAS'

En parte como herencia de iniciativas alejadas en el tiempo, en parte como producto de algo que se afianzó durante la guerra de 2016, en los años del protectorado se asentaron muchos experimentos sociales de carácter alternativo que por lo común recibieron el nombre de *icarias*. Su supervivencia, siempre complicada, puede explicarse en virtud de tres circunstancias diferentes: el caos general, la renuncia que las autoridades asumieron en lo que se refiere a ejercer un control serio fuera de los islotes urbanos y rurales, y, en suma, los efectos de una suerte de clandestinidad carbonaria. Importa subrayar que muchas de las instancias que ahora nos atraen —a menudo se recordó, para describirlas, el papel desempeñado por los monasterios medievales en la preservación de sabidurías— pervivieron después del protectorado, también durante el colapso.

Si se trata de describir someramente lo que tenemos entre manos, en esencia hay que hablar de espacios más o menos autónomos que asumieron perfiles diferenciados en el medio rural y en el ámbito urbano. Aunque inmediatamente distinguiremos estas dos realidades, lo suyo es que ahora prestemos atención a los elementos comunes. El primero, importantísimo, fue una voluntad expresa de desconexión con respecto a la economía oficial, bien retratada de la mano del acuñamiento, en muchos lugares, de monedas alternativas. Un segundo rasgo relevante nos habla de una perspectiva ideológica que se manifestó en la forma de proyectos que aspiraban

a recuperar la vida rural, a perfilar sociedades menos complejas y a desmercantilizar muchas relaciones; no se olvide al respecto de esto último que el concepto de *consumidor* había entrado en crisis toda vez que la propia era del consumo había tocado a su fin en el primer decenio del siglo XXI. Conviene subrayar, en tercer lugar, que el designio de colocar en primer plano de las preocupaciones el medio y el largo plazo se tradujo en una apuesta general en provecho de la austeridad energética, de las energías renovables, de la permacultura y de la reducción del número y de la longitud de los desplazamientos (también, dicho sea de paso, del tiempo de trabajo). Los instrumentos principales de despliegue de todo lo anterior fueron, en cuarto término, la democracia directa y la autogestión, frente al individualismo dominante, unidas a una defensa general de fórmulas de socialización de la propiedad; en un terreno próximo, y tras la certificación del hundimiento del grueso de los servicios públicos, cobraron cuerpo lo que unas veces fueron escuelas financiadas autogestionariamente por las comunidades y otras experimentos vinculados con la *sociedad desescolarizada*, de la misma manera que proliferaron pequeños centros sanitarios que otorgaban clara primacía a la prevención. Agreguemos, en fin, que se abrió camino una igualdad plena entre mujeres y hombres, y que al efecto tuvo un relieve singular el propósito, muchas veces aireado, de repartir el *trabajo de cuidados*.

Es obligado recordar, por lo demás, que las instancias que ahora nos atraen asumieron numerosos intentos de coordinación, no siempre saldados con el éxito, tanto más cuanto que el escenario los dificultaba. Sometidas a frecuentes acosos externos, se vieron beneficiadas por la tarea desplegada, en muchos momentos y lugares, por las llamadas *brigadas internacionales de paz e interposición*. En algunos casos, y no sin sorpresas, recibieron cierta protección, también, de gentes vinculadas con lo que cabe entender que era la

derecha tradicionalista y antiindustrial, muy alejada, bien es cierto, de lo que habían supuesto el *Achicoria Party* y sus postulados. Se beneficiaron, en fin, de la notable admiración que suscitaron —traducida a menudo en intentos de imitación— fuera de España.

Debemos prestar atención separada, con todo, a lo que significaron estos espacios autónomos en el medio urbano y en el rural. Por lo que a las ciudades respecta, el entorno fue mucho más hostil, tanto por las dificultades objetivas que planteaba el hábitat correspondiente como por efecto de la radical degradación experimentada, en un período de tiempo muy breve, por los recintos implicados. Las cosas como fueren, en este caso el intento principal de las *icarias* consistió en plantar cara a la ciudad capitalista —aunque habría que discutir si ciudad y capitalismo no van siempre de la mano, de tal manera que reivindicar la primera frente al segundo, o liberada del segundo, no es sino una ilusión— desde la conciencia paralela de la necesidad de unir la crítica de la ciudad y la del consumo. Al respecto se abrieron camino tres grandes apuestas: si la primera lo fue en franco provecho de estrategias de desurbanización, la segunda reclamó la restauración de la vida rural aledaña y la tercera se materializó en un designio de reducir el tamaño de las *comunidades políticas*. Hay que subrayar, en relación con esto último, que se intentó recuperar, por encima de todo, la vida de los barrios, también como instancias económicas. El objetivo era forjar espacios razonablemente pequeños en los que, hasta donde fuera posible, y en un escenario marcado por la escasez, se hiciesen valer todos los servicios, con lo que se reducirían los desplazamientos. La teoría hablaba de una ciudad con muchos centros en la que lo local se desarrollase en todos los ámbitos al calor de la búsqueda de una economía de proximidad. A la consabida desmercantilización de todas las relaciones habían de sumarse los

objetivos de desacelerar el entorno y fortalecer el sentido de lo comunitario.

Varias fueron las medidas precisas que se intentó, con éxito limitado, se derivasen del proyecto que acabamos de mal retratar. La primera, obvia, consistió en un esfuerzo general, e inevitable, encaminado a reducir el consumo energético y desplegar energías renovables. La segunda asumió la forma de una revitalización del transporte público. La peatonalización y el uso de la bicicleta se extendieron mientras el automóvil desaparecía de muchos espacios. Había que deshacerse —se decía— del hombre-coche y de la superstición de que el automóvil tiene una dimensión liberadora. Mientras las zonas verdes se expandieron, al menos allí donde fue posible, se procedió a cerrar las *grandes superficies* —en realidad las empresas afectadas ya las habían evacuado— y adquirió un peso inusitado la reparación y reventa de productos. Frente a la lógica privatizadora del pasado ganó terreno la perspectiva de la socialización al amparo de equipamientos colectivos, escuelas, ambulatorios, espacios de ocio y comedores populares en los que algunos descubrieron que existía la comida no congelada y no precocinada. En muchos casos, y por otro lado, las viviendas no sólo se abarataron: experimentaron un decidido adecentamiento de la mano de la recuperación de las técnicas tradicionales de construcción, toda vez que las introducidas en el último cuarto del siglo XX eran las más de las veces insostenibles. Sin grandes bloques, y con edificios más modestos y bajos, se dejó de construir rascacielos en provecho de una vida social mucho más rica que, por cierto, facilitaba la atención dispensada a los más necesitados. No faltaron, bien es verdad, los esfuerzos orientados a preservar, mitad con nostalgia, mitad con desdén, determinados monumentos del pasado —un McDonalds, un Corte Inglés— como presuntos museos del horror.

En lo que atañe al mundo rural, las reglas del juego fueron a menudo diferentes. Allí donde las *icarias* despuntaron se produjo las más de las veces un renacimiento de la economía local y, con él, un resurgir de los productos de proximidad, procesos ambos acompañados en muchas ocasiones —ya lo hemos señalado— por la gestación de monedas propias. Frente al absurdo de la gigantesca oferta de las *grandes superficies* que acabamos de mencionar, ganaron terreno la autosuficiencia y la soberanía alimentarias. Se trataba de producir la mayor parte de lo que se consumía y de generar bienes ecológicamente defendibles. Lo anterior implicaba rechazar las formas de ingeniería genética y el monocultivo, respetar la biodiversidad, un bien que por lógica se tardaría muchísimo en recuperar, y asumir un uso mucho más cauteloso de una mecanización, la heredada del pasado, que tenía que ver con las grandes explotaciones y con el monocultivo recién mencionado. No puede obviarse lo que en los hechos fue una dificultosa restauración de las sabidurías agrícolas y ganaderas locales en un escenario marcado por la necesidad de recomponer una relación equilibrada entre el ser humano y el medio natural. Al respecto fue sin duda muy importante que, al calor de los centros de acogida de refugiados e inmigrantes que se crearon en tantas áreas rurales, unos y otros aportasen muchos elementos de sabiduría popular.

Con certeza no es preciso añadir que el control desde la base fue norma universal frente a las decisiones en manos de gobiernos y empresas. Colocó en primer plano el bienestar de la gente de a pie, y no el criterio del beneficio. Y se materializó casi siempre en una ambiciosa distribución de la tierra —y de la renta—, frente a su concentración de siempre en manos de grandes propietarios y empresas transnacionales. Aunque las *icarias* rurales nunca lo tuvieron fácil, su atractivo —el de instancias que habían conseguido dejar atrás el capitalismo— fue en muchas ocasiones más fuerte que los ataques externos

que padecieron. Y es que —y cerremos nuestro relato— las *icarias* constituyeron un núcleo fundamental de estímulo de la contestación, de la lucha de clases, que se desarrollaba en los islotes pudientes.

LA POLÍTICA EXTERIOR

Las relaciones externas de la España de Motín se vieron permanentemente lastradas por la discusión sobre la deuda. Durante esos años España suscitaba en el exterior poca simpatía, y sus dirigentes, en particular, arrastraban la imagen de pedigüeños y despilfarradores. Fue éste, por lo demás, un decenio marcado por agrias discusiones, tanto dentro como fuera del país. Si se trata de procurar un par de ejemplos de esas disputas, anotemos que desde 2020 se hizo valer un enconado debate sobre la conveniencia de dotar con armas nucleares a las fuerzas armadas españolas, y que en ese mismo año se registró en la UE una activa campaña orientada a colocar a Rodríguez Zapatero, Rajoy y Motín delante de la justicia penal internacional.

Las cosas como fueren, la entrevista de Motín y Merkel en Hendaya, ya mencionada, permitió que España —en este caso paradójicamente beneficiada por la cercanía de su guerra civil— quedase al margen de la tercera guerra mundial, y ello pese a que la dirigente alemana ofreció a Madrid, a cambio de una implicación plena en aquélla, una quita, no especificada, de la deuda. Era impensable, de cualquier manera, que los efectos del conflicto bélico planetario no se hiciesen sentir en el país. Pese a que aún hoy se discute si el término *guerra mundial* es el adecuado para describir lo que por muchos conceptos fue una acumulación difusa de contenciosos que llenaron la etapa 2017-2022, la textura de éstos, o de la mayoría de ellos, por

fuerza tenía que afectar a España. Bien sabe el lector que entre esos contenciosos se hallaban acontecimientos de innegable relieve como genuinas agresiones de los Estados del Norte en busca del control de golosas materias primas energéticas; guerras por el agua —en Turquía, Siria e Iraq, en Palestina, en el Asia central, en las cuencas del Mekong, del Ganges, del Brahmaputra y del Indo—; agudas tensiones entre chiíes y sunníes en el Oriente Próximo, con un ataque de Israel sobre Irán en la trastienda; los efectos de un activo cerco norteamericano sobre China, inmersa también ésta en conflictos agudos con la vecina Rusia; la multiplicación de las guerras civiles en el África subsahariana —la más grave en Nigeria—; ofensivas en toda regla de Estados Unidos en Venezuela y Ecuador, y, en suma, tensiones crecientes en el Ártico, con Rusia, Canadá y EEUU, de nuevo, como protagonistas principales. Por detrás, conocido es que arreciaron las disputas relativas a lo que se antojaba una desbocada proliferación nuclear, con amenazas serias como las radicadas en Alemania, las dos Coreas, Egipto, la India, Irán, Israel, Japón, Pakistán y Ucrania. Limitémonos a señalar que, además de las secuelas, de muy diverso orden, que conflictos tan dispares como los reseñados pudieron tener sobre España, ésta sirvió de plataforma para muchas de las operaciones militares de Estados Unidos y de la UE, con las bases de Zaragoza, Morón (Sevilla) y Rota (Cádiz) en lugar estelar. Agreguemos que el cierre norteamericano del estrecho de Gibraltar, en 2018, tuvo, claro, consecuencias negativas sobre la maltrecha economía española y alteró poderosamente muchas relaciones comerciales. La única intervención directa de España en el conflicto mundial asumió, aun así, en mayo de 2018, la forma del envío al Oriente Próximo, para colaborar con unidades militares alemanas, de una división que, sin que queden

claras las razones de la opción terminológica, se decidió etiquetar de *azul*.

Una de las consecuencias mayores de la guerra civil, y de la instauración del protectorado, fue que en España se aposentaron entre 2016 y 2024, y en bases situadas en Torrejón (Madrid), Zaragoza, Albacete, Morón (Sevilla) y Talavera la Real (Badajoz), unos 30.000 soldados de la OTAN. Es verdad, con todo, que durante la guerra mencionada, y como retórica protesta ante unos bombardeos de la OTAN que al cabo no dudó en apoyar, Motín había prometido someter a referendo la pertenencia a la Alianza Atlántica. El referendo se celebró en abril de 2019, en el buen entendido de que el presidente, quien al parecer había cambiado de opinión, decidió defender la permanencia en la OTAN, claro que con tres condiciones —plena desnuclearización militar del territorio, no incorporación a la estructura integrada de la Alianza Atlántica, retirada progresiva de los contingentes foráneos— que luego, sin embargo, no fueron respetadas. Por estrecho margen, y en un escenario en el que menudearon las acusaciones de empleo plebiscitario del referendo, las denuncias de irregularidades en el cómputo y el recordatorio de lo que significaban los altos niveles de abstención —la participación se emplazó en un escueto 21 por ciento—, la permanencia en la Alianza salió adelante, amparada bajo el lema "OTAN: de salida, no".

Por lo que se refiere a otro núcleo importante de las relaciones externas, la Unión Europea, lo primero que hay que reseñar es que hasta el último año del protectorado España se mantuvo formalmente dentro de aquélla. Durante la guerra civil, y sorprendentemente habida cuenta de la violación de normas elementales, nadie habló de expulsar a Madrid de la UE: sólo se produjo la expulsión —no fue, claro, ésta la palabra que se empleó para describir

lo ocurrido— diez años más tarde, en 2026, cuatro decenios después de la integración verificada en 1986. Hay que prestar atención, aun así, a lo que significaba el adverbio de modo, *formalmente*, que acabamos de emplear para describir el vínculo de España con la UE. El dato principal al respecto nos recuerda que, como es sabido, a partir de 2018 dentro de la Unión se había configurado un club de socios de primer rango del que formaban parte Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, Finlandia, Francia, Holanda, Luxemburgo y Suecia, más los países anexionados por el *Reich* alemán, con Inglaterra y Gales —el Reino Unido, con respetabilísimo criterio, había dejado la UE tras un referendo celebrado el propio año 2018— como Estados mal que bien asociados. Aunque en términos estrictos no habían abandonado la Unión, los demás miembros de largo aliento de ésta, y en singular las dictaduras griega, portuguesa y española, mantenían en realidad con Bruselas una liviana relación que siempre resultaba serlo, por añadidura, de sumisión y acatamiento. Tal era, con toda evidencia, el caso de España, y ello por mucho que el sempiterno ministro de Asuntos Exteriores de Motín, Á. Carromero, intentase convencer a la opinión pública de lo contrario. El mayor momento de gloria de Carromero se produjo acaso en 2022, cuando, tras ser retenido en Alemania de resultas de una infracción de tráfico, reprochó duramente a Berlín la explotación del petróleo que rodeaba al *land* canario del *Reich*.

Obligado es añadir que en los estertores del *motinado*, y en una huida hacia adelante que mucho tenía, de nuevo, de opereta, militares y civiles españoles asumieron algunas operaciones en el exterior, tan simbólicas como estériles. Financiadas por empresarios que se atribuían la representación del país, y alentadas casi siempre por grupos de extrema derecha a los que no faltaban vínculos

estrechos con las autoridades, primero se desplegaron en Gibraltar, el norte de Marruecos y algunas áreas de Portugal, para más adelante alcanzar espacios más alejados. En abril de 2025 se registró un intento fallido de recuperar el peñón de Gibraltar, de la mano de un esfuerzo, también fallido, encaminado a controlar el estrecho correspondiente y asentado en acciones militares en las proximidades de Tánger. En el verano los escenarios de efímeros desembarcos fueron las bereberizadas Ceuta y Melilla. El turno correspondió a Portugal en el otoño del mismo año, de la mano de una doble penetración que, por Ciudad Rodrigo (Salamanca) camino de Coimbra y de Lisboa, y por Badajoz hacia Évora y Setúbal, se saldó con una rápida retirada. En 2026 se produjeron desembarcos fugaces en Cuba y Puerto Rico, Guinea Ecuatorial —desde unos años antes se había registrado una activa presencia alemana en el país— y Filipinas, en este caso con una extensión a las islas de Os Guedes, Coroa, Pescadores y Ocea, que, situadas al nordeste de Nueva Guinea, y por error, no habían sido entregadas a EEUU de resultas del tratado suscrito en 1898. El ciclo de fantasmagóricas intervenciones en el exterior se cerró en 2028 —fuera ya, por tanto, del *motinado*— en las islas Malvinas. Curiosas empresas estas que parecían ignorar que si España tuvo algún momento de prosperidad, ese momento llegó cuando abandonó sus ínfulas coloniales o neocoloniales. Y es que el despliegue de esas operaciones militares contrastaba poderosamente con el hecho de que el país había vuelto a recibir, bien que modestamente, y como ya hemos señalado, ayuda al desarrollo procedente del exterior.

NOTAS

1. N. del T.: en castellano en el original.
2. N. del T.: en castellano en el original.
3. N. del T.: en castellano en el original. Salta a la vista que la explicación filológica de Joker es un puro dislate, cabe suponer que premeditado.
4. N. del T.: en español en el original.
5. N. del T.: frase de significado poco claro en el original inglés.
6. N. del T.: en castellano en el original.
7. N. del T.: en castellano en el original.

CAPÍTULO 5

EL COLAPSO: LA NUEVA EDAD DE LAS TINIEBLAS (2026-2033)

Aunque ya hemos señalado que la explicación más común para la caída de Motín, en septiembre de 2026, fue la que apuntaba la espectacular extensión de los casos de corrupción, a buen seguro que tuvo también su relieve al respecto la sentida desaparición, en ese mismo año, del Bwin y del Qatar Foundation, con la consiguiente pérdida del escaso prestigio internacional que al país le quedaba. Claro es que por detrás operaba un elemento más: la certificación de que España era manifiestamente incapaz de atender a la deuda, cuantiosa, que le restaba por pagar no pudo por menos que operar en descrédito de la ya de por sí deteriorada figura de un presidente que se aprestaba a celebrar sus "diez años de paz".

Ello era así pese a que la retórica abrazada por la UE sugería que el protectorado se cerraba para permitir que España siguiese libremente su camino, una vez resueltos —se decía— los problemas principales. Los hechos desmentían, y con rotundidad, semejante interpretación: España salió del protectorado porque, incapaz de pagar su deuda, apenas interesaba ya a nadie. Admitamos de buen grado, con todo,

que no es tarea sencilla la de distinguir la etapa del protectorado de la del colapso. Más allá del hecho de que el primero remató formalmente en 2026, lo suyo es recordar que en uno y otro escenario se prolongaron, a menudo con perfiles muy similares, muchos procesos. Es importante subrayar, aun así, que mientras en el protectorado siguieron operando, mal que bien, algunos de los elementos de la política al uso, a partir de 2026 las imposiciones de la naturaleza sellaron lo que al cabo puede entenderse que fue una singular *despolitización*. De resultas, si en el capítulo anterior nos hemos permitido ordenar nuestros conocimientos conforme a ámbitos convencionales como los vinculados con la política, la economía o las relaciones externas del país, en éste lo *natural* —los desastres naturales, entiéndase— se impone de tal manera que todos esos ámbitos pierden buena parte de su interés.

Vistas las cosas desde la atalaya de 2034 parece inevitable, por lo demás, apuntalar una conclusión: aunque el colapso descrito en este capítulo respondía en buena medida a dinámicas planetarias, era también la consecuencia de que, en España, no se habían asumido las medidas correctoras preceptivas. Recordemos que en los decenios anteriores, y en medio de la cháchara de los tertulianos, no habían ganado terreno las energías renovables, se había mantenido una apuesta indecorosa y acrítica por el crecimiento económico, ninguna medida seria se había arbitrado en el ámbito de la defensa del medio natural, habían faltado previsiones que permitiesen hacer frente al agotamiento de recursos básicos y parecía haberse entendido que el cambio climático no tenía mayor relieve. No sólo se trató, claro, de eso: pronto se hizo evidente que eran un genuino naufragio las políticas, aparentemente correctoras, que, a la desesperada, se arbitraron tras el final del protectorado en un marco de aceleración imprevista de muchos procesos. Cobraron cuerpo con

singular fuerza, por el contrario, mutaciones radicales en las relaciones humanas y sociales. Era inevitable, en particular, que el cambio climático acarrease transformaciones notabilísimas en lo que a aquéllas respecta. A menudo, y por añadidura, se alteró de forma drástica, de la mano de envidias y desprecios, la percepción que los habitantes de los diferentes espacios geográficos tenían los unos de los otros[1].

FOTO 7

VISTA GENERAL DE LA SEDE DEL GOBIERNO ESPAÑOL EN EL COMPLEJO DE EUROVEGAS (2027)

Reconozcamos, en suma, que aún hoy no están convincentemente resueltos los problemas que atañen a la determinación del momento preciso —si es que de tal cosa puede hablarse— del colapso, que antes resultó ser un proceso que eso: un momento. Su señal mayor fue un deterioro progresivo, que hundía sus raíces en la etapa anterior, de todos los indicadores de bienestar, no sin que faltasen coyunturas, cada vez más breves y menos relevantes, de aparente recuperación. Aunque en todo momento siguieron haciéndose escuchar voces que contra toda razón rebajaban la gravedad

de lo que estaba ocurriendo —a veces amparadas en la ausencia de estadísticas fiables— o, en su defecto, negaban el origen humano de muchos de los delicadísimos cambios que se estaban registrando, lo más común fue que en los debates públicos se lamentasen, sin más, las muchas oportunidades perdidas en un pasado que, al amparo de un enorme pesimismo, se contemplaba con ojos incrédulos. Lo que con mayor frecuencia se abrió camino como explicación de lo que estaba ocurriendo, por una vez con dosis importantísimas de cordura, fue la idea de que la hondura y la prontitud del colapso mucho le debían a unas políticas, las neoliberales de recorte del gasto social y multiplicación de los beneficios privados, que habían fortalecido, como ya sabemos, profundas desigualdades (véase cuadro 18). A ello se sumó la conclusión, cada vez más extendida, que afirmaba que lo suyo hubiera sido negarse a pagar el grueso de una deuda que había operado como un cáncer en el exangüe cuerpo español.

CUADRO 18

DIFERENCIAS ENTRE LA RIQUEZA DEL 20% MEJOR SITUADO Y DEL 20% PEOR EMPLAZADO DE LA POBLACIÓN

AÑO	DIFERENCIAS
2004	5,2/1
2011	7,5/1
2016	9,3/1
2022	11,1/1
2026	11,4/1
2030	16,3/1

Una de las discusiones que al respecto, y allá por 2030, tuvo cierto eco fue la que, con franca vocación de nostalgia, rescató las opiniones vertidas en 2008 en un libro de un

ensayista ruso-norteamericano, Dmitry Orlov, quien había vaticinado, con tino, que EEUU seguiría un camino de colapso similar al que había padecido la Unión Soviética en sus años postreros. Hubo quien, al calor de los argumentos de Orlov, subrayó que en sus estertores la mentada Unión Soviética había disfrutado, sin embargo, de algunos mecanismos de mitigamiento de las tensiones —prestaciones básicas en vivienda y transporte; escasa movilidad de la población; bienes más sólidos; general austeridad, aunque no fuese voluntaria; cultura no vinculada estrecha y abusivamente con el consumo; desdén por los artículos suntuarios; menor ascendiente de la televisión, en provecho de un sistema educativo con mayores miras— que, acaso propios de las sociedades tradicionales y a menudo vinculados con la solidaridad, estaban ausentes, en cambio, en las economías de mercado capitalistas.

UN ESTADO FALLIDO

Aun con lo que hemos dicho, conviene prestar alguna atención al escenario político que se asentó a partir de 2026. Bien podemos intuir qué es lo que rezaba, impertérrito, el discurso oficial que emitía con singular insistencia el nuevo y anodino presidente, Felipe Petén, cabeza de lista de la coalición PPTE-PPTSE —obtuvo en conjunto un 86 por ciento de los votos, con niveles de participación no hechos públicos— en las elecciones de marzo de 2027: no pasaba nada grave y los problemas, coyunturales, quedarían pronto atrás. El discurso que nos ocupa permanecía aferrado a una explicación cíclica de los hechos que obligaba a concluir que antes o después la prosperidad retornaría. Era, en sustancia, el mismo mensaje mil veces repetido desde los tiempos de Rodríguez Zapatero y Rajoy hasta los de Motín.

En un entorno en el que, como durante el *motinado*, la discusión sobre la monarquía no reapareció, lo que al cabo se asentó —valga la paradoja— fue un auténtico Estado fallido, completamente incapaz de lidiar con la creciente complejidad y vulnerabilidad de muchas estructuras. Fallos incorregibles, averías pasajeras y ataques de muy diverso cariz afectaron en numerosas ocasiones al suministro eléctrico y de agua, a las telecomunicaciones, a los transportes, a los centros sanitarios, al sistema financiero, a la defensa y, naturalmente, a la Red. La desmesurada confianza volcada en la tecnología en los dos decenios anteriores pasaba ahora —parece— factura. Se habían registrado, por lo demás, menos avances de los previstos en materia de genética, nanotecnología y robótica, y se habían revelado, por el contrario, muchos de los riesgos acompañantes en la forma de incipientes fallas, y proliferación de basura, en lo que se refiere a la citada nanotecnología, a los eventuales usos por grupos paramilitares y terroristas, y a las dificultades de detección. En su defecto, los progresos realizados estaban al alcance de una escueta y privilegiada minoría.

El Estado no era en realidad otra cosa que una maquinaria represora orientada a amedrentar a la mayoría de la población. Al respecto el gasto militar siguió creciendo, financiado a partes iguales por las clases pudientes y por la ayuda exterior, fundamentalmente de una OTAN a la que preocupaba la inestabilidad del país. La justificación de un gasto militar tan alto —según una estimación, controvertida, alcanzó un 16 por ciento del PIB en 2031— no era ya, siquiera en la retórica oficial, la defensa del país frente a una eventual agresión foránea, sino la protección de los islotes en los que, con problemas que empezaban a ser relevantes, radicaban las instituciones y las capas adineradas de la población, protegidas unas y otras policial y militarmente. La seguridad era entonces un privilegio para unos pocos, mientras la zozobra

más extrema se reservaba para los demás. En los islotes operaban, por añadidura, numerosos grupos paramilitares que campaban por sus respetos. Un termómetro adecuado de lo que ocurría lo aportó, en 2032, la inopinada amenaza de uso de armas químicas y biológicas por algunos de los señores de los islotes, y no por grupos terroristas, como anunciaban todos los pronósticos. No faltó quien intentó justificar a la desesperada la existencia de los reductos en cuestión de la mano de argumentos —pronto demostraron ser ficticios— como los que se emplearon en EEUU, a principios del siglo XXI, para defender las llamadas *green metropolis*.

Era difícil identificar, en fin, algo que oliese a un *gobierno central* merecedor de tal nombre. Los sucesivos intentos de preservar represivamente estructuras hipercentralizadas se saldaron con sonoros fracasos en un escenario en el que ganaron terreno, en cambio, lo que se antojaban militarizados reinos de taifas. A duras penas sorprenderá que con estos antecedentes fuese recibida en Bruselas con risas y estupor, en 2029, una solicitud española de reincorporación a la UE. Tampoco provocará mayor sorpresa el recordatorio de que el centenario de la segunda república, ninguneado por las autoridades, pasó por completo inadvertido.

LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD DEL COLAPSO

En la era del colapso no hay ningún dato saludable que rescatar de entre cuantos relatan la condición de la economía española, que como al poco se verá arrastró en la mayoría de los terrenos los mismos problemas que la habían marcado durante el *motinado*. Digamos, antes que nada, que la demografía completó el curso que se había iniciado en el decenio de 2010. Al margen de los movimientos internos de población que sopesaremos más adelante, se produjo

una reducción general de ésta detrás de la cual se adivinaban procesos varios: el retroceso en la natalidad, el aumento de la mortalidad infantil y senil, y, claro, la emigración de un buen número de españoles que buscaban economías más prósperas para trabajar, y propongamos dos ejemplos entre muchos, en los servicios de seguridad de los ricos o en ejércitos mercenarios.

La economía se contrajo: mientras el crecimiento siguió siendo negativo, la desindustrialización ganaba terreno y medio desaparecía el comercio. En realidad ya no había siquiera consumidores, reemplazados por meros demandantes de servicios de caridad. Los últimos restos de la clase media —si es que de tal podía hablarse— se diluyeron allá por 2030, no sin ser objeto de afamados reportajes en la prensa internacional. Para completar este tétrico panorama, acaso no es preciso agregar que la especulación y la financiarización no remitieron mientras, por otra parte, el *mercado negro* ampliaba sus capacidades de control. Si, en términos del Índice de Desarrollo Humano, España había perdido claramente terreno en los decenios anteriores, fácil es concluir que el proceso en modo alguno encontró freno después de 2026 (véase cuadro 19).

CUADRO 19

ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO
(PUESTO CORRESPONDIENTE A ESPAÑA)

AÑO	ÍNDICE DE DESARROLLO HUMANO (PUESTO CORRESPONDIENTE A ESPAÑA)
2011	0,878 (23)
2015	0,835 (27)
2019	0,809 (31)
2023	0,793 (35)
2027	0,762 (38)

El país padeció —no podía ser de otra manera— las consecuencias del agotamiento planetario de materias primas vitales, y no sólo las energéticas. Téngase presente que la etapa 2013-2030 se saldó con la quiebra de los mercados de diamantes, antimonio, cromo, estroncio, estaño, cinc, plata, plomo y oro. Claro es que los efectos más dramáticos —nos interesarán inmediatamente— fueron los generados por el progresivo agotamiento de las materias primas energéticas, con el petróleo en cabeza. Como quiera que la energía que permitía sustituir la fuerza literal y directa del trabajo humano empezaba a faltar, hizo su reaparición esa fuerza en virtud de un proceso que algunos expertos entendieron suponía un retorno a las reglas propias del siglo XVIII. Los ricos controlaban, por lo demás, las fuentes de energía —y el agua—, de tal suerte que eran los únicos que podían desplazarse, bien que con problemas crecientes. A menudo se servían de sus propiedades en el exterior, a las que acudían con frecuencia.

El resto de la población veía sus movimientos restringidos, en cambio, a los espacios más próximos. Estamos hablando de un gigantesco grupo humano en el que el paro, condición abrumadoramente mayoritaria, obligaba a la búsqueda desesperada de algún hueco en los islotes pudientes (o, como veremos, en las *icarias*). En semejante escenario no puede sorprender que se abriesen camino —ya lo hemos señalado— formas de explotación extrema que a muchos recordaron la esclavitud de antaño, al amparo de lo que unas veces eran salarios infames y otras, sin más, el pago en forma de comida. Con la sanidad y la educación públicas en quiebra, los únicos parches los proporcionaban las redes asistenciales de organizaciones sociales y religiosas, no precisamente sobradas de recursos, y las aportaciones, tampoco exultantes, de organizaciones no gubernamentales extranjeras. En este caso el retorno lo era más bien al XIX que al XVIII.

Muchos de los problemas que acabamos de reseñar se revelaban con singular entidad en las ciudades, convertidas en los mayores contenedores de pobreza. Fue frecuente que en estos años se recuperasen viejas lecturas de C. Dickens y de É. Zola para acercarse a las realidades que se palpaban en la vida cotidiana. La crisis de las ciudades mucho tenía que ver, también, con la desindustrialización, un proceso que, por lógica, restaba fortaleza a aquéllas. Como ya hemos señalado, y por otra parte, la economía informal se extendió, y con ella lo hizo la figura de los vendedores callejeros, casi siempre mujeres y niños que aportaron imágenes que recordaban poderosamente a las que durante mucho tiempo se habían asociado con la India o Nigeria. La realidad era, por lo demás, evidente, de tal manera que no había manera de camuflarla de la mano de estadísticas que no sólo aspiraban, ahora sí, a falsearla abruptamente: apuntaban de forma directa a una demonización de las víctimas, que conforme a esta percepción no habían querido prosperar…

Las cosas como fueren, se verificó un crecimiento imparable de los suburbios, y una reaparición de las chabolas, en ciudades grandes y medias. Obligada a residir en barrios masificados, con construcciones a menudo muy frágiles y caóticas, buena parte de la población, que a duras penas podía hacer frente al precio, disparado, de los alimentos, carecía de agua corriente y de electricidad. La calefacción y el aire acondicionado empezaron a ser una rareza en un escenario en el que, por añadidura, los coches y los frigoríficos dejaron de estar al alcance de la mayoría. No sucedió lo mismo, bien es cierto, con las televisiones y con determinadas manifestaciones de la Red: la presencia de unas y otras fue sin duda estimulada por las autoridades, conscientes del efecto que tenían en forma de aplacamiento de ánimos y resistencias. Al fin y al cabo, y en palabras de P. Nougé, "la mentira deja de ser mentira en cuanto triunfa". Como quiera

que no había dinero para adquirir automóviles nuevos, pero la cultura del coche pervivía incólume, el tráfico, marcado por la presencia de vehículos cada vez más viejos y deteriorados, alcanzó niveles inauditos, cairotas, de caos. Hasta donde ello era posible, en fin, sólo en los islotes se desplegaban medidas encaminadas a contrarrestar la contaminación. De hecho, una de las señales de que el colapso alcanzó a los propios islotes fue que los servicios militares y policiales, públicos y privados, que los protegían pasaron a absorber el grueso de la energía a disposición de aquéllos, con lo que las restricciones, y la penuria consiguiente, alcanzaron también a los poderosos.

Como ya hemos señalado, los servicios sociales entraron en una fase de absoluta degradación, particularmente perceptible en el terreno de la sanidad, en el que se registró una masiva emigración de médicos (véase cuadro 20).

CUADRO 20

NÚMERO DE MÉDICOS COLEGIADOS

AÑO	MÉDICOS COLEGIADOS
2005	199.000
2010	223.000
2015	216.000
2020	201.000
2025	168.000
2030	148.000

Los resultados fueron pronto visibles en materia de malnutrición infantil, infecciones de carácter diverso y, en suma, reaparición de enfermedades que se creían desterradas, acompañada esta última de la manifestación de otras desconocidas en el espacio ibérico, como era el caso de algunas tropicales. Pero no fueron menores las secuelas en el ámbito de la educación y de la cultura. Si la escolarización

obligatoria empezó a ser un recuerdo del pasado y el analfabetismo, aunque marginalmente, reapareció, sólo los centros privados, en todos los niveles de la vida educativa, conservaron capacidades ciertas. Buena parte de la población a duras penas leía y escribía en un escenario en el que los libros se antojaban reliquias propias de las generaciones anteriores (véase cuadro 21) y en el que se imponía, ante todo a través de la omnipresente televisión, una cultura enlatada e hipercontrolada, chabacana y atontadora, aniquiladora de los pocos restos de vida social genuina que aún perduraban. Al respecto no fue menor el papel asignado a los teléfonos móviles. Importa subrayar que la presencia de éstos no remitió, antes al contrario, con el hundimiento general del país, en lo que se antojaba un dato más que acercaba a éste a lo común en el Tercer Mundo de siempre. Cierto es que el empleo de los móviles reculó drásticamente cuando en 2028 se produjo una grave crisis por el agotamiento planetario del coltán; los esfuerzos orientados a reciclar los viejos teléfonos se saldaron con problemas ingentes. Cosas de la caducidad programada…

CUADRO 21

NÚMERO DE LIBROS EDITADOS

AÑO	LIBROS EDITADOS
2012	88.300
2016	77.500
2020	63.300
2024	51.200
2028	39.700
2032	27.100

Para cerrar nuestra descripción recordemos que la violencia callejera se extendió al tiempo que lo hacía el consumo

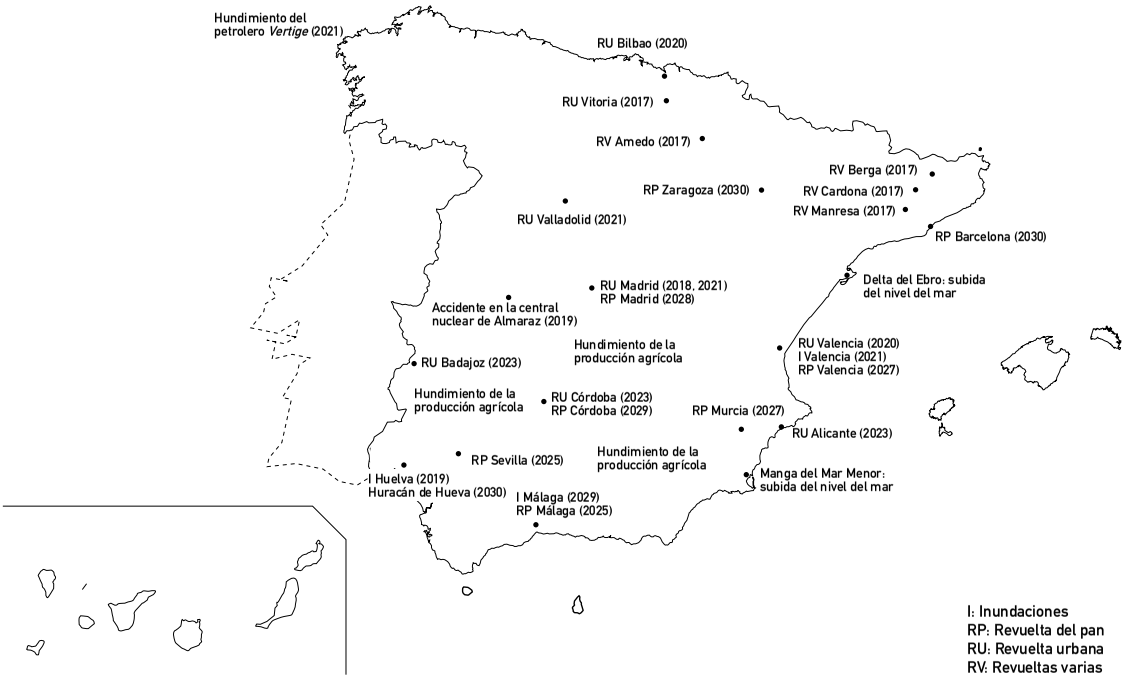
de alcohol y de drogas. Al efecto, y cuando había de por medio eventos importantes como congresos, visitas de jefes de Estado o competiciones deportivas, era común se practicasen periódicas operaciones de limpieza. Singularmente ambiciosas fueron las verificadas al amparo de los sorprendentes juegos olímpicos de Madrid en 2028. Ni que decir tiene que los recintos cerrados, e hiperprotegidos, de los privilegiados quedaban mal que bien al margen de la violencia que ahora nos ocupa. Toda la estructura del Estado se encargaba de ello, y al respecto no era un instrumento menor una abrupta manipulación de la realidad que dibujaba lo que, según la propuesta oficial, seguía siendo un modelo lleno de virtudes.

LA CARESTÍA DE LOS ALIMENTOS

Si el fenómeno ya había asomado la cabeza en los años del *motinado*, su presencia obstinada se hizo evidente a partir de 2026: los precios de los alimentos subieron espectacularmente de resultas de una escasez que hundía sus raíces en dos factores diferentes. Mientras el primero daba cuenta de problemas graves que afectaban al planeta entero —inmediatamente les prestaremos atención singularizada—, el segundo remitía al debilitamiento de la producción interior, consecuencia en buena medida, cierto es, del cambio climático. Estos dos factores se dieron cita para explicar la multiplicación de las *revueltas del pan* —no hablamos ahora de los disturbios que nos atrajeron en el capítulo anterior— que acogieron las ciudades españolas: Sevilla y Málaga, con carácter pionero, en 2025, durante el *motinado*; Valencia y Murcia en 2027; Madrid en 2028; Málaga de nuevo y Córdoba en 2029, y Zaragoza y Barcelona en 2030, para cerrar una lista que luego se expandió notablemente (véase mapa 7).

MAPA 7

TENSIONES SOCIALES Y ECOLÓGICAS EN ESPAÑA (2017-2030)



Empecemos con una glosa de los datos fundamentales relativos a la segunda dimensión explicatoria, la interna, de la carestía de los alimentos. En virtud de un proceso en el que despuntaron, por encima de todo, las huellas de la desaparición de la agricultura tradicional, de la extensión del monocultivo y de la pérdida de biodiversidad, el descenso de las precipitaciones en buena parte de la península, y con él la desertificación, ganó terreno rápidamente. Se sumó, si así se quiere, a las secuelas de una pésima gestión de los suelos. El pastoreo extensivo había acabado en muchos lugares con la cubierta vegetal. En general, las estrategias de explotación acrecentaron la vulnerabilidad de las tierras ante las erosiones provocadas por el agua y por el viento. Otro tanto cabía decir de la deforestación —en la estela del presidente norteamericano G. Bush hijo, el ministro de Agricultura, M. Arias Cañete, la había defendido como alternativa frente a los incendios forestales—, que modificó en muchos casos la composición de los suelos y facilitó su empobrecimiento. La irrigación excesiva y las deficiencias en el drenaje acentuaron la acidificación y la salinización de suelos que al cabo perdieron toda utilidad. Para que nada faltase, en fin, se hicieron valer los efectos negativos del empleo de abonos químicos y pesticidas. Muchos acuíferos desaparecieron mientras arreciaban, en algunos lugares, frecuentes tormentas de arena que, más allá de terminar con superficies agrícolas y ganaderas de larga tradición, dificultaban las comunicaciones. Desaparecieron también enormes superficies de bosque en un escenario lastrado, en los veranos, por los recién mencionados, y frecuentes, incendios, saldados en la emisión de cantidades importantes de dióxido de carbono, con un general agravamiento del cambio climático. De resultas, en fin, de la interrupción de la fotosíntesis, consecuencia a su vez del calor y de las sequías, cada vez resultaron ser más numerosas las plantas y los árboles —en particular, y en

lo que a éstos se refiere, los pinos y los robles— que vieron cómo su crecimiento se reducía.

Al hecho de que buena parte del campo español fuese abandonado por efecto de la desertificación se sumó la conversión de muchas tierras agrícolas en espacios urbanizados o urbanizables. Las ciudades absorbían cantidades crecientes de agua mientras los acuíferos se agotaban y la superficie irrigada se reducía. No corrieron mejor suerte los caladeros de pesca, sometidos a irracionales esquilmamientos que provocaron migraciones masivas de peces hacia otros espacios. Varias novelas de éxito procedieron a retratar la aventurera vida de los piratas españoles que, muchos de ellos formados en Somalia, acosaban a los pesqueros extranjeros en aguas del Atlántico y del Mediterráneo. Para cerrar el ciclo de desastres, se registraron también renovados ataques contra la biodiversidad, de tal suerte que muchas especies animales y vegetales siguieron un rápido proceso de extinción. Con semejante panorama se diluyó en la nada la discusión sobre las especies amenazadas: no tenía ya mayor sentido hablar de osos o linces ibéricos.

FOTO 8

VISTA DE LA VEGA DE GRANADA (2031)

Mientras la producción española, lastrada por las políticas impuestas por la UE en los decenios anteriores, en modo alguno podía satisfacer la demanda, el país carecía de recursos para comprar en el exterior los alimentos necesarios. Tampoco estaba en condiciones de adquirir tierras, como lo hacían algunas potencias, por el mundo adelante (siempre con franco deterioro de la condición de los países afectados, víctimas de desalojos, desplazamientos forzosos, violencias sin cuento y, al cabo, hambrunas). En realidad, a partir de 2030 los intentos de comprar terreno en el exterior resultaron infructuosos, no sólo por la pobreza española, sino, antes bien, porque las únicas ofertas atractivas en términos agrícolas y ganaderos estaban al norte, en las islas Británicas o en Escandinavia, y eran extremadamente caras. El único consuelo en este pasillo de puertas cerradas lo aportaban las magras ayudas alimentarias que la UE, que se negó a modificar las reglas de la Política Agrícola Común, concedía a España y Portugal. En semejantes condiciones dejó de hablarse por completo de la posibilidad de acumular reservas para hacer frente a alguna contingencia extrema.

Vayamos ahora a por la primera de las explicaciones que hemos manejado, esto es, la que da cuenta de cambios importantes que afectaron a la agricultura, la ganadería y la pesca en todo el planeta. Recordemos al respecto que los muy relativos incrementos en la producción agrícola y ganadera verificados en el Norte del globo a duras penas compensaban las pérdidas, mucho más onerosas, en el Sur. Por no hablar, claro, de la situación de muchos de los países situados en el trópico, dejados literalmente *de la mano de Dios*[2]. Mientras, por otra parte, muchos de los países productores reducían el volumen de sus exportaciones —durante decenios habían asignado, no se olvide, superficies importantes a los agrocombustibles—, se acrecentaba la demanda de las economías

otrora llamadas emergentes, y ante todo la de China y la India. Un buen indicador de lo que sucedía lo aportó el hecho de que, a medida que los años iban pasando, en el conjunto del planeta se reducían las reservas de alimentos: si éstas permitían alimentar a la población planetaria —o a buena parte de ella— durante 180 días en 1997, la cifra se redujo a 57 en 2007, a 45 en 2017 y a 33 en 2027 (el mismo año en que un tenista inglés, G. K. Chesterton, volvió a ganar el torneo de Wimbledon).

Los problemas no acababan, con todo, ahí. En el decenio de 2020 prosiguieron las agresiones en toda regla contra la soberanía alimentaria. El control ejercido por las empresas transnacionales encareció los costos de producción, propició a la larga el abandono de las inversiones y, de la mano de la introducción de transgénicos, pesticidas y fertilizantes, acabó por generar dependencias insorteables y deudas impagables. El control en cuestión se vio acompañado de operaciones especulativas —genuinas burbujas alimentarias— asestadas con la visible connivencia de los gobiernos. También tuvieron su efecto negativo, claro, el encarecimiento del petróleo —redujo las posibilidades de congelación de productos y abastecimiento de *grandes superficies*— y el precario mantenimiento de muchas de las infraestructuras de transporte. Resultaba extremadamente difícil, en fin, sustituir de forma eficiente el esquema previo, caracterizado por la presencia de gigantescas redes de distribución y comercialización que importaban artículos de países lejanos y que, repentinamente, tenían que hacer frente a costos inabordables.

Como cabe suponer, la mayoría de esos problemas no afectó, o lo hizo de forma colateral, a la rica y variada gastronomía que siguió revelándose en los islotes. Si hay que guiarse por lo que en éstos ocurría, el Norte opulento se negaba a asumir medida alguna de autocontención, mientras

las incipientes y dubitativas clases medias china e india aspiraban a emular su privilegiada condición, y en particular la relativa al elevado consumo de carne y de productos lácteos. Téngase presente al respecto que la carne y los productos ganaderos que consumían las capas ricas de la población, en España como fuera de ella, reclamaban cantidades ingentes de recursos por unidad producida. Eran necesarios nada menos que 15.500 litros de agua, por ejemplo, para producir un kilo de carne de vaca.

NUEVAS ENFERMEDADES Y CONTAMINACIÓN

Los años del colapso se vieron marcados por la reaparición y extensión de numerosas enfermedades. A ello coadyuvaron elementos tan dispares como el cambio climático y la alteración consiguiente de los equilibrios ecológicos, la contaminación, algunas consecuencias indeseables de la expansión de los organismos genéticamente modificados y, naturalmente, la quiebra general del sistema público de salud.

Mencionemos que se produjo, antes que nada, una auténtica explosión de microbios resistentes a los antibióticos. Al tiempo, hicieron acto de presencia, aunque residual, algunas enfermedades tropicales, como es el caso del dengue y la malaria. Esta última experimentó un rebrote espectacular en todo el planeta, toda vez que el parásito que la transmitía se mostró muy resistente ante los fármacos administrados. Como quiera que la manera más adecuada de contrarrestar la malaria era mejorar las condiciones de vida de la población y que ello, por desgracia, no estaba en el guión de las políticas oficiales, el escenario fue claramente propicio para la extensión de la enfermedad. Mientras las epidemias se multiplicaban, la tasa de mortalidad infantil

subió, aumentó el número de muertes por infecciones y se hicieron valer los efectos del consumo de drogas —a menudo introducidas, se decía, por las autoridades— y alcohol, de la violencia y de la malnutrición, con el agregado, esperable, de farmacias comúnmente desprovistas —excepto en los islotes— y medicamentos carísimos.

La más inquietante de las noticias en el terreno que nos ocupa fue la relativa, en el otoño de 2031, a una nueva epidemia de gripe aviar originaria de Asia, con rasgos en cierto sentido similares a los de la llamada *gripe española* registrada en 1918 (pese al nombre, esta última pareció tener su origen en Estados Unidos). Con brotes registrados de manera aparentemente caótica, sin pautas espaciales y temporales claras, la llegada de la epidemia al país, bien que con relieve limitado, puso en evidencia la nula previsión de las autoridades, incapaces de aprestar las vacunas necesarias. Como cabía esperar, las pocas vacunas disponibles quedaron reservadas a quienes podían pagarlas, y ello aunque, claro, el panorama no resultó ser tan trágico como el que se revelaba en amplias áreas de China, de la India y del África subsahariana. A decir verdad, antes que de los efectos estrictos de la epidemia en España había que hablar de la presión que ejercieron en Andalucía —y en Canarias— gentes que pretendían huir de la enfermedad. A diferencia de lo ocurrido en 1918, los medios de comunicación multiplicaron la alarma y ello pese a la censura a la que, al poco, se vieron sometidos. Al tiempo que el absentismo laboral ganaba terreno, también lo hicieron grupos privados encargados de resolver a su aire el problema, lejos del control de las autoridades, con ataques dirigidos ante todo contra árabes y musulmanes, presuntos portadores de la gripe. A mediados de 2032 habían remitido sensiblemente, con todo, las noticias sobre la epidemia que nos ocupa.

Lo de la extensión de las enfermedades guardaba a menudo una relación obvia con el progreso paralelo —ya lo hemos sugerido— de la contaminación. Cierto es que la recesión hizo que en muchos lugares esta última remitiese. Pero la herencia era muy pesada, las tecnologías mitigadoras muy débiles y las leyes restrictoras poco eficientes. Así las cosas, se revelaron graves problemas en el tratamiento de los residuos, no fue más venturoso el efecto del empleo intensivo de fertilizantes y pesticidas, y otro tanto cabe decir del uso de productos químicos muy dañinos para la salud. Se habló al respecto de incrementos sensibles en el número de cánceres —en particular los de pulmón, hígado y estómago—, en el de las malformaciones en el nacimiento y en el del párkinson, acompañados de alteraciones graves en los ritmos biológicos, con un significativo adelantamiento, en particular, de la pubertad en las niñas. Para que nada faltase, España acogió —en varias localidades, de nombre no revelado, de las dos Castillas— varios almacenes de residuos tóxicos generados en la UE. La mayor contaminación algo le debía también al concurso de energías cada vez más sucias y menos rentables, y a una recuperación general, y efímera, toda vez que los yacimientos habían sido sobreexplotados, del carbón en detrimento del petróleo y del gas natural.

EL CAMBIO CLIMÁTICO PEGA FUERTE

Salta a la vista —lo hemos señalado ya en más de una ocasión— que muchos de los problemas hasta aquí mencionados eran consecuencia de dos grandes procesos: el cambio climático y el encarecimiento de las materias primas energéticas. Prestemos ahora atención singularizada al primero de ellos.

Aunque muchos de los defensores del sistema criticaron agriamente a los científicos que avisaban de los efectos del cambio climático, consideradas las cosas en perspectiva la abrumadora mayoría de esos científicos asumió un enfoque extremadamente cauteloso y prudente, que demostró ir, infelizmente, por detrás de la realidad. Frente a lo previsto, las emisiones de gases de invernadero alcanzaron en 2030 un nivel emplazado un 50 por ciento por encima del de 1990, de la mano de un proceso visiblemente fuera de control que no era sino una consecuencia del fracaso de las sucesivas conferencias que se habían propuesto reducir sensiblemente aquéllas. De resultas, y en paralelo, en el mismo año 2030 la temperatura del planeta había subido 2,5 grados con respecto a los niveles de 1990. Se había perdido la oportunidad, allá por 2010, y ante todo al calor de la fracasada cumbre de Copenhague, de afrontar los cambios que hubiesen permitido evitar que la subida térmica no excediese los dos grados centígrados. Una estimación de aquel momento sugería, por cierto, que para ello hubiesen bastado 240.000 millones de dólares, esto es, el 0,4 por ciento del PIB mundial. El efecto final derivado de no haber alcanzado ese objetivo fue, claro, un incremento muy superior en las pérdidas operadas en esa magnitud. Tampoco se había prestado atención, en suma, a las voces que señalaban que el tránsito de los combustibles fósiles a otras fuentes de energía podía ser relativamente fácil y no estaba llamado a reclamar recursos superiores a un 1-2 por ciento del PIB mundial. Los cambios registrados fueron, de cualquier modo, más intensos y rápidos de lo previsto. Si bien es verdad que, en lo que se refiere a lo que en su momento se llamó *economías emergentes*, castigaron en particular a China, la India y Brasil, mientras aparentemente beneficiaban a regiones emplazadas en el norte del planeta, como es el caso de buena parte de Rusia, Canadá, las islas Británicas y Escandinavia, la mutación fue tan brusca que ni

siquiera en estos últimos escenarios las consecuencias fueron manifiestamente saludables.

Examinemos con mayor detalle lo ocurrido en la península Ibérica, a partir de 2026, merced al cambio climático. El primero y principal de los efectos, ya mencionado en el capítulo anterior, estribó en una subida de las temperaturas que, como es fácil intuir, se cebó en la mitad meridional de la península y en sus costas mediterráneas. Cada vez resultaron ser más amplias las áreas en las cuales la temperatura sobrepasaba los treinta grados centígrados durante más de treinta días seguidos, y otro tanto sucedía con las temperaturas mínimas nocturnas emplazadas por encima de los veinte grados. Con este panorama, en muchos lugares el aire acondicionado dejó de ser una opción, habida cuenta de los problemas de suministro derivados de la combinación entre una mayor demanda de electricidad y la sequía que vaciaba los complejos hidroeléctricos. En los veranos —varios de ellos, como los de 2029 y 2031, lo fueron de calor insoportable— creció notablemente, en particular, el número de ancianos fallecidos en el sur y en el interior de la península. Un tertuliano de la cadena CAPE adujo, bien es cierto, que muchos ancianos se morían para perjudicar al gobierno. Sabemos, por lo demás, que la desertificación se aceleró y que también lo hizo la deforestación.

Ya hemos hecho referencia, por otra parte, a que las circunstancias fueron distintas en el norte peninsular. Recordemos al respecto que el deshielo progresivo del Ártico —en donde las temperaturas subieron algo más que la media mundial— provocó la paulatina remisión de la corriente del Golfo, con lo cual en Galicia y en la cornisa Cantábrica las temperaturas se mantuvieron más o menos estables. Esto no significa en modo alguno que el escenario fuese benigno: aunque hubo algunos ejemplos de

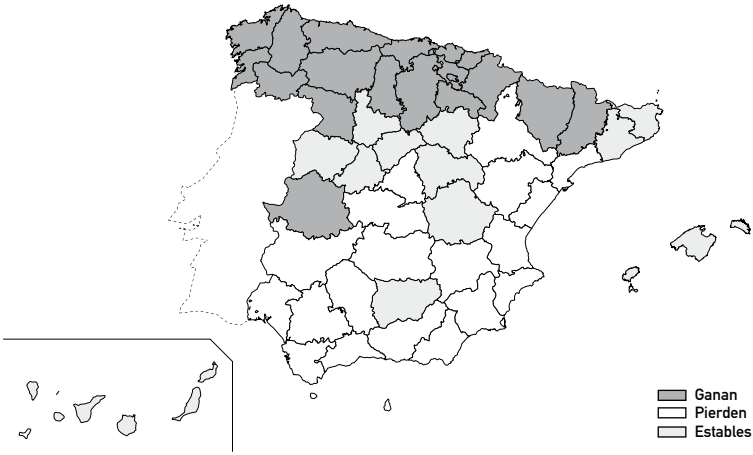
cosechas mejores, también aquí las mutaciones operadas, que se contrarrestaban entre sí —subida general derivada del cambio climático, bajada por efecto de la remisión de la corriente del Golfo—, fueron demasiado rápidas y rompieron a menudo delicados equilibrios. No sólo eso: alimentaron con alguna fuerza la intuición, muy extendida, de que en unos decenios el cambio climático, que inicialmente fue mayoritariamente un proceso de calentamiento global, bien podía trocarse en un enfriamiento generalizado.

Se vio afectado, en segundo lugar, el régimen de precipitaciones. El descenso de éstas acabó, como sabemos, con muchos espacios de pastoreo y provocó una mengua en la cabaña ganadera, con reducciones significativas en la producción de carne y leche. Castigó también, y notablemente, a la producción agrícola. Fueron desapareciendo progresivamente, en fin, numerosas especies en ríos y lagos. El agua corriente dejó de fluir en algunos lugares, en tanto en otros el suministro se vio sometido a restricciones. La reducción del volumen de agua disponible tuvo consecuencias varias, todas ellas muy delicadas, en materia de desnutrición, carestía de precios, higiene, epidemias, contaminación y desplazamiento de poblaciones. La necesidad de emplear con mayor intensidad las desaladoras abocó, por otra parte, en un incremento de la contaminación. Y es que en el ámbito que ahora nos ocupa no hubo ninguna noticia saludable. Mientras el volumen de agua que surgía de las cordilleras —Pirineos, Cantábrica, Moncayo, Gredos, Sierra Nevada— era mucho menor, incluido el norte del país, con una desaparición de los bosques que dificultaba la retención de los recursos correspondientes, en el sur las sequías prolongadas hicieron sentir sus efectos. Si bien es cierto que golpearon en singular a muchas zonas otrora productoras de cereales, no dejaron de lado las ciudades. En muchas de estas últimas

situadas en las áreas costeras el agua escaseaba durante una parte significativa del año. Y eso que no faltaron ni las lluvias torrenciales ocasionales ni los *huracanes*, que castigaron en singular las costas sudoccidentales de la península. Uno de ellos, en septiembre de 2030, tuvo secuelas particularmente graves en Huelva y comarca. Hubo quien recordó, al respecto, el carácter premonitorio de una tormenta tropical que alcanzó también esa región en 2005. El huracán de 2030 se vio medio oscurecido, no obstante, por las consecuencias del terremoto casi coetáneo que con alguna inexactitud se identifica con el nombre de la ciudad de Lisboa, de efectos perceptibles, aunque contenidos, en toda la mitad occidental de la península Ibérica.

MAPA 8

GANACIAS Y PÉRDIDAS DE POBLACIÓN POR PROVINCIAS (2026-2032)



Menos graves fueron las señales de un tercer fenómeno que tuvo efectos muy delicados en otros lugares del planeta: es sabido que el rápido deshielo de los dos polos se tradujo en una subida general del nivel del mar, que en

el caso de la península Ibérica sólo dejó huellas moderadamente relevantes en el delta del Ebro y en la ya de por sí castigada, desde mucho tiempo atrás, Manga del Mar Menor. Pendían, sin embargo, para el futuro amenazas sobre ciudades como Barcelona, Málaga, Palma de Mallorca y Valencia. No se olvide al respecto que hace seis millones de años el Mediterráneo había desaparecido en un período de tiempo relativamente breve, de sólo dos milenios…

Mencionemos, en cuarto lugar, importantes desplazamientos de población que se ajustaron a dos patrones (véase mapa 8). El primero de ellos remitía a movimientos internos hacia el norte, la montaña y el campo, y ello aunque todavía hubiese gentes que, a la desesperada, buscaban un acomodo en los espacios urbanos. En términos generales el sur y la costa mediterránea perdían población, y otro tanto sucedía con las grandes ciudades, mientras la ganaban la cornisa Cantábrica y las estribaciones meridionales del Pirineo y de la propia cordillera Cantábrica. Un buen termómetro del nuevo estado de cosas lo aportaron los proyectos que vieron la luz en 2031, orientados a trasladar la capital más al norte; se barajaron, sin que se adoptase ninguna decisión firme, los nombres de León, Palencia y Burgos. El segundo de los patrones de desplazamiento de personas, ya mencionado, asumió la forma de una presión demográfica, desde el sur, sobre España, y sobre el resto de los países de la Europa meridional, de gentes que deseaban pasar a vivir en áreas septentrionales del continente. Como quiera que en 2029 la UE cerró sus fronteras meridionales, España se convirtió —nos hemos referido a este fenómeno— en un lugar de contención de migrantes que en su mayoría procedían de África y veían en el espacio ibérico un mal menor. Aunque, claro, entre quienes deseaban alcanzar la UE próspera, o

relativamente próspera, también había muchos españoles. Paradojas de la historia, los exiliados de 2016, pese a hallarse en situación genéricamente precaria, eran percibidos por muchos como auténticos privilegiados.

LA CRISIS DE LAS MATERIAS PRIMAS ENERGÉTICAS

La otra gran fuente de problemas la configuró el encarecimiento insorteable, y dramático, de los precios de la mayoría de las materias primeras energéticas, y singularmente de los del petróleo. Bastará con recordar, en lo que a éste respecta, y a manera de prolongación de lo que señalamos en el capítulo anterior, que el precio del barril de petróleo-*brent* alcanzó los 260 dólares en 2029. Había quedado muy atrás la época del petróleo abundante y barato, que permitía obtener un rendimiento muy notable por unidad extraída. A menudo se olvida que el *oro negro* había desempeñado papeles decisivos en terrenos tan dispares como los del transporte, la alimentación, la fabricación de plásticos, asfalto y lubricantes, o la de muchos productos químicos de uso agrícola o industrial, aparte de ser vital en las comunicaciones navales y la construcción. En el primer decenio del siglo XXI ya se había argumentado que diez euros de subida en el precio del barril de petróleo acarreaban un incremento de algo más de 5.000 millones de dólares en la factura energética española; los dirigentes políticos permanecieron ajenos, sin embargo, a lo que implicaba este pronóstico. En ese mismo decenio se había agotado ya, por lo que parece, la mitad de las reservas internacionales de petróleo. Según una estimación, desde 1964 se bombeaba cada año más crudo del que se descubría, de tal manera que los nuevos yacimientos no permitían hacer frente a una

demanda creciente. No se olvide al respecto que en los años objeto de estudio en este libro no se hizo valer, en fin, ninguna noticia relevante en lo que se refiere al descubrimiento de nuevos yacimientos razonablemente rentables y explotables.

Al agotamiento general de los recursos petroleros se sumaron otros factores. Uno de ellos fue el peso de intereses financieros que procuraron sacar provecho de la incertidumbre para acrecentar los precios. Si hay que decirlo así, la especulación multiplicó el efecto de los problemas *físicos*. Arrojó lejos del suministro a una parte de la población, aunque también provocó indirectamente la búsqueda de opciones alternativas como las vinculadas con la reducción del consumo o el despliegue de fuentes renovables de energía. Otro factor importante fue la demanda creciente, bien es verdad que limitada con el paso de los años, de las *economías emergentes*, y en particular la de China y la India. Téngase presente que el consumo de petróleo en estos dos países se multiplicó casi por tres entre 2010 y 2030. De resultas, y como cabe deducir, España experimentó cada vez más dificultades para acceder a esa energía. Mencionaremos, en suma, las secuelas tardías de la tercera guerra mundial en el Oriente Próximo, en la forma de lo que se dio en llamar *tercera guerra del Golfo*. Sabido es que en 2031 un ataque norteamericano sobre Irán, que parecía haber restaurado su maltrecho programa nuclear militar, abocó en un bloqueo del estrecho de Ormuz seguido de acciones terroristas que provocaron graves dificultades en el tráfico en otro estrecho, el de Malaca, y en el canal de Suez, y daños importantes en el gasoducto que cruzaba la península Arábiga para rematar en el mar Rojo. Pronto se revelaron las consecuencias en la forma, por ejemplo, de una expansión general de la piratería y de la imposibilidad de mover la mayoría de los *containers*, protagonistas del 90 por ciento del comercio mundial.

Fueron momentos particularmente sensibles por el asestamiento de ciberataques contra algunos de los centros de poder económico y financiero. Inmediatamente se hizo evidente, con todo, que, pese a lo que sugerían muchos analistas, la guerra no resolvía el problema de la escasez: podía aliviar algún atranco coyuntural, pero no tenía ningún efecto mayor, tanto más cuanto que disparaba un sinfín de tesituras delicadas. Por lo que a España se refiere, lo suyo es recordar que sus reservas de petróleo habían quedado reducidas a la nada en 2031 —el país vivía, también en esto, en un precario al día— y que, aun con el caos general, ninguno de los ciberataques antes mencionados permitió reducir la deuda…

No se trataba sólo, claro, de una crisis del petróleo: afectaba al gas, al uranio, al carbón, a un buen puñado de materias primas y, como sabemos, al agua. Parecía servida la conclusión, en particular, de que gas natural, uranio y carbón, todos en retroceso, a duras penas podían emplearse como sustitutos del petróleo. Por lo que al gas se refiere, si por un lado parecía haber alcanzado también su *pico* a principios del siglo XXI, por el otro en Europa se revelaban problemas crecientes con los suministros rusos y presiones sin cuento para que la desestabilizada Argelia los sustituyese, con efectos negativos sobre España; el *fracking*, por lo demás, apenas había modificado el panorama de la oferta, y ello pese a los destrozos medioambientales que había originado. Al margen de lo anterior, el asentamiento de una especie de *OPEP del gas natural* se había traducido en condiciones cada vez más duras para los compradores, acompañadas de cortes frecuentes en los suministros. Como quiera que el uranio escaseaba —su extracción resultaba cada vez más difícil y costosa— y que las centrales nucleares, semiabandonadas en el caso español, producían una energía muy cara, eran literalmente insostenibles y exhibían graves problemas de

seguridad, sólo quedaba la aparente opción, que era la más sucia, del carbón. Con el paso de los años —ya lo señalamos— se hizo palpable, sin embargo, que las reservas de éste eran sensiblemente menores de las imaginadas. En semejante escenario, y sin alternativas viables, las emisiones de gases de invernadero se multiplicaron merced a la mayor presión ejercida sobre fuentes energéticas como el carbón y de las menores posibilidades al alcance de las centrales hidroeléctricas.

La única salida hubiera podido llegar, siquiera parcialmente, de la mano de las energías renovables, que ya sabemos fueron llamativamente marginadas a partir de 2011. En España no es que las renovables no estuviesen a la altura de las circunstancias: es que habían sido literalmente lapidadas por gobiernos que no estaban dispuestos a asumir inversiones inicialmente costosas que, en el primer momento, producían pérdidas o generaban beneficios limitados. El país desperdició dramáticamente sus muchas posibilidades al respecto. Tampoco se confirmaron, en particular, las esperanzas depositadas en la economía del hidrógeno, que apenas generó mecanismos sustitutorios. En 2032 vio la luz una novela de éxito, *La carretera,* que retrataba los avatares desgraciados de un adulto y un niño que se movían a la desesperada camino del norte en un país marcado irremediablemente por la desolación y el vacío. Para compensar el pesimismo histriónico que arrastraba ese libro, una serie de televisión de notable éxito, *Cuéntame*, procedió a retratar con color de rosa la vida de una familia madrileña, la familia Bárcenas, allá por 2012-2014.

UN ÚNICO, AUNQUE LIVIANO, CONSUELO

Retomemos la metáfora de los monasterios medievales que en el capítulo anterior empleamos para describir lo que en muchos lugares supusieron las *icarias*. Estas últimas

pervivieron en los años del colapso, y ello aunque por lógica su existencia se hiciese más dura y azarosa. Cada vez más aisladas —la coordinación resultaba en extremo difícil—, en áreas de clima razonablemente soportable, y casi siempre en el medio rural, mantuvieron su apuesta por la autosuficiencia, la autogestión y la desmercantilización. Tuvieron que hacer frente con frecuencia, y por añadidura, a un grave problema: el de cómo acoger a quienes, y eran muchos, pedían ayuda a la desesperada. En esa tarea no les faltó la solidaridad, bien que insuficiente, de movimientos que operaban en los países más septentrionales de Europa y América.

De poco sirvió a los habitantes de estos espacios que, con carácter postrero, se les diese la razón en lo que se refiere al diagnóstico principal que, sobre el colapso, habían abrazado mucho tiempo atrás. La corrosión terminal del capitalismo que muchos analistas críticos habían identificado se hizo realidad con inusitada rapidez y soberana imprevisión, de tal forma que a duras penas se pudieron perfilar opciones alternativas. Y es que ni siquiera el proyecto maestro del capitalismo criminal —una suerte de darwinismo social militarizado que aspiraba a dejar en manos de una minoría de la población planetaria los recursos escasos que la Tierra albergaba— salió adelante en un escenario indeleblemente castigado por la vorágine neoliberal, las dictaduras, el cambio climático, el agotamiento del petróleo y las guerras de exterminio.

Nadie puede saber si, pese a todo, y tal vez de la mano de un milagro, la especie humana conseguirá salir de este atolladero. Las aportaciones realizadas en los dos últimos decenios por los ricachones españoles no invitan, con todo, al optimismo. Y es un triste consuelo la certificación de que hay a quien le va peor. "La promesa es que una y otra vez, de la basura, de las plumas desperdigadas, de las

cenizas y de los cuerpos rotos, algo nuevo y hermoso puede nacer" (J. Berger).

NOTAS

1. N. del T.: frase de significado poco claro en el original inglés.
2. N. del T.: en castellano en el original.

CRONOLOGÍA

2013

El gobierno español solicita un rescate de la UE.

2014

Surge el *Achicoria Party*. En las elecciones generales de marzo el PP se impone, pero muy lejos de la mayoría absoluta. Gobierno tecnocrático con Motín en cabeza. Se postergan todas las elecciones autonómicas. Estalla el escándalo conocido como *wikileaks español*. Referendo de autodeterminación en Cataluña; la opción secesionista se impone.

2015

Atentado en la estación de Atocha de Madrid. El gobierno español se declara incapaz de pagar un tramo de la deuda. Quiebran varias entidades financieras. España entra en el euro B.

2016

Terremoto en Lorca. Accidente en la central nuclear de Ascó II. En las elecciones generales de febrero se impone la coalición de izquierdas Sinrisa, seguida a escasa distancia por el Frente Tecnocrático. Un conato de golpe de Estado propicia la disolución de las cámaras recién elegidas. Declaraciones de independencia aprobadas por los parlamentos vasco y catalán. Se convoca en La Rioja un referendo de autodeterminación. Un golpe militar, en julio, da origen a la guerra civil. El rey se exilia en las Baleares, donde se crea una Monarquía Islámica. Cataluña se declara independiente, en tanto Euskadi pasa a llamarse España. Se constituye una confederación galaico-portuguesa a la que Extremadura se suma como Estado asociado. Surgen la Terra Mítica Valenciana, la República Nazarí y el reino de Todmir, mientras las islas Canarias pasan a manos alemanas. Proliferan las *icarias* y los *estalingrados*. Ofensiva ultramontana sobre Madrid. La UE y EEUU crean la *Legión Buitre*. La guerra civil termina en octubre. Se anulan todas las independencias, aun cuando Baleares y Canarias conservan la condición recién adquirida. Se restaura la pena de muerte. Se despliegan en España soldados europeos y norteamericanos.

2017

La UE impone un protectorado internacional en España. Motín sigue en cabeza del gobierno. El rey Juan Carlos abdica. Nacen el Partido Populista Tecnocrático Español (PPTE) y el Partido Populista Tecnocrático Superespañol (PPTSE). Se aprueba una Ley de Responsabilidades Políticas. Exilio de numerosos opositores. Estalla la tercera guerra mundial. Motín y Merkel se entrevistan en Hendaya. Se envían a Alemania batallones de trabajo forzado. Perviven en las montañas focos de resistencia armada. En las elecciones

generales de octubre se impone la rama derechista del PPTE. El papa Francisco visita España.

2018

Estados Unidos y la UE emplean intensamente las bases de Zaragoza, Morón y Rota. Se intensifican los recortes en el gasto público en sanidad y educación. Desaparece en los hechos el sistema público de pensiones. Graves disturbios en Madrid. Cierre norteamericano del estrecho de Gibraltar. España envía al Oriente Próximo una división llamada *azul*. Queda configurado en la UE un núcleo de países fuertes.

2019

Se aprueba el Código de la Familia. España ratifica en referendo su permanencia en la OTAN. Accidente en la central nuclear de Almaraz. Inundaciones en Huelva. Se inaugura la Barcelona gaudiana. Se convoca una huelga general de cuidados.

2020

Crisis ministerial en abril. Disturbios en Valencia y Bilbao. Una nueva línea de AVE recorre el camino francés de Roncesvalles a Santiago. El papa Francisco visita de nuevo España. Se celebra en Barcelona un Congreso Eucarístico Internacional.

2021

En las elecciones generales de marzo se impone la rama izquierdista del PPTE. Encalla un petrolero, el *Vertige*, en las costas de Galicia. Se venden a Alemania señaladas pinturas del patrimonio nacional. Inundaciones en Valencia. Disturbios en Valladolid y Madrid.

2022

Concluye la tercera guerra mundial. Frustrado intento de liberalización informativa. *Contubernio de Múnich*. Disputa con Portugal por las aguas del Duero, el Tajo y el Guadiana. Nueva huelga general de cuidados.

2023

Se conmemora el centésimo aniversario del acceso al poder de Primo de Rivera. Se hunde la producción agrícola en Andalucía, Castilla-La Mancha, Extremadura y Murcia. Disturbios en Alicante, Badajoz y Córdoba. El nuevo AVE comunica Madrid y Barcelona en cuarenta minutos.

2024

El papa Francisco visita España e inaugura el Valle de los Muertos. Se retiran los soldados internacionales presentes en España. Inundaciones en Málaga. Crisis ministerial en octubre. El barril de petróleo alcanza los 193 dólares.

2025

En las elecciones generales de marzo se impone la rama derechista del PPTE. Centésimo aniversario de la ordenación de Escrivá de Balaguer. Operaciones militares españolas en Gibraltar, Ceuta, Melilla y Portugal. *Semana trágica* de Barcelona. Exposición internacional de Sevilla.

2026

Se disuelven el Bwin y el Qatar Foundation. España abandona la UE. Operaciones militares españolas en Cuba, Puerto Rico, Guinea Ecuatorial y Filipinas. Madrid es declarada capital europea de la incultura. Terminan el protectorado internacional y el *motinado*.

2027

En las elecciones generales de marzo la coalición PPTE-PPTSE obtiene una amplísima mayoría. Petén se convierte en presidente del gobierno. Los precios de los alimentos suben espectacularmente.

2028

Juegos olímpicos de Madrid. Operación militar española en las islas Malvinas. Importantes movimientos de población de resultas del cambio climático. La crisis del coltán acarrea problemas graves en el mercado de los teléfonos móviles.

2029

Verano excepcionalmente caluroso. El precio del barril de petróleo se sitúa en 260 dólares. España solicita, sin éxito, la reincorporación a la UE, que cierra sus fronteras meridionales.

2030

Huracán en Huelva y región. Terremoto en Lisboa. Desaparecen los últimos restos de la clase media. Las emisiones de gases de invernadero en todo el globo alcanzan un nivel emplazado un 50 por ciento por encima del de 1990. La temperatura del planeta es 2,5 grados superior a la del año mencionado.

2031

Tercera guerra del Golfo. Epidemia de gripe aviar originaria de Asia. Verano excepcionalmente caluroso. El gasto militar alcanza el 16 por ciento del PIB. Se confirma que España carece de reserva alguna de petróleo.

2032

Colapso general de la sociedad española, con el cambio climático y el encarecimiento de las materias primas energéticas en la trastienda.

ABREVIATURAS UTILIZADAS

AP: *Achicoria Party*
CCOO: Comisiones Obreras
CEE: Comunidad Económica Europea
EEUU: Estados Unidos
ETA: Euskadi ta Askatasuna (Euskadi y Libertad)
IU: Izquierda Unida
OTAN: Organización del Tratado del Atlántico Norte
PCE: Partido Comunista de España
PIB: Producto Interior Bruto
PP: Partido Popular
PPTE: Partido Populista Tecnocrático Español
PPTSE: Partido Populista Tecnocrático Superespañol
PSOE: Partido Socialista Obrero Español
UCD: Unión de Centro Democrático
UDM: Unión Democrática Militar
UE: Unión Europea
UGT: Unión General de Trabajadores
UPyD: Unión, Progreso y Democracia

BIBLIOGRAFÍA

AMERY, Carl (2002): *Auschwitz, ¿comienza el siglo XXI? Hitler como precursor*, Turner-Fondo de Cultura Económica, Madrid-México.

AMISH, Martin (2018): *Writers on the Civil War*, Aberdeen University, Aberdeen.

ARIÈS, Paul (2002): *Pour sauver la Terre: l'espèce humaine doit-elle disparaître?*, L'Harmattan, París.

ARTUS, Patrick y VIRARD, Marie-Paule (2007): *Le capitalisme est en train de s'autodétruire*, La découverte, París.

BAUMAN, Zygmunt (2006): *Modernidad y Holocausto*, Sequitur, Madrid.

BEEVOR, Roger (2018): *Recollections of the Spanish War*, Penguin, Glasgow.

BELLO, Walden (2012): *Food Wars. Crisis alimentaria y políticas de ajuste estructural*, Virus, Barcelona.

BERMEJO, Roberto (2008): *Un futuro sin petróleo*, Los Libros de la Catarata, Madrid.

BERNARDÓS, Jorge (2017): *Les grands tombes sous la lune*, Le Porc, Lille.

BLAIR, Tony (2029): *Spanish Pilgrimage*, Lower, Newcastle.

BRENAN J.R., Gerald (2029): *The New Face of Spain*, Iron, Kilmarnock.

BREY, Mariano R. (2023): *A Romantic in Spain*, Castle, Cambridge.

BROWN, Lester R. (2011): *World on the Edge. How to Prevent Environmental and Economic Collapse*, W.W. Norton, Nueva York.

CANTON, James (2007): *The top trends that will reshape the world in the next 20 years*, Plume/Penguin, Londres.

CARRO, Raimundo (2029): *Spain, 1975-2025*, Pencil, Oxford.

COCHET, Yves; DUPUY, Jean-Pierre; GEORGE, Susan y LATOUCHE, Serge (2012): *Où va le monde? 2012-2022: une décennie au devant des catastrophes*, Fayard, París.

CONDE, Mariano (2031): *¿Quién movió los hilos en la trastienda?*, Retikula, Murmansk.

DAVIS, Mike (2007): *Planet of Slums*, Verso, Londres.

DENNIS, Kingsley y URRY, John (2009): *After the Car*, Polity, Cambridge.

DIAMOND, Jared (2006): *Colapso. Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, Debate, Madrid.

DOBKOWSKI, Michael N. y WALLIMANN, Isidor (dirs.) (1998): *The coming age of scarcity*, Syracuse University, Nueva York.

DYER, Gwynne (2011): *Climate Wars*, Oneworld, Oxford.

EULI, Enrico (2007): *Casca il mondo! Giocare con la catastrofe*, Meridiana, Molfetta.

FERNÁNDEZ DURÁN, Ramón (2008): *El crepúsculo de la era trágica del petróleo*, Virus, Barcelona.

— (2011): *La quiebra del capitalismo global (2000-2030)*, Ecologistas en Acción, Madrid.

GASSET Y ORTEGA, José (2027): *España inanimada*, Espesa, Keflavik.

GILDING, Paul (2011): *The Great Disruption. How the Climate Crisis will Transform the Global Economy*, Bloomsbury, Londres.

GREER, John Michael (2008): *The Long Descent. A User's Guide to the End of the Industrial Age*, New Society, Gabriola Island.

— (2009): *The Ecotechnic Future: Envisioning a Post-Peak World*, New Society, Gabriola Island.
— (2011): *The Wealth of Nature: Economics as if Survival Mattered*, New Society, Gabriola Island.
Harvey, David (2012): *Rebel Cities. From the Right to the City to the Urban Revolution*, Verso, Londres.
Heinberg, Richard (2007): *Peak Everything: Waking Up to the Century of Declines*, New Society, Gabriola Island.
Henriet, Éric B. (2009): *L'uchronie*, Klincksieck, París.
Jham, Alok (2011): *The Doomsday Handbook. 50 Ways the World Could End*, Quercus, Londres.
Klare, Michael T. (2008): *Rising Powers, Shrinking Planet. The New Geopolitics of Energy*, Henry Holt, Nueva York.
Kohn, Marek (2010): *Turned Out Nice. How the British Isles will Change as the World Heats Up*, Faber and Faber.
Kolbert, Elizabeth (2008): *La catástrofe que viene*, Planeta, Barcelona.
Kunstler, James Howard (2009): *The Long Emergency*, Grove, Nueva York.
— (2012): *Too Much Magic. Wishful Thinking, Technology, and the Fate of the Nation*, Atlantic Monthly, Nueva York.
Levy, Joel (2007): *El día del juicio final*, Martínez Roca, Madrid.
Llorente, José María (2020): *Un rey sin reino*, Capitoste, Bergen.
Lovelock, James (2007): *La venganza de la Tierra*, Planeta, Barcelona.
Lynas, Mark (2007): *Six Degrees*, Harper Collins, Londres.
Maass, Peter (2010): *Crude Worlds. The Violent Twilight of Oil*, Penguin, Londres.
Marret, Jean-Luc (2001): *Etats échoués, mégalopoles anarchiques*, PUF, París.
Martin, James (2007): *The meaning of the 21st century. A vital blueprint for ensuring our future*, Eden Project, Londres.
Mcguire, Bill (2002): *Global catastrophes. A very short introduction*, Oxford University, Oxford.
Monbiot, George (2008): *Calor. Cómo parar el calentamiento global*, RBA, Barcelona.
Monod, Théodore (2002): *Et si l'aventure humaine devait échouer?*, Grasset, París.
Morrow, George (2027): *The Quran in Spain*, James and Hudson, Londonderry.
Mountlion, Dove (2025): *A Short History of the Spanish War*, Permafrost, Tampere.
Mourinho, José (2031): *A triste história do Bwin*, Babel, Covilhã.
Musset, Alain (2012): *Le syndrome de Babylone. Géofictions de l'apocalypse*, Armand Colon, París.
Orlov, Dmitry (2008): *Reinventing Collapse. The Soviet Example and American Prospects*, New Society, Gabriola Island.
Orwell, Henry (2019): *Homage to Andalusia*, Pickford, Leeds.
Paccalet, Yves (2006): *L'humanité disparaîtra, bon débarras!*, Arthaud, París.
Pérez, Alfredo (2027): *Memorias de un corredor de fondo*, La Roca, Gotemburgo.
Raisson, Virginie (2010): *Atlas des Futurs du Monde*, Robert Laffont, París.
Rajoy, Mariano (2023): *Cómo Merkel me engañó*, Castástrofe, Suances.
Roberts, Paul (2005): *The end of oil*, Bloomsbury, Londres.
Rouco, Antonio (2022): *A Stranger in Spain*, Vaticana, Narvik.
Sahlins, Marshall (1983): *Economía de la edad de piedra*, Akal, Madrid.
Schwartz, Peter y Randall, Doug (2006): *Rapport secret du Pentagon sur le changement climatique*, Allia, París.
Sanz, Rafael (2030): *Motín. A Critical Biography*, Cathedral, Belfast.
Sempere, Joaquim y Tello, Enric (dirs.) (2007): *El final de la era del petróleo barato*, Icaria-CIP, Barcelona.
Smith, Lawrence C. (2010): *The World in 2050. Four Forces Shaping Civilization's Northern Future*, Dutton, Nueva York.
Tainter, Joseph A. (1990): *The Collapse of Complex Societies*, Cambridge University, Cambridge.

TOOZE, Adam (2007): *The Wages of Destruction. The Making & Breaking of the Nazi Economy*, Penguin, Harmondsworth.
TURNEY, John (2010): *The Rough Guide to the Future*, Rough Guides, Londres.
VV AA (2029): *Our Debt to Spain*, Solidarity, Edimburgo.
WATSON, Richard (2008): *Future files. A Brief History of the Next 50 Years*, Nicholas Brealey, Londres-Boston.
WEISMAN, Alan (2007): *El mundo sin nosotros*, Debate, Barcelona.
WELZER, Harald (2008): *Klimakriege. Wofür im 21. Jahrhundert Getötet Wird*, S. Fischer, Frankfurt.
WILSON, Jessica y LAW, Stephen (2007): *Global warming*, Robinson, Londres.